

2926

COSAS
DE LA VIDA.

APUNTES Y REFLEXIONES SOBRE VARIOS ASUNTOS

POR

D. FRANCISCO DE LA CORTINA.

• CON UN PRÓLOGO

DE

D. FERNANDO MARTIN REDONDO.

MADRID: 1872.

IMPRESIONTA DE DIEGO VALERO,
SOLDADO, 4.

6

7926

COSAS
DE LA VIDA.

ALFONSO Y VICENTE GARCÍA SERRA

D. FRANCISCO DE LA DORTINA.

COSAS DE LA VIDA.

CON UN PREFACIO

D. FERNANDO MARTÍN SERRA

MADRID 1894

IMPRESA DE JOSÉ VALDÉS

AVILA, 2

COSAS DE LA VIDA

COSAS
DE LA VIDA.

APUNTES Y REFLEXIONES SOBRE VARIOS ASUNTOS

POR

D. FRANCISCO DE LA CORTINA.

CON UN PRÓLOGO

DE

D. FERNANDO MARTIN REDONDO.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO,
SOLDADO, 4.

COSAS .
DE LA VIDA.

APUNTES Y REFLEXIONES SOBRE VARIOS ASUNTOS

POB

D. FERNANDO DE LA CORTINA.
Es propiedad del Editor.

CON UN PRÓLOGO

DE

D. FERNANDO MARTÍN REDONDO.

MADRID: 1872

IMPRESA DE DIEGO VALERO,
CALLE DE ATOCHA, 4.

AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE LA MERCED,

*Le dedica este libro, como una pequeñísima
prueba de consideracion y de gratitud,*

EL AUTOR.

AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE LA MERCED,

La dedico este libro, como una reconocida
prueba de consideracion y de gratitud,

EL AUTOR.

Lo que sé es que el hombre más despreciable
 lo hubiera dado en que pensar aquel viento y
 aquella lluvia que azotaban la ciudad de... en
 una horrible noche del mes de Diciembre de 18...
 Porque aquel viento que arrancaba de cuajo
 los árboles seculares... no hacía oscilar siquiera
 las luces de los faroles de gas.

Porque aquella lluvia que convertía en ríos
 las calles... no mojó...

PRÓLOGO.

Porque aquel viento y aquella lluvia no eran
 ni siquiera notados por los transeúntes.

No nos detengamos á estudiar tan pavoroso
 fenómeno, porque sería en vano; antes bien apre-

temos el caso de la noche de Diciembre de 18...
 Pero ¡qué horrible noche!

Bramaba furioso el viento. Una lluvia espesa
 y fría azotaba los edificios é inundaba las calles
 de una ciudad cuyo nombre no hace al caso.

Sin embargo, en aquel viento y en aquella llu-
 via de que voy hablando, había algo de extraor-
 dinario y sobrenatural.

Yo no sé, ni quiero saber, si en aquellos soni-
 dos, ora lúgubres, ora broncos, ora estridentes
 que producían las violentas ráfagas del aquilon
 al quebrarse en las torres de los góticos templos,
 en las aristas de las casas ó en el desnudo ramaje
 de los árboles, iban mezclados otros ruidos miste-
 riosos, semejantes á sollozos ahogados, á ahulli-
 dos lastimeros, á carcajadas histéricas, á suspiros
 de agonía, á desenfrenados cantares de una fiesta
 báquica.

Yo no sé, ni quiero saber, si aquel extraño cas-
 tañeteo que percibía el oído, era ocasionado por
 la lluvia torrencial al chocar contra los vidrios,
 persianas y balaustradas de los balcones, ó era
 producción por una cuadrilla de viejos esqueletos,
 empeñados en una danza diabólica sin música ni
 compás.

Lo que sé es que al hombre más despreocupado hubiera dado en qué pensar aquel viento y aquella lluvia que azotaban la ciudad de... en una horrible noche del mes de Diciembre de 18...

Porque aquel viento que arrancaba de cuajo los árboles seculares... no hacia oscilar siquiera las luces de los faroles de gas.

Porque aquella lluvia que convertía en ríos las calles... no mojaba las aceras.

Porque aquel viento y aquella lluvia no eran ni siquiera notados por los transeuntes.

No nos detengamos á estudiar tan pavoroso fenómeno, porque sería en vano; antes bien aprememos el paso hasta llegar á aquella plazuela anchurosa y penetrar, sin ser vistos ni oídos, en aquella magnífica casa, donde sucede algo dramático y horripilante.

Ya que hemos subido á tientas la ancha escalera de piedra y cruzado dos ó tres habitaciones sumergidas en profundas tinieblas, parémonos en este gabinete no menos oscuro y desierto que aquellas.

Sin embargo, ya desde aquí podemos ver y oír algo. Podemos ver á nuestro frente un resplandor, apenas perceptible, una especie de hebra luminosa, como de tres varas de longitud, colgada verticalmente en la pared y que está formada por la luz de la pieza contigua al filtrarse por la junta de una puerta que separa ambas habitaciones.

Podemos también oír un rumor vago, que no es el que producen en dúo desacorde la lluvia y el viento; un rumor entrecortado, indeciso, sin tonos, sin forma acústica, digámoslo así; un rumor que podemos atribuir á una ó más personas que hablan, rezan, leen ó cantan á lo léjos.

Adelantémonos con precaución para no hacer ruido. Pero ¿qué es esto? ¿No sientes algo en los pies? La alfombra está empapada... ¡Horror!... ¡Un lago de sangre!...

Vén, vén; torzamos un poco hácia la derecha... Acabo de tropezar en un objeto blando... Lo he tocado con la mano, y está frío, inerte. No hay duda, aquí se ha consumado el prólogo de un horrible drama.

—Escucha, escucha: esos rumores que parten del interior de la casa se hacen más perceptibles... ¿Has oído esa carcajada que parece salida de una tumba?

Ahora disputan acaloradamente. Se oyen golpes dados con fuerza sobre un objeto duro... y un ruido metálico, como de puñales que se chocan...

—«¡Por tí! ¡por tí!»—dice una voz de hombre cavernosa.

—«He hecho lo que he podido,»—contesta una argentina voz de mujer.

—«Ha hecho bien,»—interrumpe otra voz masculina de timbre juvenil.

—«Pues yo digo que no,»—exclama otra voz de mujer, voz cascada y temblorosa, pero penetrante como el ruido que produce al rasgarse una pieza de tela.

—«¿Qué debí hacer?»—pregunta la mujer joven.

—«Es muy sencillo,—replica la vieja con una calma glacial;—lo que hiciste con *el otro*... matar al rey.»

Este *otro* debe ser el cadáver con que hemos tropezado aquí y cuya sangre inunda la alfombra.

—«¡Si yo hubiese tenido una espada!»—murmura el de la voz ronca.

Sucede un rato de silencio, pasado el cual, vuelven á oirse por intervalos frases incompletas y palabras aisladas é incoherentes:

—«Oro robado...»

—«El estuche...»

—«La mano...»

—«¡Ya está cortada!»—exclama en un raptó de salvaje alegría la mujer joven.

—«¡Gracias á Dios!»—murmura la estóica vieja.
 —«¡Maldición!»—grita la voz cavernosa.
 Ya veo, lector, que no puedes resistir á tan ruet
 das emociones, y me pides que te saque de esta
 mansion fatídica. Yo tambien lo deseo: huyamos,
 huyamos de aquí. ¡Ay!... ¡fatalidad!... He trope
 zado en el muerto y he caído sobre él. ¡Horror
 mil veces!... Mi rostro ha tocado con el suyo. A su
 sangre ha mojado mi frente... ¡Huyamos, huya
 mos!...

Ya es tarde: alguno de los bandidos se aproxi
 ma á esta habitacion. La puerta se abre. Escon
 damonos tras esta colgadura, y tal vez podamos
 ver nuevos horrores.

Es una mujer jóven, probablemente la misma
 que ha matado *al otro*, segun dijo la vieja. La luz
 de la bujía que trae en la mano, nos permite ad
 mirar la belleza de su rostro, y sobre todo, el aire
 de candor y de bondad que sirve de máscara á un
 corazon curtido por el viento ponzoñoso del cri
 men.

Silencio... se aproxima al cadáver, acerca la
 luz y se inclina á contemplarle. De pronto se en
 dhereza y exclama colérica:—

—«¡Ese imbécil de Mateo ha dejado el balcon
 entreabierto!»

Le cierra y vuelve á examinar al muerto con
 una especie de feroz curiosidad.

—«¡Qué lástima!»—dice pasado un rato;—pero
 ya no hay remedio. Confieso que le tenia algun
 cariño... ¡Seis años sin dejar de verle todos los
 días!...

Se queda un momento pensativa, y cambiando
 luego de tono, exclama indiferente, casi risueña:

—«¡Bah! bien mirado, ya iba haciéndose viejo,
 y empezaba á cansarme... Me consolaré con otro.
 Mi marido es tan... complaciente, que cuando ie
 vea en casa se contentará con decirme: «No es
 íeo, no has tenido mal gusto... ¡já, já, já!»

Al retirarse por el mismo sitio por donde había entrado, aquella mujer sin corazón, sin sensibilidad, sin remordimientos, se detiene á contemplar la alfombra empapada en sangre, y exhala un grito de despecho, diciendo con acento de sincero pesar: —

«Esto es lo peor. Me había costado mil trescientos reales.»

Vamos, vamos de aquí, lector amigo, y que la justicia humana marque con el sello del oprobio la frente de los criminales.

A la una y media de la madrugada, el juez, el escribano y dos alguaciles, se encaminaban á la elegante cuanto siniestra casa de la plaza de San Juan. Envueltos los dos primeros en sendas capas, y llevando cada uno de los otros un gran farol encendido, marchaban todos con ligero paso; porque (no sé si lo he dicho, pero de todos modos nada pierdo por repetirlo) aquella noche soplabá un viento impetuoso y caía una lluvia espesa.

El juzgado se constituyó á las dos menos diez minutos en la casa maldita, con esa lugubre solemnidad que acompaña á tales actos. Antes de media hora estaban terminadas las primeras diligencias y se retiraban los individuos del tribunal, si bien en muy diversa disposición de ánimo de la que llevaban al entrar. El juez caminaba con la cabeza baja y al parecer sumergido en graves meditaciones.

El escribano le miraba de reojo y apretaba los labios cual si quisiera reprimir un acceso de risa irreverente. Los alguaciles hablaban entre sí en voz baja y se reían hácia dentro.

Por fin, el escribano se atrevió á dirigir la palabra al juez con el mayor comedimiento posible:

—Treinta y un años hace que ejerzo mi cargo, y no recuerdo haber presenciado un caso como este.

—El juez no contestó y bajó aun más la cabeza.

—Usía estaba bastante conmovido cuando subíamos la escalera...

El juez se levantó un poco más el embozo de la capa, y no contestó.

—Confieso—prosiguió el escribano,—que lo que más gracia me ha hecho, ha sido el cadáver tendido en el gabinete sobre un lago de sangre.

El juez tosió.

—Y luego—continuó el implacable escribano,—aquella horrenda conjuración para matar al rey, aquellos estuches, aquellas espadas, aquella mano operada, aquel oro robado, aquel...

—Basta, señor escribano,—le interrumpió el juez con asperéza;—hemos sido víctimas de una innoble burla; se ha puesto en ridículo la majestad de la justicia, y la balanza de Thémis, ha sido en nuestras manos, el balancin de un funámbulo de plazuela. Es preciso buscar á toda costa á los miserables denunciadores, para que sufran el condigno castigo.

—En eso iba pensando precisamente,—contestó el depositario de la fé pública;—treinta y un años hace que recorro en el teclado de la sociedad la escala cromática de las picardías humanas. Tengo un gran ojo clínico para diagnosticar los rasgos de la fisonomía, la enfermedad de horca, de grillete, de azotes ó de cárcel que padecen los sujetos encomendados á nuestro tratamiento. Pues bien, yo juro por mis protocolos que aquellos dos individuos no eran calumniadores ni embaucadores ni siquiera capaces de chancearse con la justicia.

—Pero creará V. en el testimonio de sus sentidos.

—Eso sí.

—Pues bien, precisemos los hechos. Hemos visto primero dos sujetos de aspecto decente y con cara de hombres de bien, aunque turbados y descom-

puestos por el horror de los hechos que han presenciado. Los hemos oído una relación, al parecer verídica, de esos mismos hechos, entre los cuales figura principalmente un homicidio cometido dentro de una casa; una conjuración para matar al rey; una mutilación hecha con instrumentos quirúrgicos tomados de un estuche, pero no por mano de ningún cirujano; una mujer anciana que expresa su salvaje alegría cuando oye decir: «ya está cortada;» un hombre (sin duda el mutilado), que exclama al mismo tiempo: «¡maldición!» una mujer casada, joven y hermosa, que va, sola y sin conmoverse, á contemplar el cadáver de su amante sacrificado por su propia mano, y á vueltas de alguna frase de estéril compasión, le escarnece y se propone reemplazarle por otro más joven y más bello, y solo deplora la sangre vertida porque ha manchado una alfombra de moqueta. Llegamos al teatro del crimen todavía bajo la impresión del horror que este relato nos había causado; ábrense ante la justicia todas las puertas, registramos todas las habitaciones de la casa, y los hechos que se ofrecen á nuestra investigación, y la clase de personas que allí encontramos y la ocupación en que los sorprendemos, nos producen aún mayor admiración que la denuncia de esos dos sujetos que se dicen testigos oculares y auriculares de los hechos que íbamos á perseguir en nombre de la ley...

—Todo es muy cierto,—interrumpe con cierta impaciencia el escribano;—pero si á V. S. le parece, hablaremos de ello mañana, porque la noche está infernal y hemos llegado á la puerta de la casa de V. S.

—Ea, pues, buenas noches.

—Que V. S. descanse.

Y el viento seguía bramando con furia, sin agitar las luces de gas.

Y la lluvia seguía cayendo á torrentes, sin humedecer las aceras.

Ahora, lector, vamos á cuentas.

Si mi querido amigo Cortina hubiera dado principio á este libro en una forma parecida á la que yo he adoptado para empezar este prólogo, y con el aditamento de que habria sabido emplear un estilo más animado y pintoresco que el mio, ¿no es verdad que hubiera encadenado la atención y movido en alto grado el interés del público? ¿No es verdad que, á muy poca costa, y siguiendo por este camino, sin estudio, sin preparación, sin fatiga de ningun género, como yo acabo de hacerlo, hubiera escrito una bellísima quisi-cosa del género de las que ahora llamamos obras recreativas, como podríamos llamarlas obras públicas ú obras de misericordia?

¡Oh! sí, lector; yo te conozco, no me lo niegues. Yo bien sé que un libro acomodado al patron que acabo de ofrecerte, salpicado de crímenes inaudites, saturado de horror y de lágrimas, empedrado de episodios tenebrosos, atestado de máximas epicureas y de escenas eróticas, te hubiera satisfecho más que el libro de mi buen amigo Cortina. Porque al fin y al cabo, ¿qué es lo que este mal aconsejado escritor se ha propuesto con su titánico trabajo? Moralizar, corregir los vicios, dulcificar las costumbres, elevar los sentimientos, encauzar las pasiones, fortalecer las ideas religiosas, en una palabra, predicar en desierto.

Me direis acaso, que la belleza y sencillez de la forma, la elegancia del estilo y hasta el corte semi-bíblico que campea en la mayor parte de los capítulos, de tal modo festonea y enguinalda y tapiza el fondo naturalmente áspero y resquebrajado de su trabajo filosófico, que obligan al lector á penetrar en esos laberintos oscuros, y á extasiar-

se en la contemplación de esas vulgaridades sublimes, que solo tedio y desvío le han inspirado cuando las ha pasado revista en un dogmático tratado de moral.

Sí, ya sé que me direis que es mucho más difícil la facilidad de Cortina, que la laboriosa faena de los confeccionadores de sorpresas, de situaciones de efecto, de sacudimientos nerviosos, de golpes dramáticos, y de choques de pasiones fulminantes, que dejan rendido y como atolondrado el ánimo del lector, cuando suelta el libro de la mano.

Todo esto, y mucho más, podeis decirme en elogio del que tengo delante; pero no por eso me convencereis de que su autor ha sabido acomodarse al gusto dominante en la generalidad del público que lee. En fin, con decir que no se le ha ocurrido, al menos, poner un título llamativo á su manuscrito, un título de esos que son por sí solos una función pirotécnica para llamar la atención, y excitar en las gentes un interés muy superior al que deyan los empréstitos españoles, está dicho todo.

¡COSAS DE LA VIDA!... Cosas de Cortina, digo yo, que tiene el mal gusto de pasar por escritor de buen gusto en los tiempos que corremos.

Si me hubiera consultado acerca de este punto, yo le hubiera dado á elegir entre los siguientes:

- «Los sepulcros blanqueados del siglo XIX.»
 - «El cadáver social sobre la mesa de disección.»
 - «Las flaquezas humanas en camisa.»
 - «¡Eccce-Homo!»
 - «La herencia del señor de Satanás.»
 - «Un terremoto ó dos, bajo uno ó dos cráneos.»
- etcétera, etc.

Pero, en fin, ya no tiene remedio, y es trabajo perdido el que me tomo rebuscando y sacando á luz títulos que podrán servirme en su día, si se me antoja escribir novelas *a bon marché*.

Si llega este caso (que de menos nos hizo Dios), no dejaré de aprovechar las cuartillas que me han servido para este prólogo. Y por si en ellas hubiera llegado á interesarse la curiosidad de los lectores, y se torturan la imaginacion buscando la explicacion de los extraños problemas fisicos y morales que he dejado pendientes, los resolveré en cuatro palabras.

Lo que pasó aquella noche horrible en una casa elegante de la plaza de... no tenia nada de maravilloso. El supuesto cadáver del gabinete era un divan de gutta-percha. La sangre de que estaba cubierto y que inundaba la alfombra, era simplemente agua llovediza, que el viento habia echado dentro de la habitacion, por torpeza del criado que dejó el balcon abierto.

Los criminales que hablaban en el interior de la casa, eran un matrimonio anciano y otro joven, que constituian la familia de la casa, y que jugaban al tresillo. Las frases de horrible significado que se percibian desde el gabinete, eran las voces técnicas y peculiares de dicho juego, acompañadas de los correspondientes puñetazos sobre la mesa y del ruido metálico de las monedas.

A esto se habia reducido todo aquel laberinto de crímenes y de horrores.

Réstame explicar aquel otro fenómeno meteorológico del agua que no mojaba las aceras ni los transeuntes, y del viento huracanado que no agitaba las luces de gas del alumbrado público. El lector ya lo ha adivinado, más por si así no fuese, lo diré sin rodeos.

En la ciudad de... y en la época á que yo me refiero, ni habia aceras, ni faroles, ni transeuntes nocturnos por las calles.

La continuacion en el prólogo próximo.

FERNANDO MARTIN REDONDO.

LA ADULACION.

Los que respetuosamente doblan la rodilla ante el becerro de oro; los que creen que el dinero abre todas las puertas y gana todas las voluntades, están en un error, y deben darse por vencidos.

Hay otra cosa cuyo poder es infinitamente mayor que el del dinero.

Una llave de oro abre, con efecto, muchas, muchísimas puertas.

Un puñado de dinero se atrae más de cuatro simpatías y conquista no pocos corazones; pero el codiciado metal no es sino la segunda palanca que conmueve en sus cimientos al siglo XIX.

La primera palanca es otra cosa que vale ménos y que produce más.

No brilla como el oro, ni suena como el dinero.

Es una cosa que está al alcance de todas las

fortunas, aunque no se aviene con todos los caracteres.

Es una cosa que puede expresarse con un gesto, con una palabra, con una sonrisa.

Es una especie de música que conmueve y deleita.

Es una cosa, en fin, conocida como el gran recurso de nuestros días, y que lleva por nombre la adulacion.

La adulacion todo lo facilita, todo lo allana, todo lo consigue.

La adulacion es una escala que conduce á los más elevados puestos de la fortuna.

Hay lenguas que se bañan diariamente en el barniz de la lisonja.

Corazones que se abren al influjo poderoso de la adulacion, como se abren los capullos de una rosa al sentirse acariciados por la brisa de la primavera.

La adulacion vive de la caridad pública, pero vive con mucho desahogo.

¡Es tanto lo que recoge!...

La adulacion es enemiga de la miseria.

Dentro de la choza del mendigo, no sirve para nada: la atmósfera de la pobreza la ahoga.

Necesita respirar el perfumado ambiente de los salones.

Solo se muestra expansiva cuando se vé

cerca del oro, cuando se encuentra rodeada de gasas y de encajes.

-92 La adulacion tiene pretensiones de gran señora.

Pero en medio de sus ínfulas, en medio de su reconocida aversion á la pobreza, la adulacion no deja nunca de sonreir ni de halagar al hombre de más humilde posicion, cuando de aquel hombre trata de hacer un ciego instrumento para conseguir más altos fines.

El adulator, en caso de apuro, lo aprovecha todo.

-109 Los que rinden culto á la adulacion no se equivocan nunca al tender sus redes: saben muy bien adónde se dirigen.

Hé aquí lo que constituye el principal talento de los adultores.

-111 Desgraciadamente hay tantos y tantos en el mundo, que prefieren á una melodía de Beethoven, la cadenciosa música de la lisonja!

-107 El adulator es una especie de usurero que vive de la vida de los demás.

-108 La mariposa revolotea en derredor de la llama, y en la llama muere.

-109 El hombre que encuentra satisfecho su amor propio, despues de haber aspirado el veneno de la lisonja, se pavonea orgulloso y tranquilo; pero ¡ay! el adulator es la llama; el adulado la mariposa.

Hay muchos que prefieren un adulator á un buen amigo.

El primero les deleita engañándolos; el segundo, tal vez los martiriza diciéndoles la verdad.

Las verdades ofenden como los rayos del sol.

Por otra parte, ¿quién no se deja llevar de esa mentira dulce y perfumada, que embarga nuestros sentidos y nos hace olvidar una gran parte de nuestras flaquezas?

Hay hombres que van con gusto hasta el precipicio, siempre que el camino que al precipicio conduzca esté sembrado de flores.

No les digais una sola palabra, no les anunciéis el peligro que corren, porque sería inútil.

El que llega á ser víctima de la adulacion, todo lo sacrifica en aras del amor propio satisfecho.

Ciertas personas detestan al que bien las quiere, porque no las adula, y enaltecen y recompensan al que las recrea el oído.

De la envidia, nació la lisonja, y de la lisonja, la vanidad.

Por eso hay entre nosotros tantas eminencias, tantas celebridades, tantos nombres ilustres.

Y ¡cosa rara! los adultores no se conocen á sí mismos.

Un adulator, merced á su *industria*, consigue muchas veces subir, de la clase más infima de la sociedad, á la más elevada.

Pues bien: lo primero que hace es rodearse de adultores.

Necesita, sin duda, que el humo embriagador del incienso de la adulacion le haga olvidar la penuria de sus primeros años.

Es muy difícil comprender á primera vista, hasta dónde llega el poder de la adulacion.

Dos individuos solicitan un destino.

El primero, tiene la desgracia de no saber mentir; lleva el corazon en la mano, y no puede prescindir de amar al prójimo.

El segundo, por el contrario, posee todo un repertorio de falsas sonrisas; no habla nunca con sinceridad, pero tiene habilidad bastante para engañar á los que le escuchan, medrando siempre á costa del prójimo.

Ya puede asegurarse que el destino no será nunca para el primer individuo, porque el segundo cuenta con *dotes* inapreciables para *hacerse lugar* en todas partes.

Por fuerza los adultores deben vivir muy satisfechos de sí mismos.

La *mágia* de su palabra, hace reir á la mujer más incrédula y menos apegada á la adulacion.

—«¡Calle V., linsonjero!»— es lo más que

se permite decir la mujer, cuando el hombre la cubre con las flores de la lisonja.

Algunas mujeres aprecian más á un adulator que á un espejo de cuerpo entero, porque los espejos, sobre carecer de la música de la palabra, solo saben decir la verdad.

Son innumerables las víctimas que hace la lisonja, cuando asesta sus tiros al bello sexo.

La lisonja se filtra, de una manera peligrosa, en el corazón de la mujer.

De una joven, llena de juicio y de modestia, consigue hacer muchas veces una insufrible coqueta.

La lisonja enseña el camino de la vanidad, y la vanidad, uno de los más perniciosos frutos de la lisonja, se apodera muy fácilmente de una gran parte del sexo débil.

Una mujer hermosa, en presencia de un adulator, no deja nunca de sonreír.

Pero aquella sonrisa, tiene mucho de satisfacción y muy poco de reconocimiento.

Es una sonrisa que puede traducirse de esta manera: «¿Y qué me cuenta V.?»

Es la misma sonrisa que emplea la mujer hermosa cuando, para pasar revista á sus atractivos y á sus gracias, se coloca delante del espejo.

Tratándose de una mujer fea, ya es otra cosa.

- El adulator, si sabe cumplir con su deber, observa desde luego que la mujer fea le oye, primero con desconfianza, después con gratitud, y últimamente con embeleso.

- Las mujeres, con quienes la naturaleza no se mostró prodiga al dotarlas de prendas físicas, son completamente felices, y hasta se olvidan de sí mismas escuchando á un adulator de oficio.

- Pero qué triste y qué desconsolador es el momento en que un desengaño viene á robarnos nuestras queridas ilusiones!

- Las ilusiones de la mujer fea, mueren con la misma facilidad con que nacen.

- Dos gotas de agua, no son más parecidas que el humo y la lisonja que se emplea con una mujer fea.

- El humo asfixia, ahoga; la lisonja envenena, mata; y una ráfaga de viento no deja rastro ni del humo, ni de la lisonja.

- Yo creo que la mentira más perjudicial y más odiosa es la que hace brotar una ilusión enuelta en una esperanza.

- Hay muchos adultores que, si se detuvieran á considerar lo amargo que son los frutos que produce la semilla de la adulacion, no abusarian tanto de la palabra.

- Pero ello es, indudable que la adulacion es la gran palanca de nuestro siglo.

- Si todos los cesantes gustaran de la lisonja,

la mayor parte de los ministros se verían seriamente comprometidos á cada momento.

— ¡Sería tan difícil dar colocacion á todos los cesantes que hay en España!

— ¡Pero al mismo tiempo la adulacion es tan provocativa, tan dulce, tan conmovedora!...

La experiencia, sin embargo, es la que se encarga de ponernos de manifesto de cuando en cuando, todo lo que tiene de peligroso el placer de dejarse llevar de la adulacion.

De seguro no hubiera llegado á echar raices la privanza de que disfrutó el conde-duque de Olivares, si la lisonja no hubiera encontrado eco en el corazon de Felipe IV.

— ¡Maldita lisonja!...

— ¡Pero ya se vé, es tan hermoso para algunas personas el encontrar quien tribute aplausos á lo que solo merece una severa censura!

— ¡Tiene tanto atractivo para ciertos caracteres hallar en el mundo personas que fomenten el error, en vez de disiparle, añadiendo una más á las muchas y quiméricas ilusiones de que constan tantos y tantos castillos como se fabrican en el aire!

— Así es que para los que temen ver atacada la vanidad de su amor propio, no tiene precio el hombre que á todo dice amen, y que no dispone de su voluntad sino para someterla á la voluntad agena.

Y ahora recuerdo que, sin querer, me olvidé de aquellos adúladores que practican la adulación de una manera sumamente original, echando mano del silencio.

Hay adúladores que no hablan.

Emplean únicamente cierta mímica especial, y dicen á todo que sí, valiéndose de un estudiado movimiento de cabeza.

Cualquiera diría que no sirven para el papel que representan y que viven avergonzados de sí mismos; pero los que tal dijieran se equivocarán lastimosamente.

Semejantes adúladores me producen un efecto muy parecido al que me causan las figuras de movimiento.

Bien es verdad que un adúlador no es más que un maniquí, que pasa por el mundo mendigando favores y sonrisas.

No sirve para otra cosa.

Pero conviene tener presente que esas figurillas de movimiento, de tal manera van invadiéndolo todo, que hoy el que no sabe adular está muy expuesto á verse envuelto en la miseria.

Forzoso es confesar, por lo tanto, que la adulación es un resorte admirable y un magnífico recurso.

La adulación es bien recibida en todas partes; porque ¿quién es el que no experimenta un

secreto placer ante el elogio de las miserias y de las debilidades humanas?

Solo el hombre que haya perdido la honra, solo el desgraciado que no pueda mirarse en el delicado cristal de la conciencia, será el que, sin dejar de mostrarse complacido al verse acariciado por un adulator, no podrá menos de exclamar interiormente:—«Este hombre, ó no me ha conocido, ó finge no conocerme.»

¡Pobres aduladores y qué dignos son de lástima en medio de lo mucho que produce el oficio á que están dedicados!

No concluiré, queridos lectores, sin presentaros la *vera esfigie* del adulator.

¿Habeis visto alguna vez qué admirablemente se endereza, se arrastra y enrosca la taimada culebra al pié de un árbol, hasta que consigue atraer con su emponzoñado hálito al débil pajarillo que, lleno de temor, se oculta entre el espeso follaje?

Pues eso mismo hace el adulator.

El adulator, como la culebra, se agita, se humilla y se arrastra á los piés de su víctima, hasta que consigue dejar preso en sus redes al que goza absorbiendo por completo el hálito impuro de la lisonja.

Los aduladores son la polilla de la sociedad: Asquerosa polilla que todo lo mina y todo lo destruye.

El tiempo comienza en el momento que nace y concluye cuando la muerte nos priva de la existencia.

Toma vida en la flor que se abre, y termina cuando la flor se marchita.

Y, sin embargo, el tiempo no desaparece nunca, sino que continúa, está función-

EL TIEMPO.

ando sin tregua, porque siempre hay niños que nacen, y aéres que mueren, flores que brotan y flores que se marchitan.

El tiempo es el eterno-carril de la vida.

La marcha regular, acompasada y nunca interrumpida del tiempo, debe ser la pesadilla constante de los que, aspirando á inmortalizar sus nombres, se afanan inútilmente por descubrir el movimiento continuo.

La ciencia se cruza de brazos ante las maravillas de la naturaleza, en las que se vé reflejada siempre la sabiduría de Dios.

Si los que trabajan por descubrir el movimiento continuo pudieran sorprender el secreto que mueve constantemente la poderosa máquina del tiempo, quedaría resuelto uno de los más grandes y más difíciles problemas que se conocen.

El tiempo no se detiene nunca; es lo que se llama un verdadero movimiento continuo.

Dios dió impulso al tiempo allá en el principio de los siglos, y no ha parado todavía.

El tiempo comienza en el niño que nace, y concluye cuando la muerte nos priva de la existencia.

Toma vida en la flor que se abre, y termina cuando la flor se marchita.

Y, sin embargo, el tiempo no desaparece nunca, sino que por el contrario, está funcionando sin tregua, porque siempre hay niños que nacen, y seres que mueren, flores que brotan y flores que se marchitan.

El tiempo es el ferro-carril de la vida.

Pero ¿cuántas veces la locomotora que nos arrastra no se encuentra á la altura de nuestra impaciencia!

La más veloz de todas las locomotoras no llegará nunca á dejar satisfecha la impaciencia humana.

El tiempo, es verdad que no se detiene nunca, pero su marcha es á veces tan lenta, tan pausada, tan poco en armonía con las legítimas exigencias de nuestra constante impaciencia...

Para convencernos de esta verdad, fijémosnos en la siguiente, que es de todo punto incuestionable:

Los relojes no tienen otra misión que cumplir, que la de ir marcando poco á poco la marcha del tiempo.

Pues bien: ¿existe en el mundo algo que sea

más poderoso que los relojes, para acabar con la paciencia de cualquiera en ciertos momentos de la vida?

Para el amante que espera acudir á la cita de la mujer que ama;

Para el cesante que solo desea ser admitido en la audiencia del ministro, á quien piensa hacer una minuciosa relacion de sus méritos y de sus desgracias;

Para la madre que aguarda con ánsia el instante en que pueda estrechar entre sus amorosos brazos al hijo ausente;

Para el marino que, despues de largos años de privaciones, ve acercarse el momento de regresar á su querida pátria;

Para el infeliz que gime entre las tinieblas de un calabozo, suspirando dia y noche por recobrar su libertad;

Para el que, víctima de una terrible incertidumbre, espera la noticia de un suceso feliz que ponga término al martirio de la duda,

Y para tantos y tantos otros como se consumen de impaciencia, —porque la impaciencia será siempre la compañera íntima del género humano, —no hay un solo reloj que se mueva, todos están parados.

Y esto consiste en que, al paso que los relojes subordinan su marcha á las prescripciones del tiempo, la humanidad, por el contrario,

no gusta de subordinarse á nada ni á nadie.

Convengamos en que el tiempo es una de las cosas más originales y misteriosas que pueden ofrecerse á nuestra consideración.

El tiempo pasa á nuestro lado, y no le vemos.

Reside dentro de nosotros mismos, pero aun no hemos podido averiguar el sitio donde se encuentra.

Ha sido y será siempre el autor principal de todos los descubrimientos, y el que guarda cuidadosamente el secreto de lo desconocido.

Tan pronto llena de lágrimas nuestros ojos, como lleva la esperanza y el consuelo á nuestros corazones.

Si una vez nos contraria, otra vez realiza hasta el menor de nuestros deseos, porque el tiempo dá gusto á todos.

Como el tiempo es invisible á nuestras miradas, penetra impunemente en todas partes sin temor de ser descubierto, hasta que sus obras no le delatan.

El día más triste de la vida para una mujer hermosa, es aquel en que descubre una cana entre sus negros cabellos y una ligera arruga en medio de sus sonrosadas mejillas.

Estoy seguro de que la mujer hermosa daría la mitad de su fortuna por no haber hecho semejante descubrimiento, convencida de que

la mayor desgracia de todas cuantas encierra el mundo, es preferible para muchas personas á las sangrientas burlas del tiempo.

Lo que el tiempo edifica hoy, lo destruye mañana.

El tiempo todo lo descubre, todo lo profundiza, todo lo cuenta.

No hay misterio que el tiempo nó aclare, ni verdad que no patentice.

Los que para salir de un grave apuro, de un verdadero compromiso, necesitan disponer de un plazo más ó ménos largo, se dedican á ganar tiempo.

Pierden el suyo aquellos que de todo se ocupan menos de lo que deberian ocuparse.

Y hacen tiempo los que, sin oficio conocido, tienen á su disposicion todas las horas del dia, esperando el momento oportuno de visitar á un amigo ó de entregarse á cualquier pequeño quehacer ó negocio.

Por manera que el tiempo, como el dinero, se hace, se pierde y se gana.

Hay muchas personas, que por efecto de su posicion social, ó porque reúnen los requisitos indispensables para *saber vivir*, emplean su tiempo de un modo particular, ó mejor dicho, no saben en qué emplearle, porque para nada le necesitan.

Personas que serian completamente inde-

péndientes si no estuvieran á merced de sus innumerables caprichos, y enteramente dichas, si no se aburrieran con demasiada frecuencia.

En el mundo, lectores míos, todo está compensado.

Lo que yo no comprendo, es por qué razón, en medio de nuestro amor á la vida, nos vemos arrastrados siempre por el deseo de aproximarnos á la muerte.

El anhelo constante de la humanidad, no es otro que el de que los días trascurren con una rapidez extraordinaria.

La impaciencia no nos deja vivir.

Cualquiera diría que tememos llegar tarde al fin de la carrera que emprendemos desde la cuna.

Pero el tiempo, — como he dicho antes, — da gusto á todos, y esto debe tranquilizarnos.

Tengamos paciencia, que unos primero, otros despues, y todos muy pronto, llegaremos al término de nuestro viaje.

LA HIPOCRESÍA.

Las debilidades humanas, han estado siempre en perfecta armonía con las necesidades y las exigencias de los tiempos.

Todas las pequeñas miserias, á que la humanidad vive sujeta, han tenido mayor ó menor desarrollo, segun la época en que han sido puestas en juego, y segun tambien la constancia ó la habilidad de los encargados de explotarlas.

Entre los grandes recursos conocidos para medrar en el mundo, existe uno superior á todos los demás, y que, bien manejado, puede conducirnos á la completa posesion de nuestros mejores deseos.

Este gran recurso es la hipocresía.

La hipocresía, es una especie de llave, que sirve para abrir todas las puertas.

Es un lazo, en el que todos caemos, por más que procuremos evitarlo.

Es la mentira disfrazada de verdad.

Una farsa, puesta al alcance de todas las inteligencias; un engaño que seduce; una industria como otra cualquiera.

La mayor parte de los hipócritas, viven de sus propios recursos.

Empiezan por engañar á los demás, y concluyen muchas veces por engañarse á sí mismos.

No hay nada, sin embargo, que pueda compararse con la habilidad del hipócrita.

Su ocupacion constante, consiste en aparentar lo que no és, y en fingir lo que no siente.

Por lo general, desempeña su cometido con tal exactitud, y con tan extraordinaria perfeccion, que nadie es capaz de adivinar lo que se oculta detrás de la impassible fisonomía del que vive haciéndose traicion á sí propio, toda vez que, lo que afirma con los lábios, lo niega con el corazon.

Gracias á los avelantos de la hipocresía, hoy cuesta mucho distinguir lo falso de lo verdadero.

El hipócrita, que no se preocupa gran cosa cuando escita en los que le conocen la compasion ó el desprecio, adopta todas las formas y se acomoda á todas las circunstancias,

procurando siempre sacar el mejor partido.

El hipócrita, en fin, es un tipo digno de estudio.

Fijaos en los diferentes rasgos de su fisonomía; examinad sus actitudes todas, sin olvidar el más pequeño detalle, y os convencereis de lo difícil que es llegar á saber lo que el hipócrita desea, lo que el hipócrita piensa, lo que el hipócrita siente.

El hipócrita es un libro cerrado, cuyas páginas solo se nos ponen de manifiesto después que hemos caído en las redes de la hipocresía.

Para los que no conocen las pequeñas miserias en que constantemente se agita el hipócrita, pasa por una persona inmejorable bajo todos conceptos, porque la virtud es el tema obligado de todas sus conversaciones, y la inmoralidad le subleva y hasta los equívocos le sonrojan.

Todo, sin embargo es hipocresía.

Si fuera posible conocer de una manera minuciosa la vida privada de esos seres, verdaderamente desgraciados que, aparentando lo que no son, pasan por el mundo mendigando la sonrisa y el aplauso de sus semejantes, no podríamos menos de sorprendernos, sin dejar de admirar, al mismo tiempo, tanta habilidad en el disimulo, tanta constancia en los propósitos,

tanta desvergüenza para llegar al término de miserables ambiciones.

Hablad delante de un hipócrita de los delitos é infidelidades de una mujer, y de seguro os contestará, echando mano de una de las mejores sonrisas de su repertorio:

—Librenos Dios de un mal pensamiento; las apariencias engañan siempre, y si fuéramos á creer todo lo que dicen...

El sistema del hipócrita consiste en dejar abierta la puerta á nuevas suposiciones, á nuevas sospechas, empeorando de este modo la causa de la persona á quien, al parecer, trata de defender.

El hipócrita arroja la piedra y esconde la mano.

Es un nuevo Pilatos, que cuida de lavarse las suyas, después de haber derramado sobre sus víctimas el veneno de la hipocresía.

Si el espejo de ciertas conciencias no estuviera tan turbio; si el hipócrita pudiera mirarse alguna vez en ese cristal misterioso que tan admirablemente retrata hasta la menor de nuestras imperfecciones, no sé, lectores míos, lo que sucedería.

Es posible que el hipócrita se asustara de su propia imagen.

Acaso no tuviera fuerzas bastantes para

contemplar impasible el cuadro de miserias que aparecería ante sus ojos.

Tal vez el convencimiento de su pequeñez, le apartara del mal camino.

Pero este recurso está vedado para el hipócrita, porque el hipócrita no tiene conciencia.

El hipócrita se deja llevar siempre de su instinto miserable y egoísta.

Fiel á la línea de conducta que se ha trazado, ni los obstáculos le desaniman, ni los desprecios le ofenden.

La mirada de Dios debe hallarse alejada constantemente del hipócrita, porque siendo Dios la esencia de la verdad, no es posible que llegue á fijarse en el que solo rinde culto á la mentira.

En muchísimas ocasiones la hipocresía se presenta bajo una forma tan odiosa y tan repugnante, que cuesta trabajo llegar á creer en la existencia de ciertos hipócritas.

Se concibe si una naturaleza depravada é incapaz de todo noble sentimiento; pero nadie puede formar idea de un ser tan degradado y tan miserable, que solo por hacer coro á otros, tan miserables y tan degradados como él, se arrastre voluntariamente por el corrompido fango de la infamia.

Hablo de los hipócritas que, habiendo naci-

do para tener en calma la conciencia, se complacen en faltar á todas las leyes divinas y humanas, alabándose entre ciertas gentes de delitos que jamás han cometido.

Hablo de esos seres despreciables que se burlan de la virtud, teniéndose por virtuosos, y que públicamente hacen mofa y escarnio de los más puros sentimientos, sin otro fin que el de satisfacer menguadas intenciones.

Hablo de los que no cuentan con el valor necesario para cometer un crimen, y no se sonrojan, sin embargo, ante la idea de pasar por criminales.

Me refiero, en fin, á los que se dedican á la hipocresía del vicio.

Ahora bien, lectores míos: si los hipócritas de que hablé al principio son tan dignos de lástima, ¿queréis decirme qué es lo que merecen los segundos?

La hipocresía, invadiéndolo todo, ha llegado hasta el hogar doméstico, para perturbar el reposo de las familias.

¡Cuántos maridos aparentarán lo que no sienten delante de sus mujeres, y cuántas mujeres se cubrirán con la máscara de la hipocresía en presencia de sus maridos!

¡Cuántas veces los lazos de la familia estarán formados por falsas afecciones inspiradas por la hipocresía!...

La hipocresía, entre amigos, destruye los encantos de la amistad.

En amor, es casi siempre un desengaño preñado de lágrimas.

En política... es una calamidad.

Y desgraciadamente, la cualidad distintiva de la mayoría de los hombres públicos de todos los partidos, es la hipocresía.

La hipocresía se vá enseñoreando por todas partes.

Las necesidades de la época en que vivimos, han hecho absolutamente necesario el ingenioso recurso de disfrazar la verdad, porque las verdades asustan, y el que tiene la noble franqueza de decirlas, está muy expuesto á morir-se de hambre.

La hipocresía, entre amigos, destruye los
cuerpos de la amistad. En amor, es casi siempre un desengaño pro-
fundo de lágrimas. En política... es una calamidad. En desgracia... la calidad distintiva
de la mayoría de los partidos, es la hipocresía. La hipocresía se va ensañando por todas
partes. Las necesidades de la época en que vivimos,
han hecho absolutamente necesario el ingreso

Hay necesidad de convenir en que los pre-
dilectos hijos de Apéles, no son los que menos
han contribuido á llenar el mundo con sus
obras y con sus nombres.

Abramos el libro de la historia, y sus elo-
cuentes páginas nos dirán, que las generacio-
nes que pasaron, batieron palmas y se vieron
poseidas del más profundo entusiasmo, al ad-
mirar las brillantes y sorprendentes concepcio-
nes de los que, con su tabloza y sus pinceles,
lograron inmortalizar sus nombres, y dar dias
de gloria imperecedera á sus conciudadanos.

Murillo, Rafael, Zurbarán, El Ticiano, Mi-
guel Angel, Velazquez, y algunos otros, apa-
recen hoy ocultos á nuestra vista, pero no han
muerto: viven todavía, y vivirán mientras
exista el mundo.

Para aquellos príncipes de la pintura, para aquellos hombres que con el pincel en la mano consiguieron hacerse dueños del universo, no hubo nunca dificultades.

En sus obras maestras, en las que resplandece la aureola del génio, se vé la perfección hasta en los más pequeños detalles.

Pero cualquiera de aquellos pintores, que lograron elevar el arte á las regiones de lo sublime, y que, como he dicho antes, no conocieron nunca las dificultades, hubiera quedado perplejo y confundido, ante la persona que le hubiere dado el encargo siguiente: «Hágame usted un retrato, del tamaño y en la actitud que V. crea más conveniente; pero cuide usted mucho de que en la expresion del rostro vaya envuelta, de una manera fiel y exacta, la ansiedad de la duda.»

Semejante encargo, hubiera sido un desengaño cruel para el ilustre artista.

De seguro el gran pintor hubiera arrojado lejos de sí su habilísimo pincel, en prueba de impotencia.

¿Quién es capaz en el mundo de pintar con completa exactitud la ansiedad de la duda?

Nadie, absolutamente nadie.

Aquí me teneis á mí, que en este mismo instante soy víctima de esa suspension, de esa indeterminacion del entendimiento, que man-

tiene la alarma en todos los espíritus y la angustia en todos los corazones.

En este momento, me encuentro bajo el imperio de la duda, porque ignoro si conseguiré salir airoso con lo que me propongo.

No sé tampoco por dónde empezar, porque la duda me sale al encuentro y me cierra el paso.

La duda tiene la ridícula costumbre de intervenir en todas nuestras operaciones.

Va unida á la humanidad, como el alma al cuerpo, como las sombras á la noche.

Así como los brillantes rayos del sol nos obligan á cerrar los ojos, las tinieblas de la duda nos hacen abrirlos.

Queremos ver y no vemos.

Queremos rasgar el misterioso velo de la duda que nos envuelve á todas horas, y solo conseguimos perdernos en la inmensidad del vacío.

Queremos alumbrarnos con la luz de la razón para penetrar en el terreno de la duda, y la luz de la razón se apaga.

Todos nuestros esfuerzos para triunfar de la duda son completamente inútiles.

La duda se burla de todas nuestras pesquisas.

Nadie sabe de dónde nacen ni cómo se forman las infinitas dudas que nos rodean.

La duda no será definida nunca.
 Está por encima de la sabiduría humana, y
 es el tema constante de todos los sábios.
 La duda es un dolor latente que mata.

Es un intrincado logogrifo que en vano tratamos de descifrar.

Por eso no hay pincel que pueda retratarla, ni pluma que acierte á describirla.

Si la duda no se mezclara en todos los actos de la vida, es indudable que seríamos menos desgraciados de lo que somos.

La duda recorre todas las clases de la sociedad, y nos acompaña por todas partes.

Un hombre de negocios proyecta uno de verdadero interés, y dice:—«Llevaré á cabo lo que me propongo el año que viene, el mes inmediato, la semana próxima...»

Pero si el asunto es realmente de reconocido interés, la duda se coloca frente á frente del hombre de negocios, y exclama:—«¿Y sabes, por ventura, si llegarás al año que viene, al mes inmediato, á la semana próxima?»

«¿Sabes siquiera si verás lucir el sol de mañana?»

«¿Tienes seguridad de salir del día de hoy?»

Convengamos en que la duda es capaz de poner triste á la persona más alegre.

En el mundo todo se vuelve dudas.

¡Cuántos hombres; poseidos de la duda, habrán dejado de realizar hechos importantísimos y notables!...

¡Cuántas empresas habrán fracasado por efecto de la duda!

Bien puede asegurarse que en medio de la gran confianza con que emprendió Cristóbal Colón la colosal y arriesgada empresa de descubrir un nuevo mundo, más de una vez llegaría á estremecerse y á sentirse sobrecogido de verdadero terror.

Pero puede asegurarse también que en el ánimo del ilustre genovés no influirían tanto los gritos de amenaza de aquella frenética é incrédula tripulación, como la voz imponente de la implacable duda.

¡Cuántas veces un instante de vacilación, un solo momento de duda, habrán comprometido seriamente el éxito de una batalla!

¿Nos enyaneceríamos los españoles de poseer el libro de los libros, el inmortal *Quijote*, si la pobreza en que vivía Cervantes y la necesidad imperiosa que sentía de proporcionarse recursos, no le hubieran obligado á olvidarse de su modestia?

Cervantes dudaba de su propio mérito.

La duda brota del entendimiento y se filtra en el corazón.

La duda se deja caer como una bomba, en

medio de las más puras alegrías y de las más inocentes satisfacciones.

La duda paraliza el curso de nuestras ideas, y dá al traste con todos nuestros pensamientos.

No es posible obrar, gozar, ni discurrir, bajo el dominio de la duda.

La duda es el tormento de los teólogos y el coco de todo el género humano.

Agosta en flor muchísimas ilusiones y destruye las más bellas esperanzas.

Está dentro de nosotros mismos, y en vano pugnamos por desecharla.

La humanidad y la duda son dos *amigas* que han concluido por odiarse, pero que siempre van juntas.

El malestar que siente el médico en presencia de una persona gravemente enferma, nace de la duda.

El que experimenta el abogado al ir á defender un pleito, es producido por la misma causa.

La impaciencia y la ansiedad que se apoderan de un autor dramático el día en que ha de estrenarse una de sus obras, son la impaciencia y la ansiedad de la duda.

Si emprendemos un viaje, la duda vá siempre delante de nosotros.

Hay personas que, por efecto de las desgracias de la vida, llegan á verse sin salud, sin

familia; sin bienes; sin amigos; llegan, en una palabra, á perderlo todo; pero la duda no la pierden nunca.

Esto es para desesperar á cualquiera.

Yo creo que la duda debia estar entre las diferentes calamidades que tuvieron por conveniente legarnos nuestros primeros padres Adán y Eva.

La duda es una cosa tan terrible, que muchas veces hasta nos impide acudir en auxilio de nuestros semejantes.

Vaya un ejemplo:

Supongamos que se trata de un magnífico proyecto, capaz por sí solo de llevar la felicidad al seno de innumerables familias.

Pero pasan dias y dias, y el proyecto en cuestion, que ha conseguido escitar profundo interés y generales simpatias, no adelanta un solo paso.

Esto está sucediendo á todas horas.

Pues bien: en vista de tanta morosidad, nos dirigimos al autor del pensamiento, y le decimos: «¿Pero hombre, qué hace V.?... ¿En qué piensa, que no pone por obra una idea tan útil y tan beneficiosa?»

Tened por seguro que en la mayor parte de los casos, el interpelado se encojerá de hombros, y contestará:—«Estoy dudando; porque son tantas las dificultades que hay que vencer...»

¡Siempre la duda! ¡Siempre esa suspensión, esa indeterminación del entendimiento que, como dije al principio, mantiene la alarma en todos los espíritus y la angustia en todos los corazones.

Quando la duda se mezcla en cuestiones de amor, este pierde la mayor parte de sus atractivos.

Los amantes no comprenden la felicidad que les proporciona el purísimo sentimiento del alma, hasta que aparece la duda.

De la duda nacieron los celos.

La duda nos persigue de una manera tan tenaz, que á veces interviene hasta en las cosas más sencillas.

Si nos proponemos, por ejemplo, salir á dar un paseo, la duda se encarga de volvernos locos, haciendo que no sepamos á dónde dirigirnos.

En algunas ocasiones, la duda tiene también su encanto particular; pero es un encanto tan amargo!...

El que espera recibir una mala noticia, se consuela mientras duda, es decir, mientras la noticia no llega.

Ahi teneis la parte menos mala de la duda.

La duda es la pesadilla de la humanidad.

Si no hacemos en el mundo más de cuatro cosas de provecho, es porque pasamos la vida

en dudas y vacilaciones, en cuyo estado nos sorprende la muerte.

Las dudas concluyen donde la muerte empieza.

¡Pero el amor á la vida! Todos despreciamos la verdad con que nos brinda la muerte, y preferimos seguir dudando con tal de seguir viviendo.

CASTILLOS EN EL AIRE.

Hace algun tiempo, que viendo jugar á un niño que aun no habia cumplido los seis años, entré en deseos de trazar unas cuantas líneas con el título que antecede.

El pequeñuelo de que me ocupó, se divertia construyendo un castillo de naipes, y lo hacia con tal maña, con tanta paciencia y esmero, que desde luego se advertia en él el temor de que su obra fracasara antes de verla concluida.

Cuando conseguia colocar felizmente la última carta, daba rienda suelta á su alegría infantil, en una inocente carcajada, y batia sus pequeñas palmas con el orgullo del amor propio satisfecho.

Pero ¡ay! despues del triunfo venia el desengaño; porque la cosa más insignificante, el soplo más ténue, daba en tierra con el castillo de naipes, y entonces el niño, haciendo un mo-

hin en señal de disgusto, emprendia de nuevo su tarea.

Aquel niño se entretenia en fabricar castillos de naipes, comprendiendo, sin duda, que dentro de algunos años tendria que hacer castillos en el aire, obedeciendo á una de las imperiosas necesidades á que la humanidad vive sujeta.

Todos en este mundo hacemos cástillos en el aire.

Desde que salimos de la encantadora edad de la infancia; desde que trocamos los puros goces de la niñez por los turbulentos placeres de la juventud; desde que abandonamos esa edad dichosísima en que no damos valor á las lágrimas, ni nos preocupan las dudas del porvenir, ni los recuerdos del pasado, apenas pretendemos otra cosa que dar forma á las quimeras de nuestra inteligencia, y á los deseos de nuestro corazon, que es lo que se llama en el mundo hacer castillos en el aire.

Existe, sin embargo, una notable diferencia, entre los castillos de naipes con que se divierten los niños, y los castillos en el aire con que nos deleitamos todos; y la diferencia consiste en que para hacer los primeros se necesita emplear algun tiempo, mientras que los segundos se forman por sí solos con una rapidez extraordinaria.

No bien entramos en la edad de las ilusiones, nuestra constante distraccion se reduce á fabricar castillos en el aire. Cada esperanza que recogemos, suele servir de base á un hermosísimo castillo, así como las decepciones que despues aparecen en nuestro camino, constituyen la ráfaga de viento encargada de destruirle.

Afortunadamente la humanidad no se desanima por eso, sino que, á semejanza del niño de que he hablado antes, torna á poner los medios para levantar nuevos castillos.

Hay varias clases de castillos en el aire, y solo se asemejan entre sí, en que todos desaparecen con la misma facilidad con que se forman.

¿Qué sería de la humanidad si careciera del recurso de hacer castillos en el aire?

Aquellos que llegan á ser víctimas de los rigores de la suerte, ¿no son menos desgraciados cuando ante la desdicha que les rodea levantan un castillo de ilusiones lleno de venturosísimas promesas?

Preciso es convenir en que el que no es feliz, es porque no se propone serlo.

El que mas y el que menos tiene al alcance de su mano, y enteramente á su disposicion, todos los medios necesarios para ser tan feliz como lo permiten las leyes especiales á que todos estamos sujetos.

— Todo consistió en saber realizar el bello ideal que constituye nuestro constante anhelo; en saber proporcionarnos esa felicidad, cuya completa posesión codiciamos todos desde que la luz de la razón empieza á disipar las sombras de nuestro entendimiento.

— Yo ya sé que la verdadera felicidad no es de este mundo; pero el que espera el alivio de sus males, es menos desgraciado que el que no espera nada.

— Y hé aquí una verdad que viene á poner en claro la siguiente:

De nuestro amor á la felicidad brotaron las esperanzas, así como de las esperanzas nació en la humanidad la idea de hacer castillos en el aire.

Es una cosa en que todos nos ejercitamos.

Las mujeres, sobre todo, se pintan solas para construir toda clase de castillos.

Cuando son jóvenes, puede decirse que no se dedican á otra cosa.

¡Con qué habilidad los fabrican, y cómo se recrean en su obra!...

Por lo general no emplean otros materiales en la construcción de sus castillos que las ilusiones que acompañan siempre á los primeros años.

Ilusiones doradas, ilusiones de color de rosa.

porque en un corazón de quince ó diez y seis años no se alberga nunca la melancolía. Pero qué fácilmente se desmoronan los castillos que formamos en la primavera de la vida!

Cuando las mujeres llegan á ser madres, cambia por completo la decoracion; pero continúan haciendo castillos en el aire.

La felicidad de sus hijos las sirve de pretexto para seguir consagrándose á su ocupacion favorita.

Y en verdad, lectores míos, que si nos viéramos privados del consuelo que hallamos haciendo castillos en el aire, no lo pasaríamos muy bien en un mundo en donde hay tantas debilidades y tantas miserias.

Así es que los hombres, aunque son más positivistas que las mujeres y menos aficionados, por lo tanto, á vivir de ilusiones, construyen también sus correspondientes castillos.

Empezando por el humilde mendigo á quien la esperanza de una pingüe limosna presta aliento suficiente para hacer en su imaginacion un bonito castillo, y concluyendo por los magníficos y caprichosos que levanta el afortunado magnate, ávido siempre de aumentar sus riquezas ó la felicidad de que se vé rodeado, todos, unos por necesidad y otros por costumbre, se entregan á la misma tarea, al mismo sabroso entretenimiento.

¿Qué hace sino castillos en el aire el que al traspasar los umbrales de una casa de juego cree fácil encontrar allí la tranquilidad para su agitado espíritu, ó el medio de recuperar la fortuna perdida?

¿Qué hace sino castillos en el aire el que deposita sus ahorros en una sociedad de crédito, confiado en recoger despues los frutos de halagüeñas promesas que casi nunca se ven realizadas?

¿Qué hace sino castillos en el aire el que para salir de apuros y poder cubrir sus obligaciones todas, se agarra á la esperanza de alcanzar un premio de la lotería?

¿Qué hacen sino castillos en el aire los que imaginan que la lealtad, la rectitud y la buena fé, sirven de alguna utilidad para vivir en el mundo?

¿Qué hacen sino castillos en el aire los que dan crédito á estudiadas palabras y valor á ciertos juramentos?

¿Qué hacemos, en fin, sino castillos en el aire cuantos nos agitamos en esta inmensa Babilonia, despreciando hoy lo que ayer codiciábamos y buscando por todas partes cuanto pueda dejar satisfecha la constante ansiedad en que vivimos?

La impasible y fria realidad hiela la sangre en nuestras venas, y deposita una gota de hiel en el fondo de nuestras almas.

Por eso somos felices mientras hacemos castillos en el aire, que la mentira no nos asusta cuando tomamos la precaucion de cubrirla de flores.

LA CARIDAD.

Muchos de los que dedican sus ratos de ocio á buscar por el mundo una satisfaccion completa, una dicha cumplida, se encuentran con frecuencia en el triste caso de tener que desistir de su natural propósito.

La mayor parte de las cosas que no conseguimos encontrar, es porque no sabemos buscarlas.

Son muy pocos los que creen que un grano de arena puede ser la base del edificio de la felicidad, y muchos los que ignoran que la tranquilidad de la conciencia no es otra cosa que el premio de las buenas acciones.

Todos, sin embargo, deseamos con avidez llegar á poseer ese bienestar interior, esa paz misteriosa y codiciada que lleva la fortaleza al humano espíritu.

No habrá una sola persona en el mundo que no desee vivamente poder decir: «Soy feliz, porque tengo en calma la conciencia.»

El deseo es general; pero el ver realizado semejante deseo, está reservado á muy pocos.

Ya me parece estar oyendo á varios de mis lectores, algo parecido á lo siguiente: —«¿Pero existen en el mundo satisfacciones completas y dichas cumplidas?»

—Si, señores míos: en el mundo puede alcanzarse la paz purísima é inalterable de la conciencia.

En el mundo puede disfrutarse de un goce verdaderamente celestial, y respetado siempre por los pesares de la vida.

En ninguna parte más que en el mundo puede alcanzarse el consuelo que producen las buenas acciones y la satisfaccion que resulta de la práctica bien entendida de la caridad.

Todos los placeres tienen su parte de veneno.

El placer del avaro, es un placer lleno de sobresaltos y de congojas.

El del amante, participa del martirio de la duda y de la ponzoña de los celos.

El del jugador, es un verdadero tormento, una lucha incesante, una negra pesadilla que no abandona á su víctima á ninguna hora.

Los goces materiales no son otra cosa que

brillantes meteoros que en la oscuridad de la noche nos iluminan un solo momento, para sumirnos despues en la profundidad de las tinieblas.

Los placeres de la tierra, se debilitan, y se agotan y mueren.

Pero la inefable satisfaccion que nos causa el ejercicio de las buenas obras; el placer de que se llena nuestro corazon cuando practicamos un acto de verdadera caridad, no se debilita, no muere nunca.

Es un placer que desciende de Dios, y que, como Dios, es eterno.

Está por encima de todos nuestros vicios y de todas nuestras flaquezas.

No hay hiel que pueda acibararle, ni sombra de dolor que se atreva á oscurecerle.

Es un placer que nos acompaña por todas partes, porque la caridad todo lo engrandece y purifica, y es la fuente de donde brota el amor de los amores y el principio de todos los bienes.

A primera vista parece que no hay nada tan fácil ni tan sencillo como llegar á poseer el medio de conservar el reposo de la conciencia; pero la verdad es que no todos los que hablan de caridad, ni todos los que en la apariencia la practican, están llamados á recibir la recompensa.

Hay muchos en el mundo que no encuentran lo que buscan.

Y esto consiste indudablemente en que olvidamos muy á menudo que la caridad es tan modesta como la modestia misma, y lo olvidamos hasta el punto de confundirla con la vanidad.

La caridad no necesita de nada ni de nadie para resplandecer sobre todas las virtudes.

La caridad no brilla casi nunca cuando ve su nombre impreso en grandes cartelones, ó estampado en las columnas de los periódicos.

Teme, sin duda, verse sorprendida á la mitad de su camino.

La caridad es tan humilde que las alabanzas la ruborizan y los aplausos la ofenden.

Es una flor preciosísima, que pierde todo su perfume cuando no se la sabe tratar.

Por eso conviene tener muy en cuenta que el acudir en socorro de la desgracia, enjugando las lágrimas de los que lloran, pierde toda su importancia y todo su mérito, y deja de ser un acto de verdadera caridad, desde el instante en que, impulsados por una vanidad ridícula, nos proponemos hacer conocer al mundo, por medio de las cien trompas de la fama, la necesidad que hemos socorrido, ó las lágrimas que hemos enjugado.

No es eso lo que desea la caridad.

La caridad desea reposar en todos los cora-

ziones; pero no quiere ser objeto de una mirada indiscreta ó de una palabra imprudente.

La caridad quiere vivir en la oscuridad y en el silencio.

Si quereis encontrarla, no la busqueis en torno de la felicidad; buscadla donde haya pesares que consolar, ó necesidades que socorrer.

La caridad ocupa siempre un lugar muy preferente al lado de la desgracia.

Una inundacion destruye todo un pueblo.

La desolacion y el espanto se advierten por todas partes.

Imponentes ruinas se ven envueltas en un inmenso lago.

Los sollozos y los lamentos de los pobres moradores que han podido escapar con vida, contribuyen á hacer más sombrío y desconsolador aquel cuadro terrible, que no es posible contemplar con ojos enjutos.

La mayor parte de las familias han quedado reducidas á la miseria.

Parece imposible encontrar remedio á tantas calamidades, ni consuelo para tan grandes aflicciones.

Pero en medio de aquel cuadro desgarrador, en medio de aquel monton de ruinas y de recuerdos, se levanta brillante y magnífica la luz de la caridad.

La caridad hace desaparecer los horrores de

la inundacion, y lleva el placer de la resignacion á todos los corazones.

La caridad es como Dios, que se encuentra en todas partes para derramar beneficios y consuelos.

¿Quién no la ha visto brillar en las espaciaosas y sombrías salas de los hospitales?

En los hospitales la caridad es considerada siempre como un artículo de primera necesidad.

Dios vela constantemente por los desgraciados, y por eso la caridad, que es la mensajera de Dios, se pasea orgullosa y tranquila por las desmanteladas y frias salas de los hospitales, donde hay tantos infelices sin tener una persona de su familia á quien volver los ojos, y sin escuchar una palabra cariñosa que les dé valor en sus últimos momentos.

La caridad alivia y consuela.

Dá resignacion al que vacila, fuerzas al que desfallece, esperanzas al que las ha perdido.

¡Dichosos los que saben ejercer la más hermosa de las virtudes, prefiriendo acercarse á la puerta del desvalido, ántes que á la del poderoso ó á la del magnate!...

Pero no olvidemos que es muy fácil equivocarse al practicar la caridad.

No confundamos el gozo y la satisfaccion que producen las buenas obras, con el deleite

despreciable y efímero de los encantos propios del orgullo; persuadidos de que por el camino de la vanidad, no lograremos encontrar nunca la tranquilidad de la conciencia.

LOS RECUERDOS.

Corazon, no suspires;
alma, no sientas;
memoria, no te acuerdes
de quien te acuerdas.

FERNAN CABALLERO.

No es posible poner en duda que la facultad de pensar es uno de los grandes tormentos colocados por Dios en el mundo para castigo de los mortales.

La mayor parte de los disgustos y penalidades á que la humanidad vive sujeta, tienen su origen en la facultad de pensar.

Los que no piensan en el pasado ni en el porvenir, los que no se preocupan por nada, absolutamente por nada, y se arrojan completamente decididos y confiados en brazos del presente, tienen mucho adelantado para ser felices.

Esta es una verdad innegable.

Dejad la inteligencia quieta, y el corazón permanecerá tranquilo.

La persona que no piensa, no sufre; porque en el mero hecho de no pensar, prueba de un modo indudable, que carece del purísimo sentimiento de donde brotan las lágrimas.

El que no piensa, es una especie de autó-mata que vá por el mundo con la sonrisa de la indiferencia en los lábios, y con el frío de la muerte en el corazón.

Y sin embargo, los que se ven privados de la facultad de pensar, viven completamente felices; porque si en la mayoría de los casos no disfrutan de los delicados goces del alma, en cambio ni las penalidades les abruman, ni los desengaños les hieren.

¡Dichosos aquellos para quienes el día de ayer no es otra cosa que unas cuantas horas que han visto desaparecer en el panteón de los siglos!

¡Dichosos aquellos que no tienen necesidad de decir al corazón que no suspire, al alma que no sienta, á la memoria que no recuerde las alegrías ó las tristezas del tiempo pasado!

¡Dichosos aquellos que no viven de recuerdos; porque los recuerdos, dulces y agradables en algunos casos, son por lo general acerados puñales que traspasan el corazón de parte á parte!

- Hay varias clases de recuerdos, como son varias las causas que los producen.

- Los recuerdos se forman con una facilidad extraordinaria.

- El acontecimiento más pequeño, la cosa más insignificante, puede llevar á nuestra memoria, con poco que pongamos de nuestra parte, toda una série de recuerdos.

- La memoria es el espejo donde los recuerdos se retratan.

- La hiel de los desengaños es menos amarga que la hiel de los recuerdos.

- De esta triste verdad podría responder la mayoría de los cesantes.

- Sólo los que hayan saboreado el veneno de los desengaños de la vida, sólo los que hayan tenido fuerzas bastantes para luchar con la suerte, cuando la suerte les haya sido adversa, pueden, andando el tiempo, conocer el verdadero valor de los recuerdos y la triste importancia que encierran.

- Los recuerdos constituyen una especie de libro, donde, por fechas y con una exactitud admirable, aparecen consignados todos los acontecimientos de nuestra vida pasada; libro cuya lectura nos hace pensar en el porvenir, y que tan pronto nos alegra como nos entristece.

- Los recuerdos nos siguen por todas partes y á todas horas.

Diganlo si no los que gimen léjos de su patria, envueltos constantemente en el torbellino de los recuerdos; diganlo también los que, además de hallarse privados de ver salir el sol en el suelo en que nacieron, lloran, por su culpa, infortunios y desgracias irremediabiles; diganlo, en fin, aquellos á quienes obliga á vivir de recuerdos ese juez inexorable que se llama conciencia.

Los recuerdos son el martirio de los que no supieron conservar ni una sola de las ilusiones de la juventud; la pesadilla de los que fueron víctimas de su abnegacion ó de su buena fé; la desesperacion, pero desesperacion terrible, de los que, habiendo podido ser muy felices, tuvieron el estrávagante capricho de labrar su propia desdicha.

Cuando los recuerdos establecen una relacion directa entre la cabeza y el corazón; cuando á esos mismos recuerdos les sirven de base los immaculados sentimientos del alma, entonces no hay lucha ni tormento que pueda compararse con el tormento y la lucha que sostienen los que tales recuerdos experimentan.

Es una lucha en la que siempre quedamos vencidos, sin alcanzar otra cosa que la ponzonía de la duda y el desaliento de los desengaños.

Bien es verdad que los recuerdos que la ocasionan pertenecen al número de los que hie-

ren despiadadamente la fibra más delicada y sensible de nuestro corazón, porque son los recuerdos de la felicidad soñada, y acaso perdida para siempre, los recuerdos del objeto predilecto de nuestro amor ó de nuestras simpatías.

Hay recuerdos que no se borran nunca de la memoria.

¡Bienaventurados los que no fatigan la suya, porque de ellos es la tranquilidad en el mundo!

*
*

Entre los recuerdos que pueden amargar y entristecer los días de nuestra existencia, figuran en primera línea: el recuerdo del tiempo perdido ó mal empleado; el recuerdo de la ingratitude de que hemos sido objeto, ó que hemos usado con los demás, y el recuerdo de ciertas flaquezas, de ciertas pequeñas miserias, que con tanta frecuencia, por desgracia, se vienen cometiendo en el mundo.

Los recuerdos suelen ser los encargados de darnos la voz de alerta en medio de nuestros placeres ó en el trascurso de nuestros extravíos y debilidades.

En algunas ocasiones, los recuerdos se levantan imponentes y amenazadores delante de nuestra conciencia; pero hay ocasiones también en que los recuerdos llevan al fondo de nuestro corazón esa dulce y apacible melancolía que constituye el consuelo de la desgracia.

De todos modos, los únicos que viven felices en el mundo, son los que carecen de la facultad de pensar, porque el que no se toma ese trabajo, rara vez se encuentra en la precisión de decir al corazón que no suspire, al alma que no sienta, á la memoria que no recuerde las alegrías ó las tristezas del tiempo pasado.

Entre los recuerdos que pueden amargarnos y entristecernos los días de nuestra existencia, figuran tan en primera línea: el recuerdo del tiempo perdido ó mal empleado; el recuerdo de la ingratitud de que hemos sido objeto, ó que hemos merecido con los hombres; y el recuerdo de ciertas palabras, de ciertas pequeñas miserias que con tanta frecuencia por desgracia, se vienen comunicando en el mundo. Los recuerdos amargos ó entristecedores de la vida se elevan en medio de nuestras placidas ó en el momento de nuestros entusiasmos y debilidades. En algunas ocasiones, los recuerdos se elevan en forma de amenazas y amenazas de nuestra conciencia por las ocasiones que bien en que los recuerdos llevan al fondo de nuestro corazón un dulce y espasmo melancólico que constituye el consuelo de la desgracia.

conviene, desde el momento en que llega á ser madre, no debe olvidar que el amor que ella siente por su hijo, no es posible apreciar ni comprender todo el amor que se desarrolla en el corazón de la mujer, cuando por primera vez estrecha contra su seno al hijo de sus entrañas.

LAS MADRES.

Quiera ser capaz de amar al hijo de la madre de la misma manera que ella ama á su hijo. Tratad de amar al hijo de la madre, como ella ama al hijo de la madre. El amor de las mujeres que llegan á ser madres, no es un amor terrenal, es un amor que tiene mucho de divino.

Así como en la mansión de los ángeles, en la morada celeste, donde la luz no muere nunca y donde los escogidos por el Señor unen sus voces á las de alados querubines para entonar himnos de alegría, no hay nada tan agradable ni tan sorprendente como la grandeza de Dios, así en este mundo de miserias, en este valle de lágrimas y de dolores, no hay nada tampoco más digno de llamar nuestra atención que ese sér, lleno de inmensa ternura, que se llama madre.

La mujer más superficial y más dada á veleidades y á tonterías, prescinde por completo de sus hábitos é inclinaciones, y entra en cuentas consigo misma para saber lo que más le

conviene, desde el momento en que llega á ser madre.

No es posible apreciar ni comprender todo el amor que se desarrolla en el corazón de la mujer, cuando por primera vez estrecha contra su seno al hijo de sus entrañas.

¿Quién sería capaz de arrancar al hijo de los brazos de la madre?

Tratad de arrebatár al águila sus polluelos, ó sus cachorros á la leona.

El amor de las mujeres que llegan á ser madres, no es un amor terrestre, es un amor que tiene mucho de divino.

Es el amor que conduce al sacrificio con la sonrisa en los labios y la tranquilidad en el alma.

Porque las madres se sacrifican siempre por sus hijos.

La abnegación es el distintivo de todas las madres.

¡Con qué cariñosa solicitud acuden á llenar hasta las más pequeñas necesidades de las prendas de su corazón!...

No hay madre que no crea que sus hijos son los más hermosos, los más inteligentes, los más buenos.

No hay madre que no se encuentre dispuesta siempre á disculpar las travesuras de sus hijos.

Los padres suelen conocer los defectos de los hijos; las madres no los conocen nunca.

Cuando un padre se muestra airado, y reprende y castiga al hijo que ha cometido una falta, la madre es la que sufre de una manera horrorosa y concluye casi siempre por arrostrar la cólera de su esposo. ¿Qué madre deja de salir á la defensa de su hijo?

Y cuando la madre y el hijo quedan solos, la primera no puede menos de reconvenir al segundo; pero lo hace generalmente de una manera tan especial, tan dulce, tan encantadora, que las palabras que le dirige, á todo se parecen menos á una reconvencion.

Las madres no saben reñir á sus hijos; solo saben amarlos.

Será tal vez una debilidad del corazón materno; pero es una debilidad con la que viven muy á gusto todas las madres.

Los padres son los primeros que no comprenden cuán grande es el amor que se oculta en el corazón de la madre menos tierna y menos cariñosa.

Por eso más de un marido exclama con frecuencia, dirigiéndose á su mujer:—«Estás echando á perder á tus hijos.»

O lo que es lo mismo:—«Tu amor les perjudica; no les ames tanto.»

Lo cual, aplicado á una madre, equivale á

decir:—«Prescinde de cuanto te es grato en el mundo; renuncia á la felicidad que te viene sonriendo sobre la tierra.»

Pero no habrá una sola madre que ante semejante exigencia no repita interiormente:—«¿Cómo he de aminorar el cariño que tengo á mis hijos, si todavía no les amo todo lo que debo?»

Pedid á una madre toda clase de sacrificios; sometedla á las pruebas más duras y más terribles; pero no le digais, ni aun en broma, que ama demasiado á sus hijos.

Hay ciertas bromas que las madres no las toleran nunca.

La presencia de los hijos es el consuelo de las madres.

El amor de las madres es la vida de los hijos.

Si estuviera en nuestra mano privar á las madres del cuidado de atender y de amar á sus hijos, las madres quedarían suprimidas.

¿En qué se habrían de ocupar el día en que no pudieran cumplir con tan amorosos deberes?

II.

¡Qué triste aparecería el mundo si no estuviera embellecido con el amor de las madres!

Porque ¿qué no es capaz de embellecer el amor de la mujer que recoge nuestro primer suspiro y dirige nuestros primeros pasos?

¿Hay algo más sublime y delicioso que el amor de la mujer, que no tiene otras alegrías que nuestras alegrías, ni otras tristezas que nuestras tristezas?

¿Existe algo parecido á la mujer que llega á sacrificarnos su tranquilidad y su vida?

Registrad hasta el último rincón del mundo, y no hallareis, de seguro, otra cosa que, por su valor, sea digna de figurar al lado de una madre.

El amor de la madre es el único verdadero, porque es el único desinteresado.

De la abnegación y de la ternura se formó el amor de las madres.

Los niños no equivocan nunca á sus madres con ninguna otra mujer.

La primera sonrisa de un niño es para su madre, porque las madres son la Providencia de todos los niños.

Una madre que padezca física ó moralmente, tiene, por fuerza, que pensar más de una vez en sus padecimientos ó en sus penas.

Pero supongamos que un hijo de esa misma madre tiene la desgracia de caer enfermo.

Entonces se verifica una completa transformación, un verdadero milagro; la madre se pone buena.

¡Ahí teneis lo que es una madre!...

Aquella madre recobra de repente todas las

fuerzas perdidas, y lo olvida todo, para pensar únicamente en el hijo de su alma.

Ciertos cuidados solo pueden ser confiados á una madre.

Por otra parte, ¿quién puede considerarse con mejor derecho que una madre para velar junto á la cama del hijo enfermo?

Aquel es el sitio que la pertenece.

Dentro de la alcoba del enfermo encuentra la madre la mejor de sus delicias y la mayor de sus complacencias.

Allí pasa dias y dias, siempre con la mirada fija en el hijo, y con la palidez de la muerte retratada en el semblante.

No se permite ni un solo momento de descanso, porque está tan convencida de lo necesaria que es su presencia, que no se aviene á ser relevada por otra persona.

Ella es la que suministra al enfermo todas las medicinas, la que le arregla las almohadas, y la que le dirige palabras de amor y de consuelo.

Ella es la que observa constantemente, y retiene despues en su memoria, hasta los más pequeños síntomas de la enfermedad, y la que, cuando el hijo duerme, no se atreve ni aún á respirar, temerosa de despertarle.

Ella es la que se entiende en todo y para todo con el médico, á quien abruma á pregun-

tas, siempre con el deseo de recoger una esperanza.

Ella es, en fin, la que sufre real y verdaderamente, porque las penas ó los dolores de los hijos se ceban, por lo regular, en el corazón de las madres.

Y supongamos que el hijo triunfa de la enfermedad,—porque suponer otra cosa sería clavar un agudísimo puñal en el corazón de la madre,—supongamos que el enfermo entra en el período de la convalecencia, y tendremos entonces una nueva serie de cuidados y de atenciones de la pobre madre, que tratará de evitar á toda costa una recaída que destruya de un solo golpe la mejor de sus esperanzas.

Aquella madre, como todas, no conoce otra ambición que la de salvar á su hijo.

¿Quién es capaz de saber hasta dónde llega la abnegación de una madre?

Pero las madres no acostumbran á dar importancia, ni á los sacrificios que hacen, ni á las privaciones que se imponen.

Los hijos son el embeleso constante de las madres.

Las madres solo tienen ojos para recrearse en sus hijos; porque como ha dicho muy bien mi discreto y querido amigo Antonio de Trueba,

«Los hijos son el espejo
donde las madres se ven.»

III.

¿Qué es lo que produce mayor pena y más hondo sentimiento? ¿la memoria del bien perdido ó el carecer siempre y por completo de semejante bien?

¿Es preferible la desgracia del ciego de nacimiento que jamás admiró la luz del sol, á la que experimenta el que ha perdido la vista despues de haber gozado del espectáculo magnifico que presenta la naturaleza?

La contestacion á estas dos preguntas no puede ser más difícil.

Es una dificultad muy parecida á la que encontraria el que tuviera que contestar á la siguiente:

La suerte del hijo que no ha conocido á su madre y no ha disfrutado, por consecuencia, de sus tiernos cuidados, ni de sus amorosas caricias; ¿es menos triste que la del que ha quedado huérfano en edad en que podia apreciar todo lo que valia la mujer que le habia dado el sér?

En la imposibilidad de contestar á esta pregunta, someto el asunto al buen juicio de mis lectores, y estoy seguro que no lograrán nunca ponerse de acuerdo.

¿Qué es una madre?... Hé aquí la gran dificultad.

El dia en que consigamos dar contestacion á esta pregunta, el problema quedará resuelto.

Entre tanto, tenemos que limitarnos á amar á las madres, como amamos á Dios, cuya sublimidad y grandeza no comprendemos.

He dicho ya que las madres solo se parecen á sí mismas, y lo repitó, porque conviene tenerlo muy presente.

Un hijo comete las mayores calaveradas, y hasta llega á ser ingrato para con su madre, sin que la madre, por vivísimo que sea el dolor que experimente su corazón, pueda dejar de ser lo que fué siempre para su hijo.

La conducta depravada de un hijo, puede ser causa de que su padre le maldiga; pero de los labios de la madre solo saldrán palabras para bendecirle.

No habléis á las madres de la maldad empleada por el infante D. Juan, hermano de don Sancho, llamado el *Brabo*, y que dió por resultado la heroicidad de Guzman el Bueno, porque solo conseguiríais llenarlas de indignacion.

Pero decidlas que algunos años antes del memorable sitio de Tarifa, en tiempo de don Alonso el *Sábido*, padre del mismo D. Juan, cuyo pérfido infante desempeñó tambien en la época de que voy hablando el papel de protagonista, el hijo de la alcadesa del Alcázar de Zamora, se vió amenazado de sufrir una muerte tan horrible como la que recibió el de Guzman el Bueno, y solo debió su salvacion á que la al-

caidesa, comprendiendo el heroísmo y el amor á la pátria de una manera completamente distinta de como lo comprendió despues el ilustre defensor de Tarifa, se apresuró á entregar al enemigo las llaves de la plaza, antes que consentir tocaran á un solo cabello del hijo de su corazon.—Decidlas esto, y las oireis exclamar con noble orgullo:

—«¡Así es como obran las madres!...»

Pero verdaderamente es muy sensible, el que hasta las cosas más puras y más delicadas tengan sus correspondientes excepciones.

Aunque pocas, muy pocas, existen en el mundo algunas mujeres, —y advertid que no me atrevo á llamarlas madres,— que hacen con sus hijos lo que de seguro no se atreverian á hacer con los suyos ni los salvajes ni las fieras.

Semejantes mujeres, no merecen otro nombre que el de infames madrastras con sus propios hijos.

MONEDA FALSA.

Es completamente indudable que la época que atravesamos, hace ya muchos años, nos ofrece para lo futuro toda una rica colección de bellísimas esperanzas.

Ante tan brillante perspectiva, no pasa día sin que hagamos algún descubrimiento, ó sin que tengamos que felicitarnos por la posesión de una nueva idea.

El siglo actual cada vez se va haciendo más acreedor á nuestro profundo reconocimiento.

Yo creo que el siglo xix, más que por el siglo de las luces, de la ilustración ó del progreso, debería ser conocido por el siglo de la moneda falsa.

Meditad detenidamente en esta calificación que me propongo aplicar al siglo en que vivimos, y os convenceréis de que no tiene nada de denigrante ni de ofensiva.

Es una especie de retrato fotográfico.

Es un cumplido elogio que yo me complazco en depositar sobre el siglo XIX.

Es, en fin, entre otras cosas de la mayor importancia, una solemnísima verdad demostrada por la experiencia.

Su mérito consiste en escapar á la mirada más perspicaz y á la más refinada desconfianza.

Un actor, por consideraciones al autor de una obra dramática, ó por ceder á las exigencias de un empresario, —cosas ámbas que dan funestísimo resultado para todos en la mayor parte de los casos,—se encarga de un papel completamente ajeno á sus facultades y á su carácter.

Si el actor,—después de penetrarse bien del grave compromiso que contrae,—echa mano de todos los recursos de su talento y tiene la suerte de entusiasmar al público, provocando una ovación completa y espontánea, es indudable que recogerá uno de los más grandes y legítimos triunfos á que puede aspirar un artista, tropezando, en otro caso, con una sangrienta y casi merecida decepción, porque no siempre los esfuerzos, aunque vayan ayudados de un buen deseo, dan el resultado que se busca.

Ahora bien; la humanidad es la encargada de representar en el teatro del mundo la comedia de la vida.

Muchas, muchísimas personas, bien por necesidad ó bien por seguir el ejemplo, se encargan de papeles que no son de *su cuerda*, como vulgarmente se dice.

Hay, sin embargo, la notable diferencia de que en este gran teatro, creado por Dios y perfeccionado por las pasadas generaciones, son muy pocos los que dejan de salir airosos, gracias á la proteccion é inspiraciones del siglo XIX, que es á quien de derecho corresponde toda la gloria por tan maravillosos resultados.

Para mí no tiene mérito ninguno el que un zapatero presente unas botas admirablemente concluidas, ni el que un sastre corte una levita con toda la perfeccion posible.

Pero cambiad los papeles, es decir, que de pronto, y sin la más pequeña preparacion, haga el sastre la obra del zapatero y el zapatero la del sastre, y de seguro quedaremos agradablemente sorprendidos.

Andando el tiempo ha de llegar un dia en que la humanidad, en su inmensa mayoría, se componga de actores consumados.

¡Qué facilidad tenemos para disfrazarlo todo!...

Las sonrisas, las inclinaciones, las promesas, el pudor, la miseria, las protestas de amor, la opulencia, las virtudes, los afectos del alma, todo, absolutamente todo cuanto con mucha

frecuencia pasa como moneda corriente, es únicamente moneda falsa.

Puede decirse que es la única que circula por el mundo; pero toda *pasa*, y, por lo general, no nos apercebimos de ello hasta que ya no es tiempo de reclamar daños y perjuicios.

Ha llegado el caso en que no nos atrevemos á dar crédito ni á lo que vemos ni á lo que oímos.

¡Es tan fácil confundir lo falso con lo verdadero!

Dime, amigo lector, ¿no te ha sucedido alguna vez, en el trascurso de tu vida, estar ciegamente enamorado de una mujer por la que hubieras hecho gustoso todo género de sacrificios, encontrándote despues con que las cariñosas sonrisas y las protestas de amor y de fidelidad de la señora de tus pensamientos no eran otra cosa que moneda falsa?

Si por casualidad te has visto en semejante situacion, claro es que te disgustaria sobre manera el término fatal de tus amores; pero no vayas por Dios á desconocer que eso de fingir y de representar de un modo tan admirable lo que no se conoce, lo que no se siente, es muy digno de admiracion y de aplauso.

Tú me dirás acaso que lo que se finge no se posee, y yo te contestaré que hay muchas co-

sas que no son de absoluta precision desde que el corazon está supeditado á la cabeza.

Si eres empleado, amadísimo lector, de seguro habrás pasado, —y quizá más de una vez, — por el amargo trance de la cesantía, y habrás tenido ocasion, por consecuencia, de recoger en tus pretensiones una no pequeña cantidad de moneda falsa.

No hay nadie que distribuya tanta moneda falsa como el que tiene que desembarazarse diariamente de doscientos ó trescientos compromisos.

¡Pero qué talento se necesita para conseguir que un cesante abrigue lisonjeras esperanzas, tomando como moneda corriente lo que está muy lejos de serlo!

En mi concepto, es indispensable tanta habilidad como para sonreir cuando el alma está llena de amargura, ó como para verter lágrimas cuando el corazon apenas puede contener la alegría de la felicidad.

Y sin embargo, en muchos casos las sonrisas, y sobre todo las lágrimas, son verdadera moneda falsa.

Son la consecuencia de los recursos con que contamos los encargados de representar la comedia de la vida.

Son desgarradoras verdades vueltas del revés, con el fin de que nadie las conozca.

Tened también muy presente que casi todo lo que aparece en las columnas de los periódicos políticos, es moneda falsa.

— Lo es también la caridad cuando se viste con el manto de la filantropía.

Lo es asimismo la virtud que sigue el camino trazado por la Providencia, en tanto que no se opongan las consideraciones sociales.

Son moneda falsa casi todos los discursos que se pronuncian y las tres cuartas partes de los cumplimientos que unos á otros nos dirigimos.

Pero conviene tener en cuenta que todo ello lo hacemos con tanta destreza, con tan marcada exactitud y con tal apariencia de verdad, que no es posible abrigar ni la más pequeña duda acerca de la perfección á que hemos llegado.

¿A quién no le habrá ocurrido nunca tomar por una duquesa, ó por esposa ó hija de un gran potentado á cualquiera de las infinitas mujeres que ostentan constantemente un lujo deslumbrador?

En este punto todos estamos expuestos á equivocarnos, y la verdad es que nos equivocamos con demasiada frecuencia.

Hablad á los dueños de las tiendas de modas acerca de muchas elegantes, y al parecer distinguidas mujeres, y ellos os presentarán sus libros llenos de apuntes curiosos y elocuentísi-

mos, y os convencereis de que no es oro todo lo que reluce desde que se inventó la moneda falsa.

¿Qué es sino moneda falsa el boato escandaloso del empleado que sólo disfruta un sueldo de seis ú ocho mil reales, y tiene que mantener á una numerosa familia?

¿Son otra cosa, por ventura, los innumerables anuncios que diariamente se publican ponderando los *méritos* y *servicios* de un elixir para conservar la dentadura, ó de una pomada especial para hacer brotar el cabello?

¿No teneis por moneda falsa la que reparten á sus accionistas la mayor parte de las sociedades de crédito?

¡Ah lectores míos!... Si hubiera de ofrecer á vuestra consideracion todo lo que me ocurre sobre este particular, no concluiría nunca.

Por otra parte, cuanto yo pudiera decir resultaría pálido é incompleto comparado con la realidad.

Contentémonos, pues, con la seguridad de que el porvenires nuestro, completamente nuestro, sino descendemos de la altura en que el siglo nos ha colocado.

EL INTERÉS.

¿No habéis pensado alguna vez, queridos lectores, que la humanidad entera se hallaría completamente dominada por el sétimo de los pecados capitales, si contra semejante pecado, no existiera un remedio heroico, que á su capricho nos trae y nos lleva, nos empuja y nos arrastra, lanzándonos muchas veces en las regiones de lo desconocido?

¡Con qué placer nos arrojamos á todas horas en los brazos de la pereza!

Bien es verdad que la pereza tiene sobre nosotros un incontrastable dominio.

El hombre es perezoso por naturaleza.

Si Dios hubiera continuado derramando sobre todas las generaciones el maná que derramó sobre el pueblo de Israel, en el día tendríamos erigidos altares en honor de la pereza.

La ocupacion de no hacer nada, es una ocupacion agradabilísima, y de seguro la más codiciada.

«Contra pereza, diligencia,» dice el Catecismo.

«Contra pereza, interés,» digo yo.

El interés nos tiene en continuo movimiento.

Es el inventor de todos los deseos, de todos los caprichos, de todas las ambiciones.

Hablad en nombre del interés á la persona más apática y más indiferente, y la vereis reanimarse, saliendo de su habitual letargo.

El interés se refleja en todas nuestras acciones.

Si meditamos detenidamente en todos los actos que constituyen la vida real y ordinaria, nos convenceremos de que el interés desempeña en todos ellos un papel importantísimo.

No damos un solo paso, ni nos permitimos la más pequeña demostracion, en cualquier sentido que sea, sin estar inspirados por el interés.

El interés nos coloca al borde del abismo, y muchas veces nos precipita hasta el fondo.

Es el báculo en que todos nos apoyamos:

Báculo que recogemos al entrar por las puertas de la vida, y que no abandonamos hasta que franqueamos las de la muerte.

Yo voy á ocuparme, ante todo, del ruin interés; de ese interés miserable y mezquino, que despierta todas las malas pasiones y acalla los más nobles sentimientos.

Levantad el velo con que en vano pretenden cubrirse todas las infamias y todos crímenes, y os persuadireis de que el interés guía siempre los pasos del malvado, y arma, si es necesario, el brazo del asesino.

Hay hombres que son capaces de toda clase de atrocidades y de excesos, al sentirse aguijoneados por el vil interés.

Muchas personas creen que el dinero es la panacea universal, que todo lo remedia, que todo lo cura.

Para semejantes personas, la más sublime de las melodías, no puede compararse con el ruido que produce el choque del oro.

Se rinden con armas y bagajes ante la magna elocuencia de una moneda de diez y seis pesos fuertes, ó ante un billete de Banco.

Esto es una verdad y una desgracia.

¡Cuántas veces el vil interés habrá llenado de lágrimas, de intranquilidad y de desengaños á muchísimas familias!

¡Cuántas veces el amor al dinero habrá llevado el ódio y la envidia al corazón del hombre!

¡Maldito interés!

¡Cuántas veces el interés se habrá colocado

como una valla insuperable entre dos excelentes amigos!

¡Cuántas veces la mujer más celebrada por sus prendas físicas, habrá concluido por ser un objeto de irrisión y de desprecio con solo demostrar un desmedido interés!

¡Cuántas veces, en fin, el interés habrá sido la ruina de los que hayan comprometido cuatro con la ambición de cojer ocho!

Esto último puede pasar perfectamente como una burla del interés.

El interés suele vengarse poniéndonos en ridículo.

Buscad el interés en la mayor parte de los que componen la falange de usureros prestamistas, que acaso se atreverán á creer que tienen corazón, y os estremecereis al reparar en el terrible contraste que forma la satánica sonrisa del prestamista, con las amargas lágrimas del cesante, de la viuda ó de la huérfana.

El interés que domina á esos hombres, que dejan de adorar al Dios de los altares para adorar al tanto por ciento, es un asqueroso y repugnante interés.

Buscadle en la indiferencia de los que contemplan con una calma irritante y estóica vuestros dolores ó vuestras penas.

Buscadle en el egoísmo de los que no son capaces de dar un solo paso en favor de sus se-

mejantes, si de ello no ha de resultarles algun beneficio.

Buscad el interés por todas partes, y por todas partes lo hallareis, porque el interés está hasta en el aire que respiramos, y es inseparable de la sociedad en que vivimos.

Yo creo que el mundo debe ser en esta parte el editor responsable de la humanidad.

El mundo es el que nos hace interesados.

Luego el mundo debe pagar por nosotros.

Los que más merecen son generalmente los que ménos valen.

El mundo se deja llevar de las apariencias, y eso es precisamente lo que produce el ruín interés.

En la antesala de un ministerio, por ejemplo, se presenta un hombre preguntando por el oficial A, ó por el jefe B...

Aquel hombre va vestido con un lujo deslumbrador.

Cualquiera le tomaria por un duque.

Inmediatamente que se presenta, todos los porteros, como movidos por un resorte, se ponen en pié, disputándose el honor de contestar á las preguntas que el recién llegado les dirige.

Y, sin embargo, aquel hombre que es objeto de tanto acatamiento, aquel hombre de distinguidas y desenvueltas maneras y tan perfecta-

mente ataviado, puede ser muy bien un truhan, un petardista, un solemnísimo tuno.

Poco despues aparece sobre la misma escena un nuevo personaje, tan humilde en sus maneras como en su vestido.

Los porteros entónces no se *dignan* levantarse, ni se toman siquiera el trabajo de dirigir una mirada á la persona que tienen delante, á quien, ó no contestan, ó lo hacen con tono áspero y por medio de monosílabos.

¡Y quién sabe si aquel infeliz, víctima de los rigores de la suerte, es una persona muy decente y muy honrada!

Aquel hombre no podrá menos de repetirse á sí mismo, cuando baje las escaleras del ministerio, algo parecido á lo siguiente:—«¡Hasta los porteros se creen con derecho para humillarme!... ¡Todos me desatienden porque voy pobremente vestido!.. ¡Si yo tuviera dinero!...»

Ahí teneis el principio del interés.

Ved en esto la manera que tiene el mundo de hacernos interesados.

Porque en el mundo no se aprecia á las personas por lo que son, sino por lo que *valen*; es decir, por lo que *tienen*.

Esta triste verdad arranca las ilusiones del alma, y llena el corazon de una profunda amargura.

Para comprender hasta dónde llega el inte-

rés, ese mezquino interés tan generalizado en nuestros días, nos bastará recordar aquel adagio, que dice: *Los duelos con pan son menos.*

Y como todos los adagios tienen aplicacion, y son una verdad que no puede ponerse en duda, porque están basados en la experiencia, resulta que en el mundo no existe nada tan poderoso como el interés, para sobreponerse á los estragos de la muerte.

Hay consideraciones que hielan la sangre. Pero generalicemos un poco la cuestion: hablemos del interés que interviene en todas las acciones de la humanidad; ocupémonos de ese interés que todos sentimos, porque está en nuestra misma naturaleza, y que no nos abandona un solo instante.

Apenas venimos al mundo, empezamos á obrar á impulsos del interés.

El interés, —llamadlo deseo, si os acomoda,— que sentimos de ver la luz, con el objeto de triunfar de las densas tinieblas en que hasta entonces hemos vivido, nos hace abrir los ojos.

Desde pequeñitos mostramos las mejores disposiciones para hacernos interesados.

Yo no comprendo la vida sin interés.

Hablo, por supuesto, del interés natural, del interés que está encarnado en nosotros mismos, y que con frecuencia presta á los hechos ó ac-

ciones de la humanidad un hermoso tinte de abnegacion y de heroismo.

Y bajo este concepto, la vida sin interés me haria el efecto de un cielo sin astros, de un jardin sin flores.

A veces el interés es causa de que vivamos en la soledad, y á veces nos obliga á exhibirnos en todas partes.

Hay ocasiones en que nos deleita y ocasiones en que nos martiriza.

Si comemos, si paseamos, si nos divertimos, si hablamos, si discurremos, es únicamente porque tenemos un verdadero interés en discurrir, en hablar, en divertirnos, en pasear y en comer.

El interés nos mueve en todas direcciones.

Es el luminoso faro adonde dirigen sus pasos cuantos navegan por el borrascoso mar de este mundo. El interés, como he dicho antes, es el báculo en que todos nos apoyamos; báculo que recogemos al entrar por las puertas de la vida, y que no abandonamos hasta que franqueamos las de la muerte.

LA ESPERANZA.

No hay necesidad de discurrir mucho para comprender desde luego que la esperanza es la prenda de más valor y más codiciada de cuantas existen el mundo.

Todo es preferible á la pérdida de la esperanza.

El hombre se consuela tarde ó temprano de la falta de un empleo, del éxito desgraciado de un negocio, de la pérdida de toda una fortuna; hasta llega á consolarse despues que la muerte le arrebatata las prendas de su mayor cariño: ¿pero qué consuelo, qué recurso le quedan al hombre que pierda por completo y para siempre la esperanza?

Ninguno.

La esperanza es la herencia de la humanidad en esta vida.

Es el refugio de los sufren.

La antorcha que guía nuestros pasos.

La vida de nuestra vida.

La compañera inseparable del hombre.

La esperanza es una luz suavísima que nace del trono del mismo Dios, y que ilumina nuestra alma y fortalece nuestro espíritu cuando se halla próximo á desfallecer.

Es una voz cariñosa y amiga, que solo oímos cuando nos atormentan y afligen los sinsabores y contratiempos de la vida.

La esperanza, en fin, es el reflejo de una felicidad suprema.

La esperanza descende lo mismo al palacio del poderoso que á la choza del mendigo.

La vemos á todas horas en la sonrisa de los hombres, en los ojos de las mujeres, en la alegría de los niños.

Hay un adagio muy conocido que dice: *El que espera desespera*; y sin embargo, no hay nada más dulce que esperar.

¡Qué cosa tan deliciosa es la esperanza!

En muchos casos no cambiaríamos el placer de una esperanza por la posesion de la cosa deseada.

O lo que es lo mismo:

En ciertas y determinadas ocasiones, una esperanza tiene más valor á nuestros ojos que el resultado, el término de la esperanza misma.

El valor de la esperanza no se conoce nunca hasta despues que se pierde.

Pero por fortuna, una de las cosas que más abunda en el mundo es la esperanza.

Las antecámaras de todos los ministerios no son otra cosa que almacenes de esperanzas.

Las madres son la esperanza de todos los niños.

Los hijos son la esperanza de sus padres.

Los médicos, la esperanza de todos los enfermos.

El hombre se pasa la vida esperando, y no se cansa nunca de esperar.

Una idea feliz puede ser el principio de una esperanza: la primera alumbra la inteligencia, la segunda fortalece el corazón.

Si queremos conocer la facilidad con que puede abrigarse una esperanza, fijémonos en momentos críticos, en situaciones verdaderamente apuradas.

Un náufrago, por ejemplo, es el único capaz de ver una esperanza en el carcomido esquife, en la frágil tabla que arrastra á su capricho las encrespadas olas del Océano.

Solo el hombre que se vea envuelto en un peligro inminente, solo el desgraciado que al tender una mirada sobre cuanto le rodee tropiece por todas partes con una muerte próxima, puede lanzar un grito de alegría al reparar en

el débil madero que bambolean las olas de un mar embravecido.

El pobre náufrago hace un último y supremo esfuerzo, porque en aquella tabla ha visto escrita con caracteres indelebles la palabra esperanza.

Convengamos en que ciertas cosas solo las ven los que tienen necesidad de verlas.

Para convencernos más y más de esta verdad, penetremos, llenos de ese triste y respetuoso recogimiento con que debemos pisar siempre el lugar de la desgracia, en el sombrío recinto donde un reo condenado á muerte, está preparándose para pasar de este mundo al otro.

En aquella lúgubre morada solo distinguiremos la presencia de un desgraciado, de un hermano nuestro, que está disponiéndose para expiar en el patíbulo el extravío de un momento.

Por mucho que abramos los ojos, no lograremos ver otra cosa; pero bien se puede asegurar que al reo no le sucederá lo mismo.

El reo verá reflejarse constantemente en las paredes de la capilla la bienhechora luz de una esperanza.

La lucha que sostendrá consigo mismo aquel infeliz será verdaderamente horrorosa.

Tendrá deseos de consagrarse por completo

á Dios, y se lo impedirá un resto de esperanza, por ese amor que todos tenemos á la vida.

La esperanza es el embeleso de los niños, el encanto de los jóvenes, el apoyo de los viejos.

La esperanza es el único bien de la vida.

¡Dichosos los que pueden y saben conservar siempre la esperanza dentro de su corazón!...

¡Ay de los que lleguen á perderla!

LAS MUJERES.

I.

Las mujeres, --no es posible desconocerlo,-- han constituido siempre una de las primeras necesidades de la vida; verdad es que Dios creó á la mujer para consuelo del hombre, y sin mujeres el mundo sería un completo y verdadero valle de lágrimas.

Desconocer el poderoso influjo que ejerce la mujer en el destino del hombre, y la importante misión que la está confiada sobre la tierra, sería desconocer una grandísima verdad, demostrada á cada momento por la misma experiencia.

Las mujeres son las flores con que se embellece el mundo; ¡pero por desgracia son tantas y tantas las que carecen de aroma!...

Y una flor sin aroma, por muy bonitos que

sean su forma y sus colores, ya sabeis, lectorés míos, lo que significa y lo que vale.

Es indudable que las mujeres serian infinitamente mejores y mucho más dignas, por lo tanto, de consideracion y de aprecio, si recibieran en tiempo oportuno una conveniente y sana educacion, ó supieran aprovecharse de ella cuando la reciben. Por eso á los padres, encargados inmediatos de la educacion de sus hijos, puede alcanzarles una terrible responsabilidad, cuando las acciones de estos no correspondan á lo que debe esperarse de personas honradas y bien nacidas.

Una niña, confiada por completo á la direccion y cuidados de una madre tierna y amorosa, como lo son casi todas las madres, llega, por lo regular, pues las excepciones existen y han existido siempre, á ser el orgullo y el consuelo de los que la dieron el sér, y la deliciosa esperanza del hombre que cifra su felicidad en el hogar doméstico.

Los vicios de la educacion no desaparecen nunca, y producen, andando el tiempo, desastrosos y fatales frutos. Una complacencia exagerada, ó un cariño mal entendido, son causas más que suficientes para enjendrar en el corazón de los niños resábios é inclinaciones de fatalísimas consecuencias.

Son muy pocas las mujeres que dejan de ser lo que fueron cuando niñas.

Las condiciones especiales que adornan á la mujer no han podido ser detalladas todavía con verdadera exactitud.

¿Quién es capaz de saber lo que se oculta en el corazón de una mujer?

El corazón de la mujer es un abismo sin fondo, un problema cuya resolución es casi imposible, un geroglífico indescifrable.

Dentro del corazón de la mujer caben todas las grandes pasiones. Desde la encantadora y sublime, inspirada por los puros afectos del alma, hasta la pasión terrible de los celos, de la envidia ó del odio; porque la mujer no sabe ni puede sentir á medias toda vez que la vehemencia es el signo que la distingue y la caracteriza.

¡Dichosas las mujeres que no den entrada en su corazón sino á pasiones elevadas y nobles!

¡Pobres criaturas las que solo abrigan en el suyo rencores y pequeñas miserias!

La mujer es un sér completamente indefinible. Con frecuencia se la vé preferir y ensalzar lo más indigno de ella y lo que menos merece llamar su atención, rechazando, por el contrario, lo que debiera tener en mayor estima.

Esto que sucede todos los días y á todas horas; esto que nadie comprende, sin duda porque cuesta trabajo comprenderlo, puede explicarse, sin embargo, teniendo en cuenta hasta dónde llega el amor propio de la mujer.

El mayor deleite para una mujer consiste en ver satisfecho su amor propio, y una vez realizada tan imperiosa aspiración, tan importante deseo, la mujer se aviene á todo, con todo se conforma y todo lo cree fácil y posible, con lo cual queda explicado, como he dicho antes, las misteriosas inclinaciones de las mujeres en ciertos y determinados casos.

Los hombres quieren antes que las mujeres; pero las mujeres quieren más que los hombres.

Cuando una mujer llega á querer de veras, no hay nada que pueda compararse á la ternura con que rodea al objeto de su cariño; no hay obstáculo que no salve, ni compromiso que no resuelva, y todo en ella es grande, delicioso y sublime. Pero para que una mujer se enamore perdidamente de un hombre, es necesario casi siempre que descubra en él algo que halague su vanidad, es decir, su amor propio; algo que le distinga y separe de los demás hombres, deseosa, sin duda, de hacer un ídolo de aquel en quien ha fijado sus ojos.

La mujer es un tipo digno de estudio.

Todas ellas prefieren vencer á ser vencidas,

aunque para ello tengan que empeñar una lucha desesperada. Por eso los halagos y las súplicas de los hombres subyugan menos el albedrío de la mujer, que la indiferencia ó el desprecio.

Las mujeres se fijan preferentemente en el que aparenta no verlas.

El que quiera captarse las verdaderas simpatías de una mujer, debe empezar por desdenarla.

La indiferencia es un agudo puñal que traspasa de parte á parte el corazón de la mujer.

Nadie ha puesto en duda hasta ahora, que una mujer buena es el principal y el mejor adorno de una casa.

Una mujer buena, vale mucho más que una mujer hermosa, porque la hermosura solo tiene poder para hablar á los sentidos; y la bondad, nacida de la virtud y de la belleza del alma, encierra un deliciosísimo perfume que seduce y embriaga.

La mujer hermosa, pero nada más que hermosa, solo sirve para recrear la vista, mientras que la mujer buena es un ángel sobre la tierra, y la esperanza de una completa felicidad.

Hé aquí una verdad innegable, y sin embargo, las mujeres no han conseguido todavía ponerse de acuerdo respecto de este particular.

La mayor injuria, el ultraje más sangriento que puede hacerse á una mujer, consiste en llamarla fea; es una ofensa que la mujer no perdona casi nunca, y tal vez por eso, son muchas, muchísimas, innumerables, las mujeres que al oír ponderar el encanto de su boca, de sus lábios ó de sus ojos, sonrien con mayor satisfacciom y mucho más complacidas que cuando oyen decir únicamente que tienen un corazon hermosísimo.

Como el corazon está oculto, les importa poco, sin duda, que sea feo.

El hombre que quiera encontrar una mujer buena, debe saber dónde la busca. No acuda para ello á ciertos teatros ni á ciertos bailes, porque á muchas de las mujeres que concurren á semejantes espectáculos, se las podria hallar sin gran dificultad en otros sitios.

Hay mujeres que todo lo olvidan y todo lo sacrifican, con tal de realizar un miserable capricho; mujeres que toman por pretexto los reveses de la fortuna para lanzarse en la senda del vicio; mujeres, en fin, que ignoran ó aparentan ignorarlo, que la aureola de la virtud es su mejor adorno, y que la mujer más desgraciada lo es siempre la menos virtuosa.

El mundo sería un edén encantador, si todas las mujeres se mostraran dignas del objeto para que fueron creadas.

II.

Una mujer joven y soltera es un verdadero peligro y un cuidado continuo para los padres ó encargados de velar por ella, sobre todo, si la mujer no ha recibido una saludable y sólida educacion que la sirva de escudo contra los embates del mundo.

La mujer, en cierta época de su vida, se parece mucho á esas flores que basta tocarlas para que se marchiten ó se deshojen.

Una palabra intencionada ó una sonrisa maliciosa puede comprometer, cuando ménos, lo que la mujer debe guardar más cuidadosamente en el fondo de su alma, si quiere ser siempre el orgullo de sus padres y la admiracion de cuantos la conozcan y la traten.

La hija de familia debe preferir entre todas sus amigas á aquellas que la igualen en bondad, ó que la superen si es posible; y respecto de amigos, solo diré, valiéndome de la feliz expresion de un autor, cuyo nombre no recuerdo en este momento, que la mujer soltera *no debe tener por amigos más que á su padre ó á su hermano.*

No es posible demostrar de un modo más gráfico ni más elocuente la situacion dificilísima de la mujer, mientras permanezca soltera y al amparo de su familia.

A la mujer no le basta ser buena, sino que tiene absoluta necesidad de parecerlo, aunque solo sea para evitar los tiros de la envidia ó de la maledicencia.

En nada conviene que ponga tanto cuidado una mujer soltera como en la conservacion de su honra, porque su honra es la de toda su familia; es lo que la hace interesante y agradable á los ojos de propios y de estraños, y es, en fin, su más preciosísimo tesoro.

Una persona que pierda la salud ó los bienes de fortuna, tiene siempre la esperanza de recuperar ambas cosas, y las recupera con efecto en muchísimas ocasiones; pero ¿cuándo y por qué medios se recobra la honra perdida?

¿Qué puede prometerse una mujer desprovista de su mayor atractivo, despojada de su mejor adorno?

¡Desgraciada la hija de familia que deje de ser el consuelo de los suyos y la alegría de su casa!

A la mujer soltera le conviene mucho ajustar su conducta á la más severa moralidad, para no dar pábulo á las murmuraciones del vulgo y para evitar, sobre todo, los efectos desastrosísimos siempre, de una infame calumnia.

El que juzga por las apariencias se equivoca con mucha frecuencia; pero pobre de la mujer á quien las apariencias condenen, porque

cuando el mundo lanza su terrible fallo no hay más que resignarse y bajar la cabeza.

Convengo en que es doloroso, irritante y desconsolador el que sucedan ciertas cosas; pero el mundo es hoy lo que ha sido siempre y lo que será mientras exista.

Por eso la mujer, además de ser buena, está en el caso de parecerlo, si quiere evitar que las exterioridades puedan perderla en el concepto de los que tienen la debilidad, la indisculpable flaqueza de juzgar por ligeros indicios, ateniéndose, no á lo que ven, sino á lo que oyen, por inverosímil que parezca y por grave y peligroso que sea.

Desgraciadamente son muchas las mujeres solteras que, olvidándose de sí mismas y llevadas de una vanidad pueril é incalificable, se dejan arrastrar por el arrullo de la lisonja, llegando á colocarse por lo regular en una situación peligrosísima, de la que no siempre consiguen salir airosas.

El deseo de brillar es innato en todas las mujeres, y son muy pocas las que se resignan á desempeñar un papel secundario en el gran teatro de la vida.

El lujo, ese diablo tentador en que la mujer tropieza á cada momento y que de día en día toma mayores proporciones, es el único que posee el secreto de desgracias irremediabiles, de his-

torias vergonzosas y de miserias de todo género.

El amor al lujo ha perdido y perderá siempre á innumerables hijas de familia.

Con dificultad podrá encontrarse una felicidad más completa que la que lleva al hogar doméstico la mujer propia, cuando es una mujer que por lo excelente de sus prendas merezca ser elevada á la categoría de esposa.

La mujer deja de pertenecerse desde el instante mismo en que colocada al pié de los altares jura fidelidad y entrega su mano al elegido de su corazón. A partir de aquel solemne momento, tan codiciado generalmente por la mujer, empieza para esta una nueva época, que puede ser la más venturosa ó la más desgraciada de su vida.

La felicidad del matrimonio depende muchísimas veces de un grano de arena; es decir, de cualquiera de los innumerables y pequeños detalles que forman el estado conyugal, y de los cuales no se puede prescindir nunca sin grave riesgo de comprometer, acaso para siempre, la armonía y la paz del matrimonio.

El primer cuidado de la mujer casada debe ser siempre el agradar á su marido; porque el hombre que descubre á cada momento en la compañera de su vida un nuevo encanto, una

nueva coquetería, inocente por supuesto, es muy difícil que llegue á salirse del camino que sus deberes de esposo le tienen trazado.

La mujer compuesta, quita al marido de otra puerta. Hé aquí un antiguo adagio, que encierra una grandísima verdad.

La mujer, como creo haber dicho ya, es el mejor adorno de una casa; pero cuando la mujer despues de casada se abandona por completo y prescinde del aliño de su persona, entonces necesariamente deja de ser tan precioso adorno; probando además, de una manera indudable, que desconoce su propio interés, y se cuida poco de su futura felicidad.

Es necesario que la mujer propia soporte siempre con resignacion las difíciles circunstancias porque pueda atravesar su marido: debe alcanzarlo todo, valiéndose de la dulzura y del cariño, nunca por medio del enojo y de la violencia; pues la mujer que quiera reinar verdaderamente en el corazon de su esposo, tiene que ser tan humilde, tan razonable y tan modesta como la humildad, la razon y la modestia mismas.

Es tambien indispensable que la conducta de la mujer casada no se preste bajo ningun concepto á torcidas y malévolas interpretaciones, no solo por el interés grandísimo que la mujer debe tener en conservar sin mancha su

propia honra, sino por no destruir lo que constituye la base de la dicha conyugal, que es la confianza.

¿Conoceis, lectores míos, algun tormento que pueda compararse con la existencia de un matrimonio cuando el marido desconfía de la mujer, ó la mujer del marido?

Rotos los lazos de la confianza, desaparece irremisiblemente toda esperanza de felicidad, pues ya se sabe que en semejantes casos la desgracia empieza donde la confianza concluye.

La desconfianza es el verdugo de la tranquilidad doméstica y el veneno que acibara las más puras y legítimas satisfacciones.

Todas las mujeres debieran convencerse de esta tristísima verdad; pero por desgracia son muchas las que por falta de reflexion ó por sobra de malos instintos, se conducen de una manera tan deplorable que llegan á labrar su propia desdicha, comprometiendo en algunas ocasiones hasta el porvenir de sus hijos.

Hay mujeres que por la satisfaccion de un miserable capricho, lo aventuran todo, absolutamente todo, y sacrifican los más caros afectos; mujeres que, careciendo de dotes para hacer la felicidad del hombre, secan las ilusiones del corazon, defraudan todas las esperanzas y convierten el hogar doméstico en un infierno insoportable.

Es verdaderamente horrible el contraste que forma una de estas mujeres al lado de la esposa fiel y complaciente, consagrada á ser el consuelo de su marido y el encanto de su casa.

¡Qué mal se quiere la mujer que pudiendo ser buena, lo cuesta ningun trabajo, se arroja voluntariamente en el fango del envilecimiento y de la deshonra!

Entre todas las épocas de la vida, no hay ninguna tan feliz ni tan deliciosa para la mujer como aquella en que el cielo la concede la inefable dicha de ser madre.

La mujer, que despues de haber sido una excelente hija de familia y un modelo de esposas, llega á saborear las dulzuras de la maternidad, se convierte en un ángel, sobre el que Dios derrama á todas horas su amor y sus bendiciones.

Una madre es el conjunto de todas las delicias, la mejor de todas las felicidades, la alegría del hogar y el alma de la familia.

En este importante é interesantísimo punto, son muy raras las excepciones; es decir, son muy pocas las mujeres que dejan de cumplir los gratos y sagrados deberes de la maternidad, por cuyo motivo no me ocuparé, ni haré siquiera la más pequeña indicacion respecto de ciertas infelices, para las cuales el fruto de sus

entrañas no es bastante á hacerlas desistir de sus caprichos, de sus devaneos y debilidades.

Estas desgraciadas criaturas son el oprobio de sus maridos, el escándalo de la sociedad en que viven y la vergüenza de sus mismos hijos, á quienes en muchos casos cubren de baldon y de ignominia.

Pero corramos un velo sobre estas miserias, y consagremos nuestra más profunda admiración á esas mujeres que, orgullosas con el dulce nombre de madres, todo lo sacrifican en aras de la felicidad y del reposo de sus hijos.

EL DINERO.

Hé aquí una palabra que se pronuncia casi siempre con extraordinaria fruición, y que posee el raro privilegio de desarrugar el ceño más adusto.

El dinero constituye la base de innumerables esperanzas, el objeto de muchísimos cálculos y el fin de la mayor parte de nuestras aspiraciones.

El dinero, preciso es confesarlo, sirve para todo, hasta el punto de observarse, en no pocas ocasiones, que ni la desgracia, ni los lazos de la amistad, ni el amor de la familia, inspiran ni conmueven tanto como un solo peso fuerte.

Para no conocer que el siglo en que vivimos es el siglo del ágio, el siglo de la especulación, el siglo del amor al dinero, se necesitaría ser tan torpe como la torpeza misma.

Bien es verdad que nuestro amor al dinero nace del profundo convencimiento en que estamos de que el oro todo lo allana, todo lo facilita, todo lo consigue.

Todos los días vemos descender del elevado puesto en que fueron colocadas por el capricho de la fortuna, ó por el humo de la vanidad, á muchísimas personas, atraídas por el vibrante sonido del dinero.

No hay nada en el mundo que pueda compararse con el valor de la persona que se atreva á subir la pendiente de la vida sin llevar un céntimo en el bolsillo.

Y sin embargo, de esta heroicidad, en la que casi ninguno repara, tenemos numerosísimos ejemplos.

De lo cual se deduce, que hay muchísimas personas que viven de milagro, que es lo mismo que vivir sin dinero.

A pesar de todo, yo no puedo avenirme con el omnimodo poder dado al dinero por los mismos que de él necesitan.

Me hace padecer la idea de que tal vez el más grosero de los metales pesa más en la balanza del siglo que todos los adelantos de la época presente.

Peró no hay más remedio que conformarse; no queda otro recurso que seguir la senda que nos está trazada, porque al fin y al cabo yo

soy el primero que busco dinero, persuadido de que sin dinero no podría vivir.

No hay un solo sér de cuantos se pasean por el mundo, que consiga sustraerse al reconocido influjo del dinero.

La más poderosa de las razones no convence tanto como un billete de Banco.

Para comprender toda la importancia y todo el valor del dinero, basta fijarse en la siguiente verdad que han ofrecido á mi consideracion los adelantos módernos.

Sembrad por el mundo la semilla de la más preciosa de las virtudes, y serán muy pocos los que se bajen á recogerla; pero arrojad unos cuantos puñados de oro sobre la multitud que se agita en busca de dinero, y ya vereis qué manera tienen de disputarse, lo mismo hombres que mujeres, lo mismo viejos que niños, hasta la más infima de las monedas.

Esto habla muy alto en favor del dinero.

La humanidad es una especie de juguete que el dinero maneja á su capricho.

Y ¡cosa rara!... Hoy que se ha desarrollado de un modo extraordinario el amor al dinero; hoy que no damos un solo paso sin estar impulsados por el interés; hoy que cada uno de los mortales quisiera ser dueño de una mina de oro, es precisamente cuando más escasea el dinero.

Por eso la humanidad bulle y se revuelve en todas direcciones.

Por eso hay muchos que comprometen su modesta fortuna en empresas arriesgadas.

Por eso hay tantas conciencias de adorno y tantas virtudes de venta.

Ya se ve, sin dinero no se puede vivir, y el dinero, que debe tener algo de caprichoso, se oculta por disfrutar del placer de que le busquen.

¿Pero dónde se oculta?

Nosotros no sabemos más sino que el dinero se aleja de nuestra vista, y que son muy pocos los que consiguen alcanzarle.

Y en verdad que es una lástima, porque el dinero es una gran cosa.

El dinero salva todas las distancias, aminora muchísimos peligros y cicatriza no pocas heridas.

El dinero es el rey del mundo.

La humanidad está tan convencida, tan perfectamente penetrada de que la falta de recursos es el mayor de todos los males, que en el día todo se convierte en sustancia, es decir, en dinero.

Para un hombre de negocios ¿hay conversacion más insustancial que aquella en que el dinero no asoma por ninguna parte?

La sed de oro que nos consume nos priva

con frecuencia de reparar en ciertas cosas importantísimas.

El amor al dinero nos ciega hasta el extremo de no ver que la lotería, por ejemplo, es un lazo en el que todos caemos.

Es el medio de que se vale la fortuna para reirse de nosotros.

Es un ardid que emplea la suerte para favorecer á sus elegidos, quitando á los desheredados el derecho de quejarse.

El recurso no puede ser más ingenioso.

Una herencia inesperada constituye el colmo de la felicidad, porque no hay herencia sin dinero.

El dinero es tan necesario, tan absolutamente preciso, que con tal de adquirirlo, nadie repara en sacrificios.

Lo que se desea es enriquecerse, y si es posible en poco tiempo, muchísimo mejor.

Atesorar un día y otro día, hasta conseguir el fin que se apetece, es la ocupacion constante de una gran parte de la humanidad.

Y como un propósito decidido y una voluntad firme dan generalmente por resultado aquello que se busca, á nadie sorprende,—porque además está sucediendo todos los días,—que el que se alberga en una miserable bohardilla pase de la noche á la mañana á ser dueño y señor

de una casa con honores de palacio por su suntuosidad y magnificencia.

Es posible, sin embargo, que el secreto de tan completa trasformacion se oculte cuidadosamente entre los pliegues de la dudosa conciencia del que fué inquilino de la bohardilla.

El dinero nos arrastra á donde muchas veces no quisiéramos ir.

¡Es tan tentador el dinero!...

La ambicion es la que alimenta y da vida á la soberbia humana, y la ambicion solo se aplaca con oro.

Nada importa que nuestro amor al dinero nos ponga en ridiculo en muchísimas ocasiones, pues en nada reparamos con tal de conseguir el objeto que nos proponemos.

Y de esta verdad podemos convencernos con solo reparar que todos aquellos que pasean por el mundo su vanidad incalificable y estúpida, lo mismo que los que todo lo niegan, porque nada comprenden,—verdaderos espíritus fuertes que al dirigirse á Dios lo hacen de potencia á potencia,—conservan siempre la más cariñosa de sus sonrisas, y la más elocuente de sus miradas para una miserable moneda de veinte reales.—

¡Tal es en muchos casos la pequeña y misteriosa condicion humana!

LA ENVIDIA.

Sería un adelanto, un verdadero adelanto, y tan sorprendente como magnífico, si llegáramos á conseguir que las prendas ó cualidades morales que adornan á las personas, aparecieran á la vista como las prendas físicas.

¿Por qué no habíamos de poder apreciar de una sola mirada la fealdad ó la belleza interior de nuestros semejantes?

Esto, sobre la ventaja de la comodidad, ofrecería también la inapreciable de ahorrarnos mucho tiempo y muchos desengaños.

Exceptuando á los ciegos, que solo tienen permiso para verse á sí mismos, el resto de los mortales, que posee la inmensa fortuna de no hallarse privado del importantísimo órgano de la vista, puede á todo su placer, y de una sola mirada, realizar, ya un verdadero deseo, ó ya una simple curiosidad ó un mero capricho.

Sin necesidad de emplear otra cosa que la fórmula sencillísima de abrir los ojos, formamos desde luego una idea exactísima de las bellezas ó imperfecciones de todas las personas que nos rodean.

En un instante, en un verdadero momento, y sin otro auxilio que el de los ojos, podemos tener el retrato fotográfico de todas las personas que se nos pongan delante.

Solo llegando á persuadirnos de las ventajas que nos proporciona el primero de los sentidos corporales, es como lograremos comprender la terrible desgracia que pesa sobre los ciegos.

Es verdaderamente extraordinario el dominio que ejerce la vista sobre el exterior de la humanidad.

Pero, si por el contrario, nos proponemos pasar de la superficie, si tratamos de penetrar en ese terreno vedado á todo género de pesquisas y á toda clase de miradas, entonces advertimos con el más profundo dolor que todos somos ciegos.

Nada es más sencillo que saber quién tiene ojos azules, y quién los tiene negros, quién ostenta una sonrisa de benevolencia y quien hace alarde de una severidad imponente.

¿Pero podemos saber con la misma facilidad quién tiene el corazón metalizado, ó quién

posee el raro privilegio de vivir sin corazón? ¿Nos es permitido conocer de una sola mirada á los que ocultan un alma miserable y mezquina, una de esas almas en las que no penetra ningun noble sentimiento, por temor, sin duda, de no tener donde albergarse?

En esta época en que se rinde tan ferviente culto á la farsa y á las falsas apariencias; en esta época en que la humanidad va constantemente vestida de máscara; en esta época en que los lábios revelan, no lo que se siente, sino lo que se desea ó lo que conviene á cada uno; en esta época, en fin, en que todo aparece disfrazado y confundido, ¿quién es capaz de leer en los ojos lo que pasa en el fondo del alma?

De todas las ruines y malhadadas pasiones que se enseñorean en el hombre, no hay ninguna que más se refleje en el rostro que la torpe pasión de la envidia; y sin embargo, ¿seríais capaces, lectores míos, de señalar uno por uno á todos los envidiosos?

Si esto fuera posible ya teníais tarea para rato.

La raza de Cain, que fué el primer envidioso del mundo, se ha multiplicado de una manera maravillosa.

La envidia tuvo el raro capricho de bañarse en sangre, antes de salir del dominio de Cain.

- 87 Una quijada del más inofensivo, y tal vez del más útil de los animales, manejada vigorosamente por una mano aléve y fratricida, dió por resultado la envidia.

El gérmen de pasión tan repugnante, se hallaba oculto en el pecho de Cain.

La sangre inocente de Abel fructificó el gérmen, y sus perniciosos frutos se extendieron por toda la tierra.

Abel fué la víctima, y Cain, el padre de la envidia.

Ahora bien: si Cain fué el padre de la envidia, ¿quereis decirme qué es lo que podemos prometernos de los envidiosos?

La envidia es un veneno corrosivo, que abrasa las entrañas del que lo posee.

Es la venda con que se cubren los ojos del entendimiento.

Es una pesadilla que no concede á sus elegidos ni un momento de reposo, porque lo mismo de noche que de dia les acosa y les atormenta.

No hay nada tan parecido á la agonía de la muerte, como la vida del envidioso.

Aquello no es vida.

O mejor dicho: es vivir y morir á un mismo tiempo, porque las satisfacciones que nacen del daño ajeno, no llegan nunca á ser verdaderas satisfacciones.

El envidioso, cuyo corazón se oprime de angustia y de dolor ante las prosperidades de sus semejantes, contempla, no solo con ojos enjutos, sino poseído del placer de la envidia, que es el más satánico de los placeres, las desventuras de la humanidad.

Cuesta mucho trabajo comprender la felicidad de los envidiosos.

El que vive bajo el pernicioso influjo de la envidia, llega hasta compadecer de corazón, — que es todo lo que puede esperarse de un envidioso, — al que gime agoviado por el peso de los infortunios de la vida.

Es de todo punto imposible marcar con exactitud, las consecuencias, los estragos, mejor dicho, de la asquerosa pasión de la envidia.

Las alegrías de los envidiosos resultan siempre de las desgracias ajenas.

¡Pero cuánta intranquilidad, cuánta tristeza y cuánto veneno deben ocultarse en semejantes alegrías!

El mismo dolor será preferible muchas veces á esas pasajeras y mal llamadas satisfacciones que se anidan en todas las almas pequeñas.

El envidioso no reconoce nunca el mérito de los demás.

Para el envidioso no hay tormento que pueda compararse con el que le producen las alabanzas que á sus semejantes se prodigan.

¡Qué triste debe ser la vida de los envidiosos!...

Los niños, que por ser niños, ignoran que en el mundo se encuentran antifaces para todos los semblantes, son los que mejor dejan asomar al rostro las impresiones de la envidia.

Fijaos, lectores míos, en aquel pequeñuelo que se aleja de sus hermanos, y va á refugiarse en los brazos de su madre para recoger una caricia.

Observad con qué codicia examina cuantos juguetes distinguen sus ojos.

Ved qué manera tiene de seguir con la vista todos los movimientos de la persona que á él y á sus hermanos les reparte una golosina cualquiera, y qué ansiedad tan grande es la suya, porque siempre teme salir perdiendo, siempre cree que la parte que le destinen en el reparto será la más pequeña de todas.

Aquel niño tiene envidia, y para convenirse de ello, basta mirarle á la cara.

Pues bien: los padres, para curar á los niños de tan feo vicio, emplean un recurso que, por lo general, produce resultados completamente opuestos á los que se desean.

Los padres, en su afán de que los niños envidiosos dejen de serlo, satisfacen todas sus exigencias, y hasta sus menores caprichos, sin ver que con este sistema no se consigue otra

cosa sino que, andando el tiempo, la inocente envidia del niño se convierta en la ponzoñosa envidia del hombre.

La prevención más ó menos profunda, y hasta el odio de que se ven poseidas muchas personas, las unas respecto de las otras, no nacen de otra cosa que de la envidia.

Deben su origen á que en muchas ocasiones la escasez se subleva en presencia de la abundancia, la fealdad á la vista de la belleza, la desgracia al verse deslumbrada por los brillantes rayos de la felicidad.

El deseo de alcanzar aquello de que carecemos, sobre todo si otros lo poseen, lleva la envidia al corazón de muchísimas personas.

De la verdad que se encierra en las anteriores líneas, podría responder una gran parte de esas mujeres, que con la alegría en el semblante, y tal vez con la muerte en el corazón, van por el mundo vendiendo favores y sonrisas.

Esas mujeres, menos culpables, que desgraciadas, más merecedoras de compasión que de castigo, porque puede decirse que en el pecado llevan la penitencia.

Esas mujeres, que al sentirse dominadas por la envidia, abandonan la modesta esfera en que nacieron, para acogerse á la falsa pompa con que se reviste siempre el inmundo lodazal del vicio.

¿Hay, por ventura, quien ignore que, por desgracia, tenemos frecuentísimos ejemplos de esta desconsoladora verdad?

La persona, en cuyo corazón se ceba de veras el aguijón de la envidia, es capaz de todo.

Pero también conviene tener muy presente, que esa pasión tan repugnante y de tan lamentables consecuencias, aparece muy noble y muy digna, cuando es inspirada por la virtud ó por el talento.

Dichoso aquel que pueda decir con toda sinceridad:

—Yo solo envidio al sábido, y sobre todo, al bueno.

HISTORIA DE UN HOMBRE HONRADO.

I.

Hará unos cuatro años que tuve ocasion de conocer á un hombre tan digno de admiracion como de lástima.

A poco tiempo de conocernos, ya nos profesábamos una amistad perfecta, un cariño entrañable.

Las cualidades de aquel hombre hacian imposible el que se le tratara con indiferencia.

Mi amigo se llama—porque, aunque alejado de la corte, vive todavía,—Cárlos de... el apellido no hace al caso. Contentémonos con saber que mi amigo se llama Cárlos.

Es uno de esos hombres que llevan retratada en el semblante la bondad de su corazón y que solo se parece en la figura á una gran parte de los que pueblan esta inmensa Babilonia que se llama mundo.

Mi amigo es un hombre honrado.

Pero honrado en la verdadera acepcion de la palabra.

No tiene nada de esa honradez dudosa y aparente, que es el blanco muchas veces de la murmuracion y de la calumnia.

Es religioso, sin ser hipócrita.

Carinoso, sin afectacion.

Caritativo, sin vanidad.

Desgracias de familia y disgustos de todo género, formaron el carácter de Cárlos.

Llegó un dia en que mi amigo se encontró solo en el mundo, y entonces tuvo que trocar la carrera de abogado á que se dedicaba, por un modesto empleo que le permitiera cubrir sus más precisas necesidades.

Cárlos era pobre: carecia por completo de bienes de fortuna, y solo poseia un hermosísimo corazon. Eso sí, el corazon de Cárlos valia un tesoro.

Pero en la Bolsa del mundo hay muchos valores que no se cotizan, porque no sirven para nada.

¡Son tan pocas las personas que en este siglo de especulacion y de ágio se detienen á reparar en la pureza de los sentimientos!

Pues como decia, Cárlos era pobre, y su pobreza le hacia desgraciado, porque algunos meses despues de ser colocado por el Gobierno en

una de las direcciones de Hacienda, contrajo obligaciones sagradas que no podia desatender.

Mi amigo se habia casado con la mujer que llenaba todo su corazon, y de la cual, en la época en que nos conocimos, tenia dos hermosísimos niños, que eran á la vez el tormento y la alegría de sus padres.

En la tristeza de aquella excelente y desgraciada familia estaba impreso, sin embargo, el sello de una profunda y santa resignacion.

¡Qué sería de los pobres, si no contaran con otra esperanza que con la que les ofrece el mundo!...

II.

Cárlos y su familia vivian en un pequeño sotabanco en la calle de Amaniel, porque el sueldo de mi amigo solo se elevaba á 4.000 rs., y con doscientos duros al año no hay, como vulgarmente se dice, ni para agua.

En aquella habitacion encontrábase, no obstante, un encanto particular, debido sin duda á que la pobreza pierde una parte de su aspecto desconsolador, cuando nos revestimos de valor suficiente para mirarla cara á cara en vez de acobardarnos.

Allí no habia objetos de valor ni muebles preciosos; pero era tal el aseo que se advertia por todas partes, y tal el órden en la colocacion

de cuanto constituía el ajuar de tan modesta vivienda, que no podía uno menos de experimentar un sentimiento de respeto y de admiración, muy semejante al que, por lo regular, hace brotar en nuestros corazones todo lo grande y todo lo noble.

El ambiente que allí se respiraba, era el ambiente de la virtud.

A Julia, — que así se llama la mujer de mi amigo, — se debían todos aquellos milágrs.

Julia era el ángel bueno que extendía sus alas en el sotabanco de la calle de Amanuel.

Cárlos amaba con verdadero delirio á su mujer, y estaba tan penetrado de lo mucho que valía su Julia, que su mayor tormento consistía en no poderla rodear de toda clase de felicidades.

Julia era el tema obligado de todas sus conversaciones, y el objeto constante de su ambición y de sus deseos.

Porque mi amigo tenía ambición, mucha ambición.

¡Con qué placer, si hubiera podido disponer de un trono, le hubiera depositado á las plantas de su virtuosa compañera!...

Pero la ambición de Cárlos no podía ser, ni más noble, ni más legítima.

Era una ambición que tenía mucho de grandeza.

—Recuerdo que un día en que, como de costumbre, me hablaba Carlos de sus apuros y de sus penas, concluimos por entablar el diálogo siguiente:

—¡Ay, chico!—me decía mi amigo,—¡cuánto tengo que agradecer á Dios por haberme deparado una mujer como Julia! sin ella no podría vivir: ella es el alma de mi alma.

—Eso consiste,—añadí yo,—en que Julia te comprende y te admira.

—¡Qué disparate!... Yo soy el que admiro á mi mujer sin comprenderla.

—Parece que gozas en atormentarte.

—No puedo desechar de mí la idea de que, si Julia es desgraciada, soy yo quien tiene la culpa de su desgracia.

—¿Tú?... ¿Y por qué?...

—Porque no debí nunca hacerla participar de mi triste suerte.

—¡Carlos!...

—¡Compadéceme!! ¡Soy muy desgraciado!

—Estás ofendiendo á Dios; y eso que tú mismo confiesas que tienes mucho que agradecerle.

—Es cierto,—añadió mi amigo con voz apenas perceptible.

Después enmudeció, y le contemplé por un momento, profundamente pensativo. Yo también me sentía dispuesto á la meditacion, y pensé en los caprichos de la fortuna, y en las

desgracias de aquel hombre, tan digno de mejor suerte.

Cárlos levantó, por fin, la cabeza, y después de dejar escapar un ahogado suspiro y de sonreír de una manera cariñosa y amarga á la vez, me dijo:

—¿Tú crees que yo no tengo razon para quejarme?

—Creo,—le contesté,—que no puedes vivir alegre y satisfecho: te juro que tal es mi creencia; pero del sentimiento natural ante los sabores de la vida, á esa especie de desesperacion que con mucho pesar mio, veo apoderarse de tí, hay una gran distancia.

—¡Oh!... sin duda no reflexionas....

—Sé ya lo que vas á decirme. Mejor será que no me interrumpas, porque solo llegando al fin de lo que me propongo decirte, conseguiremos entendernos.

Cárlos hizo un signo con la cabeza en señal de asentimiento, y yo proseguí:

—Tú, que siempre te has mostrado fuerte ante los rigores de la desgracia; tú, que en más de una ocasion, y en mi misma presencia, has acatado y bendecido la voluntad de Dios, ¿por qué desde hace algun tiempo te entregas á ese doloroso abatimiento que te consume y te mata? ¿Ignoras acaso que hoy eres muy necesario á tu mujer y á tus hijos?

—¿Necesario yo?

—Sí, amigo mio.... Tú confiesas que no podrías vivir sin Julia, y es preciso que comprendas que Julia no podría vivir sin tí. Hay momentos en la vida en que nos quejamos de la Providencia, y nuestras quejas no siempre son justas. En este mundo no hay nada completo, y si Dios no te ha dotado de bienes de fortuna, te ha dado en cambio, para tu consuelo, una mujer que te adora y que solo trata de hacerte dichoso.

—Todo eso es verdad, y yo soy el primero en reconocerlo; pero por lo mismo que es verdad...

—¿Sientes no poder recompensar á quien tanto merece?

—Sí.

—Nada más natural, y eso te favorece sobremanera, porque es la ambición de todo hombre honrado y pundonoroso; pero puedes estar seguro de que Julia, que comprende la rectitud de tus intenciones y la bondad de tus sentimientos, no te cambiaría por un potentado.

—Mucho me lisonjea creerlo así, y.... lo creo.

—¿Te atreverías á dudar?...

—Nó, no dudo.

El acento de mi amigo revelaba en aquel momento una profunda convicción.

Yo, sin embargo, añadí:

—¿Te ha hecho sospeñar alguna vez?...

—No continúes...

—¿Pues entonces?...

—Te diré más: no la he visto nunca tan alegre ni tan cariñosa conmigo como un día en que no comimos otra cosa que un poco de pan, que á propósito habíamos guardado de la noche anterior.

Al oír aquello, confieso que casi envidié la suerte de Carlos.

Hay rasgos tan magníficos, que no es posible llegar á saber todo lo que valen.

Comprendí que era conveniente no seguir la conversacion, y aprovechando la oportunidad que se me presentaba, exclamé:

—Indudablemente, tú has nacido para ser feliz: tén confianza en Dios, que es el que ha de hacerte, por intercesion del ángel que tienes en tu casa, y en un día, no lejano quizá, tan dichoso como mereces serlo.

Carlos pagó con un apretado abrazo la consoladora esperanza que le ofrecia mi sincera amistad, y cuando nos separamos me pareció dejarle resignado y tranquilo.

III.

Una tarde, algunos dias despues del en que tuvo lugar la conversacion que acabo de referir, subia yo la penosa escalera que conducia á la morada de Carlos, á la hora en que acostumbraba á comer aquella interesante familia.

Empezaba á dominar el último tramo, cuando se abrió la puerta de la habitación de mi amigo, dando paso á Julia que, al verme, no fué dueña de reprimir una exclamacion de sorpresa.

—¿Se ha asustado V.?— dije yo sin acabar de subir los pocos escalones que me faltaban.

Julia se ruborizó ligeramente, y exclamó:

—Asustarme, no; pero francamente, no pensé encontrarme con V... Creí que era Carlos.

—¡Cómo es eso!... ¿No ha venido á comer todavía?

—Nó, señor, y hace ya más de media hora que le aguardo, y por cierto con alguna impaciencia.

En el tono con que pronunció Julia las últimas palabras, habia algo extraño que excitó desde luego mi curiosidad. Disimulé, sin embargo, y despues de estrechar afectuosamente la mano que me tendia la mujer de mi amigo, penetramos en aquella humilde y aseada vivienda.

Dos niños, rubios como los rayos del sol, y encarnados como las amapolas del campo, abandonaron sus juguetes inmediatamente que se apercibieron de mi presencia, y corrieron á abrazarse á mis rodillas.

No concibo nada en el mundo tan encantador ni tan inocente como el encanto y la inocencia de los niños.

Julia fijó una mirada de madre en aquellas hermosísimas criaturas, y dirigiéndome una sonrisa llena de gratitud, al ver que acariciaba á sus hijos, me dijo:

—Yo, con el permiso de V., voy á seguir bajando, porque los pobres no tenemos tiempo que perder.

Y bajando la voz, como si temiera ser oída, añadió:

—Esta noche debo entregar dos camisas...

—Pues no faltaba más, —repuse yo interrumpiendo á Julia.— V. está en su casa, y por otra parte, yo no puedo ni debo oponerme á una exigencia tan justa.

Julia me dió las gracias con un ligero movimiento de cabeza, y fué á sentarse delante de una mesita colocada debajo de una ventana entreabierta, por donde penetraban los últimos rayos del sol.

Dos vasos con flores, situados en los extremos de la mesa, impregnaban el ambiente que allí se respiraba.

Aquella interesante y cariñosa madre continuó su interrumpido trabajo, no sin dejar de prestar atención á cuantos ruidos se oían por la parte de afuera, y yo seguí jugando con los niños, que no me abandonaban ni un solo momento, ni dejaban tampoco de disputar sobre cuál había de ser el primero que se subiera sobre mis rodillas.

—Largo rato permanecemos así, hasta que Julia, como asaltada por un remordimiento, suspendió la labor, y me dijo:

—Creo que estoy obrando mal con V.: V. es nuestro mejor amigo, y Carlos le quiere á usted como á un hermano. No hay, pues, motivo para que le oculte á V. por más tiempo la causa de la impaciencia y del sobresalto en que estoy.

—Ruego á V. que se explique,—añadi yo,—porque de lo dicho por V., hasta ahora solo he comprendido que debo estar altamente satisfecho del empleo que he dado á mi amistad.

—Doy á V. un millon de gracias, y voy á explicarme.

Ayer tarde se presentó en casa un hombre que me era completamente desconocido, preguntando por Carlos, á quien, según dijo, tenía que hablar de un asunto de la mayor importancia.

Advertido por mí de que Carlos no se hallaba en casa en aquel momento, pero que si gustaba podía pasar á descansar y á esperarle, repuso:

—Dentro de media hora tengo que hacer en otro sitio, y, por lo tanto, no puedo detenerme; pero hágame V. el favor de entregar esta tarjeta á Carlos, diciéndole al mismo tiempo, que mañana despues de las cuatro estaré en casa, y que le ruego no deje de ir á verme.

Tomé la tarjeta que me presentaba mi desconocido, y este prosiguió:

—Se trata, señora, de un verdadero negocio, de un negocio colosal, que permitirá á su esposo de V. cambiar el miserable empleo que hoy desempeña por una colocacion que dará á ustedes lo suficiente para vivir con completo desahogo y con entera independendencia. Tratándose de hacer la felicidad de alguno de mis amigos, yo no podia olvidarme de Carlos, que ha sido mi condiscípulo y mi amigo de la infancia, y las amistades de la niñez no se olvidan nunca.

El relato de Julia me habia interesado tanto, que me atreví á preguntar:

—¿Y dijo, por fin, de lo que se trataba?

—No, señor, solo me ofreció la consoladora esperanza de poder encontrar la felicidad, que tanto ambiciono para mi Carlos y para mis hijos. Confieso que no dejé de sorprenderme una proposicion tan halagüeña como inesperada; pero atribuí mi sorpresa á la desconfianza natural con que miramos los cambios de la suerte los que en el mundo pasamos por desgraciados. Carlos, á quien informé momentos despues de todo lo ocurrido, aumentó mi desconfianza, porque apenas leyó la tarjeta, exclamó:

—Este muchacho ha sido siempre un tarambana, y dudo mucho que haya un solo átomo

de formalidad en ninguno de sus proyectos. Mañana, sin embargo, no faltaré á la cita.

—¿Comprende V. ahora,—me dijo, Julia,—el por qué de mi impaciencia?

No tuve tiempo de contestar, porque en aquel momento se oyeron pasos por la escalera, y Julia corrió precipitadamente hácia la puerta.

IV.

Un instante despues entró Cárlos.

En la intranquilidad de su mirada habia algo de fiebre, y en su rostro, notablemente descompuesto, se dibujaban las huellas de un profundo desaliento y de una sombría tristeza.

Me tendió la mano en silencio y se dejó caer sobre una silla, sin ánimo, al parecer, de pronunciar ni una sola palabra.

Los niños habian vuelto á coger sus juguetes, y solo se ocupaban el uno del otro.

Julia fijaba una triste y escudriñadora mirada en su esposo, y yo presagiaba que alguna nueva desgracia empezaba á extender sus negras alas sobre mis buenos amigos.

Aquella embarazosa situacion no podia prolongarse por mucho tiempo.—Cárlos lo comprendió así, y haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, dijo, dirigiéndose á su mujer:

—¿No comemos?...

—Bueno estás tú ahora para comer,—añadió

yo con ese tono de autoridad, propio de una verdadera franqueza.

—¿Y por qué no?

—Porque lo que tú necesitas es desahogar tu corazón en el seno de los que bien te quieren. No guardes para tí solo todos los dolores y todas las penas: dáños á Julia y á mí la parte que nos corresponde.

Cárlos estrechó de nuevo mi mano, y envolviéndome en una mirada extraña, me preguntó:

—¿Comprendes tú la razon, el derecho con que ciertos hombres se permiten arrojar un ultraje grosero sobre la pobreza honrada?

Confieso que en aquel momento no supe qué contestar; pero sin duda mi amigo no esperaba mi respuesta, porque continuó de este modo:

—De fijo no lo comprenderás, como yo no lo comprendo tampoco, pero lo particular, lo extraño es que esos hombres, que te insultan, tal vez con una sola palabra, no tienen inconveniente en llamarse tus amigos, ni en saludarte ó darte un abrazo, si es necesario, en medio de una calle ó de un paseo.... ¡Oh! ¡es terrible!...

—¿Pero sepamos?...

—A eso voy. ¡Supongo que Julia te habrá dicho ya!...

—Sí; lo sé todo, todo.

—Pues bien: esta tarde, inmediatamente que salí de la oficina, me dirigí á casa de mi antiguo

condiscípulo, de mi camarada de colegio. Excuso decir que me recibió de la manera más fina y más afectuosa, porque los hombres que tratan de valerse malamente de los demás, hacen siempre á estos magníficos recibimientos.

—Me tienes en una ansiedad espantosa,—dijo Julia,—que hasta entonces no habia separado la vista de su marido.

—¡Ay! hija mia,—repuso Cárlos,—no es tan fácil, como á primera vista parece, el ser hombre honrado. La verdadera honradez es susceptible hasta el extremo, pudorosa hasta la exageracion.

—Pero hombre,—dije yo,—¿qué tiene que ver todo eso que estás relatando con tu entrevista de esta tarde?

—¡Vaya si tiene que ver!... Figúrate que mi antiguo condiscípulo, mi camarada de colegio, el que todavia hoy se atreve á llamarse mi amigo, me buscaba para proponerme un negocio infame, y que yo he rechazado con toda la indignacion de que soy capaz.

—¿Qué es lo que dices?—exclamamos Julia y yo, casi á un mismo tiempo.

—Lo que oís,—prosiguió Cárlos.—Mi hombre trataba de que yo cooperara á la realizacion de sus diabólicos proyectos. Quería que, olvidándome de lo que he sido, de lo que soy y de lo que seré, Dios mediante, toda mi vida, me

arrastrara por el fango de la infamia y de la miseria. Se proponía aprovecharse de la escasez en que vivimos, de nuestra falta de recursos, para asociar mi nombre, oscuro sí, pero sin mancha, á una empresa tan descabellada como asquerosa. En una palabra, me insultó de un modo villano, sin comprender todo el daño que me hacia con sus insolentes proposiciones.

—¿Y cuál es el objeto de esa empresa?—pregunté yo.

—No descendamos á muchos detalles,—contestó Carlos.—Bástete saber que no tiene otro objeto que el de explotar á los incautos, lo cual dará necesariamente por resultado la ruina de muchas familias.

Mi amigo estaba hondamente preocupado, y yo, tratando de ocultar la emoción que en aquel momento sentía, continué:

—¿Y tú lo tomas todo por lo serio?

—Y tanto como lo tomo.

—Pues haces muy mal, muy mal.

—¿Observas que no tengo otro patrimonio que mi honradez?

—Sí, pero tu honradez está por encima de esa canalla de nuestra época, que se ha propuesto vivir á costa del prójimo.

—¡Pero es muy triste, sin embargo,—añadió Carlos, con el acento del más profundo dolor,—el que quieran arrebatarme lo único que poseo!

Julia, terciando de nuevo en la conversacion, repuso con una timidez encantadora:

—Por otra parte, los miserables no merecen que les hagamos el honor de ocuparnos de ellos. ¿Por ventura te consideras en este instante menos honrado que ántes de hablar con el que, segun dices, se ha permitido insultarte? ¿Está menos tranquila tu conciencia? ¿No te encuentras con fuerza bastante para despreciar, para compadecer, mejor dicho, á los que se olvidan de lo que deben á los demás, y de lo que se deben á si mismos?

—Esta mujer,—me dijo Carlos al oido,—concluirá, de seguro, por desarmarme; me maneja como á un niño.

—Te ruego,—añadió Julia,—que, si verdaderamente me amas, olvides por completo todas esas tonterias, que no hacen otra cosa que entristecerte y atormentarte. ¿Me prometes hacerlo asi?

—Te lo prometo,—murmuró Carlos.

Y dirigiéndose á mi, añadió:

—¡Siempre la misma, chico, siempre la misma!...

Un momento despues, todas las cosas volvieron á su estado normal en la casa de mis amigos.

V.

—Decir que la politica ha hecho siempre más

víctimas que todas las epidemias conocidas hasta hoy, sería no decir nada nuevo.

Precisamente es una cosa que todo el mundo sabe: una verdad que nadie se atreve á poner en duda.

Los giros y revueltas de la política no consiguieron nunca llamar la atención de mi amigo Carlos, porque en la época en que se dedicaba á los estudios, con el deseo de llegar á tener una carrera, solo pensaba en sus libros; y cuando abandonó estos para hacerse empleado, consideró que en las luchas de la política no debe mezclarse jamás el que solo cuenta para vivir con un modesto haber.

Pero como en el mundo pagan con harta frecuencia justos por pecadores, mi amigo, sin comerlo ni beberlo, concluyó por ser víctima de la política.

Ocho meses después de aquella tarde en que un malvado trató de poner á prueba la acrisolada honradez de Carlos, ocurrió un cambio de ministerio, y mi amigo fué declarado cesante.

La palidez marmórea de la muerte no puede compararse con la palidez que cubria el rostro de mi buen amigo el dia en que fué á buscar carne para darme á conocer tan infausta nueva.

—¿Qué es eso, chico, qué tienes, qué te pa-

—sa?— pregunté yo lleno de verdadero sobresalto.

—¡Ay! —me contestó.— ¡qué desgraciado soy!... ¡Qué va á ser ahora de mi mujer y de mis hijos!...

Cárlos se arrojó en mis brazos, y dos lágrimas, fruto del amor y del infortunio, rodaron por sus mejillas.

—Pero sepamos, hombre, sepamos lo que te pasa,—volví á preguntar con el mayor interés.

—¡Una friolera!—balbuceó Cárlos con profundísimo desaliento; y despues de una ligera pausa, añadió:

—El nuevo ministro ha tenido por conveniente dejar en la miseria á una infinidad de familias, y...

—¿Tú quizá?...

—¡He sido uno de tantos! ¡He quedado cesante!

Aquella noticia me dejó completamente anadado. La amistad que me unia á Cárlos era tan sincera, que no podia prescindir de tomar una parte muy activa, lo mismo en las desgracias, que en las alegrías de mi amigo.

Cárlos, comprendiéndolo así, me dijo:

—No necesitaba que me dieras una nueva prueba de tu amistad, porque estoy plenamente convencido de tu buen afecto y del interés que te inspiran mis desgracias

—¡Oh! si en mi mano estuviera el remediarlas —le contesté,— ya hace tiempo que serías el mortal más afortunado de la tierra... ¡Pero yo no salgo de mi asombro!... ¿Cómo se han atrevido á meterse contigo, con un pobre empleado que solo disfrutaba 4.000 reales de sueldo?

—Pues para mí tiene una explicacion sencillísima.—Yo no he nacido para vivir en este mundo de miserias y de farsa. Tú sabes muy bien que, deseando siempre cumplir con mis deberes, no me he creido rebajado jamás al aceptar los puestos más humildes; pero sabes tambien que soy muy capaz de morir-me de hambre ántes que renunciar á mi dignidad, á mi decoro, ántes que olvidarme de todo lo que, como hombre, me debo á mí mismo.

—Lo sé, Cárlos, lo sé.

—Pues bien; ahí tienes explicado el por qué de mi cesantía, sin embargo de que no he faltado un solo día á la oficina, no siguiendo en esto el ejemplo de algunos de mis compañeros, de esos que, para medrar, saben poner en juego medios y resortes completamente ajenos á mi carácter.—Yo, que detesto la adulacion y reniego de los aduladores, me he limitado siempre á cumplir con mi deber, por haber abrigado toda mi vida el convencimiento de que no

—hay necesidad de pedir por favor lo que se nos debe de justicia. —¿Me has comprendido?

—¡Oh! perfectamente; pero no desmayes, amigo mio, no desmayes, y ten por seguro que el Dios de las misericordias hará sentir algun dia su justa indignacion sobre los que hoy, al verte pobre y honrado, te compadecen con esa estúpida compasion, nacida de la burla y del desprecio.

—Pero el mal presente, la necesidad del momento, ¿cómo se remedian? —¿Te limitarás á aconsejar la paciencia al que se muera de hambre?

Las objeciones de mi amigo no tenian réplica: no habia medio de rebatirlas.

Carlos continuó:
—Falto de relaciones, y por lo tanto de proteccion, ¿qué voy á hacer, pobre de mí, en lo sucesivo?

—Dios aprieta, pero no ahoga,—le contesté,—y por otra parte, yo, que me envanezco en ser tu amigo, no consentiría nunca que te murieras de hambre.—El dia que te falte que comer, ven á buscarme, y si tengo un duro la mitad será para tí.

El dulce llanto de la gratitud humedeció de nuevo los ojos del pobre cesante.

Yo, que sentia un verdadero deseo por saber cómo habia recibido Julia la fatal noticia,

pregunté á Carlos, quien exclamó con indecible entusiasmo:

—Julia continúa siendo digna de toda mi admiracion. Cuando supo el triste estado á que quedábamos reducidos, no pudo evitar un movimiento de terror, pero fué una cosa instantánea; se repuso inmediatamente y dirigiéndome su acostumbrada sonrisa, me dijo:

—«Dios abrirá camino, porque Dios no abandona á nadie. Afortunadamente, yo disfruto de una salud cumplida y puedo trabajar. Dedicaré hacer camisas una gran parte de la noche, y quiere decir que, aunque sea con algunas privaciones, iremos pasando hasta que consigas que vuelvan á colocarte. Lo que yo quiero es que no te apures, que no caviles, que no sufras, porque tu tranquilidad es lo que más me interesa, porque sin tí me moriria.»

—¿Qué te parece?— murmuró Carlos, ahogado por la más pura de las emociones.

—Lo que me ha parecido siempre,—repliqué sin vacilar.—Para mí es indudable que tienes en tu casa uno de esos tesoros que no es posible llegar á saber todo lo que valen.

Carlos lloraba como un niño, y cuando se retiró me dejó profundamente afectado.

El recuerdo de la precaria situacion de mis amigos, me persiguió mucho tiempo despues como una dolorosa pesadilla.

—Siete meses, dia más, dia ménos, duró la cesantía de Cárlos.

Reseñar los apuros y las privaciones de todo género á que, con heroica resignacion, se sometió aquella desventurada familia durante el período de su mayor desgracia, seria una tarea muy difícil de llenar.

Pero no hay mal ni bien que cien años dure, y como Dios vela constantemente por todas sus criaturas, Cárlos llegó á conseguir, por fin, lo que deseaba y lo que merecia.

Un título de Castilla, uno de esos hombres que saben hacerse respetar y querer, porque unen á una posicion brillantísima inmejorables prendas morales, llegó á saber las desgracias y el mérito de mi amigo, y se propuso hacerle feliz.

Hace ya algun tiempo que el personaje en cuestion ha nombrado á Cárlos su apoderado general, en una de las principales ciudades de Andalucía.

Mi amigo es hoy completamente dichoso.

En prueba de ello, y para concluir, voy á permitirme copiar algunos párrafos de una carta que me escribió Cárlos algun tiempo despues de haber tomado posesion de su nuevo destino.—Hélos aqui:

«Tus pronósticos —me decía— se cumplieron. Si alguna vez las penas extraviaron mi razón hasta el punto de hacerme dudar de la Providencia, la Providencia se ha vengado haciéndome feliz: Dios no podía nunca dejar de ser grande, incomprendible y misericordioso.

«Te diré, para tu satisfacción, que en el día no le falta nada á mi felicidad ni á la de Julia, que, como yo, no puede olvidarte.

«Los niños, á quienes he puesto en un colegio, no cesan de preguntarnos por tí. Todos te saludamos y te queremos!

«Ven alguna vez por acá, y serás testigo de nuestra dicha. — Ven, persuadido de que te recibiremos con los brazos abiertos.»

Excuso decir, que con el cambio de suerte de mis queridos amigos, experimenté yo una verdadera alegría.

Aquel cambio vino á probarme una vez más que la divina mirada de Dios no se aparta nunca del hombre honrado.

Junio de 1866.

EL CARNAVAL.

A cualquiera se le debe conceder un desahogo, y si es un desahogo inocente, con mucho mayor motivo.

Ciertas diversiones son tan precisas á la humanidad, como el aire mismo que respira.

El que más y el que ménos siente de cuando en cuando la necesidad de interrumpir la monotonía de la vida con alguna cosa agradable.

Nada más natural.

Si nos dedicáramos diariamente á las mismas ocupaciones, hiciéramos las mismas visitas y habláramos con los mismos amigos, concluiríamos por aburrirnos de la manera más soberana.

Pero hay más aun.

Si la muerte no nos amenazara á cada momento, es decir, si tuviéramos la seguridad de

que habíamos de ser eternos, la existencia nos parecería á todas horas una pesadísima carga.

¿Comprendeis, lectores, lo insoportable que sería un año cuyos 365 dias ofrecieran entre sí una perfecta semejanza?

Sujetar á la humanidad á una vida completamente monótona, equivaldría á imponerla el más penoso de los suplicios.

La humanidad es así.—

Pero por fortuna, la vida no puede ser ni más agradable, ni más variada, ni más entretenida.

Tal vez por eso deseamos vivir.

Decidme si nó: ¿en qué se parecen los cuatro dias del Carnaval á los 361 restantes hasta el completo del año?

De fijo me contestareis que no se parecen en nada, puesto que solo se parecen á sí mismos.

Son cuatro dias capaces de hacer reir á la persona más seria, de disipar los más queridos recuerdos y de callar los más punzantes dolores.

Cuatro dias que todo lo toleran, que todo lo permiten, que todo lo facilitan.

Cuatro dias, durante los cuales, lo mismo hombres que mujeres, lo mismo jóvenes que viejos, se creen en el deber imprescindible de gozar y de divertirse.

Cuatro días que derraman por todas partes una animación extraordinaria y una alegría indescriptible.

Preciso es confesar que el Carnaval es la época más divertida del año.

¡Cuántas cosas se llevan á cabo con el auxilio de la careta!

La careta oculta las lágrimas de la persona que tenga la debilidad de llorar en medio del regocijo público; porque para mí es indudable que también el dolor se viste de máscara.

Para mí es de todo punto incuestionable que hay personas que tratan de aturdirse con el estruendo de la algazara general, para ver de olvidar por un momento los sinsabores de la vida.

Esto no pasa de ser un triste recurso; pero más vale algo que nada.

La careta nos abre todas las puertas, y nos aproxima á personas ante las cuales habíamos permanecido siempre á una respetuosa distancia.

Y la cosa es clara:

Por el rostro, y solo por el rostro, conocemos á nuestros padres, á nuestros hermanos, á nuestros amigos.

Suprimid la cara, y nadie sabrá á qué atenerse.

Todos marcharíamos confundidos y revuel-

tos hasta el punto de no concernos nosotros mismos.

Semejante innovacion, concluiria de fijo por trastornar las cabezas mejor organizadas.

Y hé aquí precisamente lo que sucede durante el Carnaval.

La careta hace desaparecer el rostro.

Por eso penetramos impunemente en todas partes, y entablamos conversacion con cuantas personas encontramos al paso.

Un pedazo de tafetan transforma en locuaz y emprendedor al hombre más tímido y ménos resuelto.

Con qué desenfado, con qué aplomo, con qué descaro,—porque esta última es la verdadera palabra,—se presentan algunas personas desde el momento en que pueden dirigir sus miradas por los ojos de una careta!

Y esto consiste en que la vergüenza debe residir en el rostro, y como el rostro desaparece siempre que se le oculta bajo un antifaz cualquiera, la vergüenza desaparece tambien.

Por eso las diversiones del Carnaval ofrecen lances chistosísimos y variados.

El Carnaval lo *autoriza todo*, y los que tienen la suerte de poder presentarse en público, aligerados del peso de la vergüenza, son los que más partido sacan y los que más se divierten.

Hay algunos, sin embargo, que aunque se tapen la cara, no llegan á perder la vergüenza, por cuyo motivo, el Carnaval no tiene para ellos el atractivo que para los demás.

Se disfrazan sin objeto, sin intencion, por costumbre, y con frecuencia se aburren, en vez de divertirse.

Un baile de máscaras es el complemento de la felicidad con que el Carnaval nos obsequia.

En medio de torrentes de luz y de armonía, el Carnaval presenta á la pública consideracion todos los encantos de que dispone.

Con nada pueden compararse la animacion y la franqueza que reinan en un salon de baile, sobre todo, si la mayoría de los concurrentes ha tenido la precaucion de taparse la cara.

Es necesario verlo, porque de otro modo no es posible formar una idea exacta de todos los detalles que constituyen un baile de máscaras.

¡Qué acentos tan desconocidos, y qué *ros-tros* tan extraños!

¡Qué variedad en los trajes, y qué amenidad en todas las conversaciones!

Allí todo se sabe, porque todo se cuenta.

Los más ocultos secretos dejan de serlo inmediatamente que los que los poseen, penetran en esas alegres y tumultuosas reuniones donde se rinde tan ferviente culto á la diosa Terpsícore.

El Carnaval es una gran época para los curiosos.

La curiosidad humana encuentra un aliciente extraordinario en escenas como la siguiente, á las que se dá el nombre de *bromas* de Carnaval.

Un jóven, acompañado de algunos amigos, pasea por un salon de baile.

Esto no tiene nada de particular.

Pero de repente una máscara se aproxima á nuestro hombre, y despues de mirarle atentamente, como si tratara de convencerse de que ha tropezado con la persona que busca, exclama:

—Te conozco.

—No es difícil,—contesta el jóven de que vamos hablando, con el tono de buen humor propio del sitio en que se encuentra, y añade:

—Sabrás, por supuesto, cómo me llamo.

—Sí que lo sé. Te llamas... Fulano.

—Efectivamente, ese es mi nombre.

—No has escogido mal sitio para *verla*.

—¿A quién?

—Vamos, no te hagas de nuevas.

—Te juro...

—¿No has venido á espiar á tu mujer?

—¿A mi mujer?... ¡Qué disparate!... Mi mujer se ha quedado en casa.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

La intrépida máscara lanza una estrepitosa carcajada por toda contestacion.

Los amigos manifiestan vivos deseos de conocer el desenlace.

El marido procura sonreirse, y solo consigue palidecer.

—Mira,—continúa la implacable desconocida,—¿ves aquella máscara que viste dominó color de rosa, y que sostiene una animada conversacion con el galan que está á su lado?... Pues aquella...

—¡Mientes!... tartamudea el marido, temeroso de que prosiga hablando la bulliciosa máscara, y procurando tal vez engañarse á sí mismo.

Pero la máscara, que no se intimida con facilidad, se aleja del jóven, y antes de perderse entre la multitud, le grita con malicioso acento:

—Te creí más ladino; pero ya veo que eres un *inocente*.

Ahora bien: no faltará de seguro quien encuentre digno de censura el diálogo que antecede; pero para que esto no suceda, conviene no dar al olvido la época y el sitio en que el diálogo tuvo lugar.

Todo ello no es otra cosa que una *broma*: una *sencillísima* broma de Carnaval.

Durante el Carnaval, la vida privada de las personas está constantemente á disposicion del público.

Es decir, cada cual tiene derecho á conocer los secretos de los demás, á costa de los suyos.

Así está convenido.

La vida privada es precisamente lo que durante el Carnaval sirve de pasto á la voracidad de los curiosos, los cuales, en voz muy alta, y en medio de un paseo, ó en los salones de un baile de máscaras, todo lo descubren, todo lo publican, todo lo comentan.

Hasta las debilidades humanas contribuyen á distraernos!

¡Es una lástima que el Carnaval no dure más que cuatro dias!

¡Con qué cumplida satisfaccion se entregan los jóvenes á los placeres del baile!

¡Con qué delicioso abandono, con qué encantadora libertad se agitan, se estrechan y se confunden las parejas todas en un baile de máscaras!...

Ya se ve, cómo el Carnaval lo *disculpa todo*, lo mismo en los hombres que en las mujeres, claro es que no hay motivo ninguno, ni para que las niñas se ruboricen, ni para que las más se ofendan.

Son *inocentes* desahogos, absolutamente ne-

césarios, como dije al principio, y que nadie, por lo tanto, se atreverá á impedirlos. Qué alegres viviríamos si el Carnaval no tuviera término!

Pero poco á poco: porque si yo no estoy equivocado, —y me atrevo á creer que no lo estoy,— al lado de las caretas de tafetan, de cera ó de carton, hay otras de reconocida utilidad para los que las usan, aunque no sirvan tanto como las primeras para recrear el ánimo.

Nadie ha podido jamás darse cuenta, ni del color, ni de la forma de estas últimas caretas, puesto que son invisibles á nuestras miradas.

La vista más perspicaz no conseguirá nunca distinguir las.

Tan ligeros y cómodos antifaces figuran en el número de las curiosidades modernas.

Se adquieren á costa de sacrificios, pero no pecuniarios.

Dichas caretas sirven para triunfar de todas las situaciones difíciles, y dan por resuelto el problema de comer, vestir y divertirse á costa del prójimo, que es lo que se llama vivir sobre el país.

Las referidas caretas pasan de padres á hijos, y constituyen una verdadera herencia.

Alegrémonos, pues, en vista de que el Carnaval no nos abandona ni un solo día.

El mundo está lleno de disfraces.

La humanidad es una completa mascarada.

Las caretas adoptadas para estos cuatro días solo consiguen hacernos reir, mientras que las otras... ¡ah! las otras pueden hacernos felices, llenándonos de dinero.

La diferencia no puede ser más completa, y bien tonto será el que no se decida por las segundas; pues los que se resisten á usarlas, están muy expuestos á verse acosados por la miseria.

LA SUERTE.

Hace diez y nueve siglos que la humanidad no perdona medio ni sacrificio alguno con el fin de realizar el más imperioso de sus deseos; pero desgraciadamente las generaciones que se han sucedido en tan largo espacio de tiempo, no han podido obtener la resolución del problema.

Este deseo, que puede llamarse universal, porque se manifiesta en todos los seres, y echa raíces, más ó menos profundas, en todos los corazones, es el deseo de hacer fortuna.

Reconozcamos, ante todo, que semejante deseo tiene mucho de natural, y pasemos después á examinar á fondo la cuestión, para saber á qué atenernos.

Por lo que yo he podido averiguar, la suer-

te es una niña veleidosa y casquivana, que se complace en huir de sus adoradores, para despertar más y más en los mismos el afán de poseerla.

Es una deidad que solo conocemos de nombre, y á la que, sin embargo, rendimos ferviente adoracion.

Es la esperanza de los pobres, porque de todo carecen, y la pesadilla de los ricos, porque todo les parece poco.

Es antojadiza y caprichosa como un niño mal criado.

Es una especie de heroina misteriosa y fantástica, cuya residencia se ignora y cuyo poder se adivina.

Es una segunda Providencia que, á su antojo, reparte los bienes y los males.

Hace el oficio de la mariposa, cuando este pintado insecto se dedica á libar de flor en flor, sin detenerse en ninguna.

Tiene en su mano nuestra felicidad ó nuestra desgracia, y rigé los destinos de las naciones.

Hé aquí todo lo que se sabe acerca de la suerte, cuyo recuerdo se ha perpetuado de generacion en generacion hasta nuestros dias, conservándose hoy más vivo que nunca.

Si para trazarnos el camino que debemos seguir consultamos el Diccionario de la lengua,

hallaremos que este autorizadísimo *personaje*, que todo lo sabe, dice entre otras cosas:

Suerte.—Acaso, accidente ó fortuna.

Y después en otro lugar:

Fortuna.—Casualidad, suerte.

Por manera que si tomamos al pié de la letra y como artículo de fé las noticias que el Diccionario nos suministra, no podremos menos de reconocer la equivocada creencia que abrigamos respecto de la suerte.

La suerte, según la opinión del erudito y complaciente Diccionario, es ni más ni menos que un juego de azár lo mismo que otro cualquiera.

Juego en el cual, como en todos los de su clase, los jugadores tienen la casi seguridad de salir perdiendo.

Y hé aquí una seguridad de un valor inapreciable, porque, gracias á ella, ninguno de los que tomen parte en el juego podrá decir que le han engañado.

Las palabras *acaso* y *casualidad* se confunden en una sola con la facilidad con que se confunden dos gotas de agua: significan lo mismo, y solo varían de nombre.

Palabras cuyo mérito estriba principalmente en la sorpresa que causan; porque sus efectos se experimentan siempre cuando menos lo esperamos.

Tienen una habilidad prodigiosa para mantener el secreto en los juegos de azár, y sobre todo en el de la suerte.

Nadie hasta ahora ha podido sorprender el secreto: es un secreto inviolable.

Entre todas las definiciones que se encierran en el Diccionario de la lengua castellana, no hay ninguna tan gráfica, tan original, tan bien concluida como la definicion de la palabra suerte.

No es posible decir más con ménos palabras; ni es posible tampoco decir ménos despues de haberlo dicho todo.

Es lo que se llama una obra maestra.

Pero dejemos al Diccionario envuelto en la satisfaccion de su propio mérito, y ocupémonos exclusivamente de la suerte.

La suerte, mal comprendida por la generalidad, ha sido, es y será siempre objeto de toda clase de comentarios.

La suerte para unos es una esperanza continua; para otros es una quimera, un sueño irrealizable.

Hay quien se pasa la vida ocupado constantemente en perseguir á la suerte, y hay tambien quien sin poner nada de su parte lo espera todo de la suerte, á la que se entrega en cuerpo y en alma; pero la verdad es que ninguno puede vanagloriarse de poseer por com-

pleto los favores de la suerte, lo cual disculpa, hasta cierto punto, el clamoreo constante de la humanidad, nunca satisfecha.

Dios, con arreglo á su voluntad y cuando lo tiene por conveniente, reparte entre los mortales todos, lo mismo los bienes que los males, siendo escasísimo el número de los que se conforman con el reparto.

Todos creemos salir perdiendo.

Ahora bien: ¿serán muchos los que en el trascurso de su vida no hayan procurado alguna vez tropezar con la suerte?

Casi ninguno.

¿Habrá uno, uno siquiera, que esté satisfecho de la suya?

Sería difícil encontrarle.

El juego de la lotería puede encargarse de hacer patente la verdad que se encierra en la respuesta dada á la primera pregunta.

Sin nuestro constante amor á la suerte, ¿cambiaríamos tan á menudo por un pequeño pedazo de papel, —cuyo valor no excede al de una esperanza,— acaso el único duro que poseemos?

Cuantos esfuerzos hagamos por dejar de rendir adoración á la suerte, serán siempre inútiles: la suerte nos domina, nos avasalla.

La idea de la suerte, cuando menos, nos es

tan necesaria para vivir como el aire nos es indispensable para respirar!

Sin aire nos asfixiaremos; sin la esperanza de hacer fortuna, en un plazo más ó ménos largo, ¿quereis decirme qué sería de la humanidad, y sobre todo de aquellas personas que jamás recibieron las caricias de la suerte?

¿Comprendeis agonía más insoportable que la del enfermo que tuviera la seguridad de que no habia de recobrar nunca la salud perdida?

¿Pero en qué consiste—preguntará acaso alguno de mis lectores—que es tan difícil, por no decir imposible, encontrar en el mundo una persona que se muestre satisfecha con su suerte y se considere verdaderamente feliz?

Consiste, añadiré yo desde luego para evitar á mis lectores el trabajo de hacer semejante pregunta, en que no existe ni existirá jamás un solo individuo de la especie humana, que pueda decir con completa seguridad:—«Yo sé cuál será mi último deseo»

Al hablar del último deseo, prescindo del deseo de vivir siempre que la muerte nos amenaza, aun cuando este, y no otro, es en realidad el último deseo que todos experimentamos.

Me refiero al cúmulo de deseos que durante nuestra peregrinacion por esta vida nos atormentan y nos martirizan.

A ese sinnúmero de deseos que á su ca-

pricho nos traen y nos lleyan, sin permitirnos ni un solo instante de reposo y que poco á poco van ocupando nuestro corazon.

A ese afan inmoderado con que deseamos adquirir todo aquello de que carecemos, sin advertir que la posesion del objeto codiciado solo nos satisface hasta que nos vemos acosados por un nuevo deseo, siendo esta la razon de que muchas personas se tengan por desgraciadas pudiendo ser completamente felices.

Y esto me recuerda la siguiente tristisima escena de que fuí testigo hace algunos años en una de las calles de Madrid.

Un albañil, engolfado en su trabajo, tuvo un momento de descuido y cayó al suelo desde una elevacion considerable, rompiéndose una pierna.

El número de los compasivos, ó de los curiosos, era ya excesivo cuando yo me aproximé al grupo, ignorando lo que habia pasado.

En aquel momento un hombre cruzó la calle en direccion al sitio que yo ocupaba.

La historia de aquel hombre me era completamente conocida.

Aquel hombre era el niño mimado de la suerte.

Aquel hombre tenia un nombre ilustre, títulos, honores, una familia á quien amaba, y de quien era amado, y reunia de ocho á diez

millones de capital; pero en medio de todo estaba muy lejos de ser feliz, porque en su corazon ardia constantemente la llama de un nuevo deseo, creyéndose perjudicado siempre que comparaba su suerte con la de los demás, cosa que hacia con frecuencia.

Tan estrafalario personaje se informó de lo que habia sucedido, y despues de alargar el pescuezo, sin duda para ver el sitio en que yacia la víctima, exclamó, encogiéndose de hombros y continuando su camino:

—¡Qué suerte!

Al pronto no comprendí lo que habia querido decir; pero despues me lo expliqué de esta manera:

La persona que solo se rompe una pierna, habiendo causa bastante para que se rompa las dos, y los dos brazos, y tres ó cuatro costillas, y hasta para quedar muerta en el acto, es una persona afortunada.

La lógica es una gran cosa.

Pero ¿no creéis, sin embargo, amados lectores, que la exclamacion del descontentadizo capitalista se parece mucho á un grosero sarcasmo arrojado de una manera estúpida, cuando menos, sobre el desgraciado albañil?

No es posible dudarlo.

EL BOSTEZO.

Posible será que algunos de mis lectores dejen asomar á sus lábios una sarcástica sonrisa al leer el título que antecede; pero si tal hicieran, probarían de un modo incuestionable, que desconocen por completo la importancia de los bostezos.

Sí, lectores míos; el bostezo tiene una muy alta trascendencia: y eso es precisamente lo que me propongo demostrar.

Prestadme, pues, atención, y de seguro convendréis conmigo en que el asunto no puede ser, ni más bonito, ni más interesante.

El bostezo es una necesidad como otra cualquiera, y en ciertas y determinadas ocasiones, no hay nada tan elocuente, tan persuasivo, tan conmovedor como un bostezo.

El bostezo tiene su lenguaje particular:

Es uno de los medios de que dispone la humanidad para expresar aquello que siente.

El bostezo varía con frecuencia en el fondo, pero la forma siempre es la misma.

Forma sencillísima, que consiste en abrir desmesuradamente la boca.

No es posible explicar con palabras todo lo que expresa una boca abierta.

El bostezo es de gran significación, y de reconocida utilidad para el minucioso observador que de todo recoge y aprovecha hasta los más pequeños detalles.

Un niño, inmediatamente que nace, bosteza: un anciano, en su lecho de muerte, bosteza también.

Cualquiera diría que el primero se fastidia de una vida que aún no ha saboreado, y que el segundo bosteza de dolor ante la idea de pasar a mejor vida, por aquello de que vale más lo malo conocido, que lo bueno por conocer.

¿Quién no se ha visto alguna vez en ese estado, que no es posible definir, porque no acertamos á darnos cuenta, ni de lo que sentimos, ni de lo que deseamos?

Pues en semejante situación, ¿cuántas veces un solo bostezo nos habrá dado la clave de todo!

Hay muchas cosas que no utilizamos, porque no sabemos para qué sirven, así como hay

enfermedades que no se pueden curar, porque se ignora la manera de combatirlas, y dolores que no calificamos, porque carecen de nombre.

La persona más pobre conseguiría enriquecerse de la noche á la mañana con solo poseer el secreto de tantas cosas como hay en el mundo, que despreciamos de la manera más profunda, porque desconocemos las virtudes que encierran.

Pero volvamos al bostezo.

Un hombre que bostece con demasiada frecuencia, ó que lo haga abriendo la boca un poco más de lo regular, es objeto, casi siempre, de risas y de chanzonetas.

Esto todo el mundo lo sabe; pero lo que de seguro ignorará la mayoría de las gentes, es que en los bostezos de aquel hombre puede muy bien ir envuelta toda una historia de amarguras y de lágrimas.

La filosofía no está reñida con el bostezo.

El bostezo no es una cosa tan vulgar como á primera vista parece.

La posición social que disfrutaban algunas personas, gracias á los incesantes vaivenes de la fortuna, les permite disponer á su antojo de los bostezos de los demás.

Es decir:

La influencia que ciertas personas ejercen sobre la boca del prójimo, está en relación di-

recta con la posición que las susodichas personas ocupan.

Más claro: Los que se ven halagados por la suerte, se complacen, obedeciendo á un capricho incalificable, en ver bostezar á las tres cuartas partes de la gente que les rodea.

Un ministro, por ejemplo, es el resorte que abre y cierra á su antojo las bocas de un sinnúmero de cesantes.

Los cesantes que acuden á las antesalas de dos ministerios en un día de audiencia, se asemejan mucho á una colección de figuras de movimiento.

Todos gesticulan, todos abren la boca, pero ninguno habla.

Solo tienen aliento para bostezar.

Unos bostezan de hambre, otros de sueño, otros de fastidio.

¡Es un espectáculo interesantísimo! Los primeros, es decir, los que bostezan de hambre, aparecen siempre en una respetable mayoría.

¡Qué elocuentísimos son aquellos bostezos!

El que no tiene que comer, se consuela abriendo la boca, temeroso, sin duda, de perder la costumbre.

Los bostezos producidos por el hambre, deberían llamarse suspiros del estómago.

En realidad, no son otra cosa que quejas lastimeras que parten de todos los estómagos vacíos.

Son una especie de súplica, que no acertamos á formular sino por medio de la mímica.

No hay nada como el hambre para absorber todas nuestras fuerzas.

Todo cambio de ministerio, influye de una manera poderosa en el desarrollo de los bostezos.

Para mí no hay cuadro más interesante, ni más patético que el que presenta toda una familia bostezando de hambre.

Existen escenas que no pueden ser contempladas con ojos enjutos.

Como no hay lengua que sea capaz de expresar con verdadera exactitud todo lo que siente un corazón desfallecido, la boca se abre y se cierra sin proferir una sola palabra.

Convenced, si podeis, de lo innecesario del bostezo á la persona que no haya dormido durante una semana.

Hay cosas que se destruyen por sí mismas con la facilidad con que lo absurdo desaparece en presencia de lo verdadero.

El que se muere de sueño, no encuentra otra cosa más natural, ni más lógica que bostezar.

Entre los ojos y la boca de cada individuo,

debe existir un acuerdo perfecto, porque cuando los primeros se cierran la segunda se abre.

El sueño es una enfermedad de la que nunca nos vemos libres.

Es al mismo tiempo el alimento del cuerpo y la tranquilidad del espíritu.

Es una especie de narcótico, que se burla de toda nuestra actividad y de todos nuestros proyectos.

El sueño gusta más de las tinieblas que de la luz.

El sueño y la muerte aparecen unidos por una semejanza completa.

Hé aquí la razón de que muchas personas no se pasen la vida durmiendo.

La muerte es una broma tan pesada, que por ninguno es bien recibida.

Si el bostezo no existiera, no habría una sola persona que se atreviera a decir con completa seguridad:

—«Yo tengo sueño.»

Por lo que se vé, el bostezo es un artículo de primera necesidad, del que no es posible prescindir mientras permanecemos en el mundo.

Pero ¿dónde me dejais, queridos lectores, ese otro bostezo tan generalizado en nuestros días, y sobre todo entre ciertas clases de gentes, el cual pone de manifiesto de una manera admirable todas las impresiones del alma?

¿Qué me decís de ese otro bostezo que puede muy bien ser considerado como el ladrón de nuestras ilusiones y de nuestras esperanzas?

¿Qué pensáis de ese bostezo que lleva la languidez á todos los semblantes y la muerte á todos los corazones?

¿Qué os ocurre acerca del más terrible de todos los bostezos; sobre ese bostezo que en ciertas y determinadas ocasiones no es otra cosa que el primer paso que se dá en el camino del suicidio?

¿Comprendéis hasta dónde puede llegar la persona á quien el fastidio obligue un día y otro á bostezar?

No es posible medir con la vista la profundidad de los abismos.

No es posible penetrar hasta el fin con el pensamiento en todas aquellas cosas á las que Dios no ha concedido límites.

Preguntad á los que muellemente reclinados en una butaca no hacen otra cosa que bostezar; preguntadles qué es lo que les falta; y probablemente contestarán todos ellos: «Nos falta nada, nos sobra todo.»

—Están dominados por el fastidio.

«Los extremos se tocan, les indudable».

—El hambriento bosteza; el caliente bosteza; también.

El uno porque apenas come, el otro porque come demasiado.

El uno porque se vé desheredado por la suerte, el otro porque se halla favorecido por la fortuna.

De todo esto se desprende toda una série de tristes consideraciones, que solo pueden formularse de la siguiente manera:

¡Qué desgraciados son los felices!...

¡Qué infelices son los desgraciados!...

El amor, el dinero y el fastidio, son tres cosas que no pueden estar ocultas.

¡Cuántas veces el bostezo de un amante, víctima del fastidio, habrá echado por tierra los dorados sueños de una mujer!...

¡Cuántas veces un orador presuntuoso habrá llegado á probar la hiel del más amargo de los desengaños, al reparar en los bostezos de su auditorio!

El bostezo, filosóficamente considerado, es de muchísima trascendencia.

Para mí es indudable que en el bostezo se encierra una verdad importantísima, que nadie, hasta ahora, se ha tomado el trabajo de descubrir.

El bostezo,—cualquiera que sea la causa que lo produzca,—no es otra cosa que la expresión más exacta del aburrimiento y de la vacilación en que se agita la humanidad, nunca satisfecha.

Todo bostezo, es un deseo.

Pero... ¿acaso sabemos nosotros mismos lo que deseamos?

¡Cuánto daríamos por saberlo!...

LA FAMILIA

I.

El mundo sería una verdadera república, una completa Babilonia, donde hombres y mujeres aparecerían entregados constantemente a los caprichos de su libre albedrío, si por fortuna, y para consuelo de todos, no existiera lo que conocemos con el nombre de la familia.

La familia es el puerto de donde se acogen, batido por las olas de la satisfacción y de la tristeza, cuando temen naufragar en medio de las tempestades de la vida.

La familia es la medicina del cuerpo, y muchas veces la salud del alma.

La familia es el tranquilo y santo refugio de cuyos brazos acuden presurosos los que se cansan de vagar por los áridos senderos del mundo.

La familia es el consuelo de todas las penas.

Todo postero, es un deseo.
 Pero... ¿acaso sabemos nosotros mismos lo
 que deseamos?
 ¿Cuánto daríamos por saberlo!

LA FAMILIA.

I.

El mundo sería una verdadera república, una completa Babilonia, donde hombres y mujeres aparecerían entregados constantemente á los caprichos de su libre albedrío, si, por fortuna, y para consuelo de todos, no existiera lo que conocemos con el nombre de la familia.

La familia es el puerto deseado á donde se acogen, batiendo palmas de satisfaccion y de contento, cuantos temen naufragar en medio de las tempestades de la vida.

La familia es la medicina del cuerpo, y muchas veces la salud del alma.

La familia es el tranquilo y santo refugio á cuyas puertas acuden presurosos los que se cansan de *viajar* por los ásperos senderos del mundo.

La familia es el consuelo de todas las penas,

y el bálsamo que cicatriza las más profundas heridas.

Es el manto que nos cobija, el sol que nos calienta y la esperanza que nos anima.

¡Desgraciado de aquel que no tenga á quien volver los ojos!...

¡Infeliz de aquel que al sentirse agobiado bajo el peso de las desdichas humanas, no encuentre una sonrisa que le dé fuerzas ni un brazo que le sostenga!...

Y no es solo la humanidad la que desea contar con el amor y el apoyo de la familia.

Detengámonos un momento á examinar lo que sucede en la naturaleza, y nos convenceremos de que igual deseo anima también á las aves, y á los árboles, y á las flores.

En un jardín, por ejemplo, una rosa tiene la desgracia de nacer alejada de sus compañeras.

La existencia de aquella flor es sumamente breve, porque como se encuentra sola no puede unir sus hojas á las de sus compañeras para libertarse mejor de los ardorosos rayos del sol y de los embates del impetuoso cierzo.

Aquella flor no tiene familia.

Muere de la misma manera que nace y vive: abandonada de todos, completamente sola.

El destino es inexorable.

Si no respeta á la humanidad, ¿cómo ha de respetar á las pobres flores?

II.

La familia es uno de los pocos bienes que Dios, después del pecado de Adán, tuvo por conveniente conservar en el mundo para alivio y consuelo de los mortales.

Voy, queridos lectores, á probaros, por medio de ejemplos y hasta donde mis débiles fuerzas me lo permitan, toda la importancia del asunto de que se trata, toda la influencia que ejerce la familia en el género humano.

Todos sabéis que en esta época en que, como vulgarmente se dice, *no se puede vivir*, hay una infinidad de jornaleros que solo cuentan con un diario de seis ó siete reales.

Muchos de ellos tienen que mantener una numerosa familia, y, sin embargo, viven; pero ¿cómo viven?

Si el pobre tuviera envidia del rico, si el que sufre los rigores de la miseria mirara con malos ojos á los que pasan á su lado ostentando magníficos trenes, el mundo, en su mayor parte, se compondría de envidiosos.

Pero la virtud es, por lo general, patrimonio de la pobreza.

Cuando Dios repartió á sus criaturas los bienes y los males, lo hizo de una modo admirable.

¡Qué bien hecho estuvo el reparto!

Un albañil trabaja diariamente, de sol á sol para ganar un jornal de 6 á 7 rs.

Tal es el destino del albañil.

Pero como en el mundo, más tarde ó más temprano, el hombre se acostumbra á todo, absolutamente á todo, por penosísimo que le sea tener que acostumbrarse á ciertas cosas, resulta que el pobre albañil concluye por resignarse con su precaria suerte, y solo pide á Dios que le dé salud y que no le falte trabajo, por ser el único medio con que cuenta para atender al sustento de su familia.

¡Cuidado si es triste la vida del albañil!

Y sin embargo, el desgraciado albañil come y canta, y ríe.

Esto es debido indudablemente á que cuando Dios repartió los bienes y los males, colocó la resignacion cristiana en el corazon del pobre.

Es efecto de que en aquella existencia tan combatida, hay una luz que disipa de cuando en cuando las sombras del dolor, y cuya luz es el recuerdo de la familia.

El albañil, como todo jornalero que ama á los suyos, tiene siempre una especial predileccion por el crepúsculo de la tarde.

Aquel crepúsculo anuncia al trabajador que

vá á llegar la hora del descanso, y con ella el momento feliz en que pueda regresar al seno de su familia.

Abrumado por el disgusto y por la fatiga, torna el albañil á su casa, dispuesto á indemnizarse de los sufrimientos del día.

El cariño de la mujer y las caricias de los hijos, hacen olvidar al triste albañil lo penoso de la ocupacion á que, por necesidad, se ve dedicado.

La familia le presta fuerzas para emprender de nuevo á la mañana siguiente la cotidiana tarea.

Le infunde valor para arrostrar con verdadera serenidad la inclemencia de las estaciones.

¿Trabajaría tanto y con tanta asiduidad el pobre albañil, si no tuviera una familia á quien consolar y con quien consolarse?

IV.

Una hija de familia, aunque sea la honradez personificada y haya recibido una esmeradísima educacion, no está libre de ser victima de esos afectos íntimos del corazon que tan admirablemente se desarrollan en un instante de delirio, en un solo momento de alucinacion ó de vértigo.

Un hombre toma á su cargo trastornar la

cabeza de la infeliz muchacha, y lo consigue.

Empieza por hablarla de amores, llega muchas veces á interesar de veras el corazón de la hija de familia, y concluye por dominarla á su antojo.

En esto no habria nada de particular, si no fuera porque en algunas ocasiones el hombre es un miserable que abusa de mala manera del ascendiente que ejerce sobre la enamorada muchacha.

El amante, deseando llegar al fin por el camino más corto, propone á su amada nada menos que la fuga de la casa paterna, cuya atrevida proposicion es deshecha desde luego por la honrada hija de familia.

Peró el amante insiste un dia y otro dia, y la muchacha lucha consigo misma, y vacila y tiembla al comprender que los esfuerzos del deber son, en determinadas ocasiones, completamente impotentes para dominar los impulsos del corazón.

Si el amante triunfa, no trascurre mucho tiempo sin que el desencanto suceda á las ilusiones, sin que un cruel desengaño eche por tierra la más codiciada de las esperanzas, y sin que la muerte sustituya á la vida.

El sediento no tiene otro deseo que el de tropezar con el arroyo cristalino para aplacar la abrasadora sed que le consume; pero una vez

satisfecho aquel deseo, aquella necesidad, no vuelve á acordarse del agua.

Pues esto mismo sucede al amante que toma el camino más corto para llegar al fin, y arrastra en pos de sí á una mujer honrada.

Entonces, y solo entonces, aquella desdichada criatura, al verse abandonada por el hombre que no escaseó súplicas ni juramentos, mientras convino á sus particulares fines, les cuando piensa en la familia, cuando se acuerda de sus padres, cuyo corazón ha lacerado, y cuando comprende toda la extension de una falta que ya no es posible remediar.

¡Con qué placer regresaría de nuevo aquella infeliz al seno de la familia!

Pero ¿cómo ha de presentarse ante los que la dieron el sér la que lleva impreso en el rostro el sello de la deshonra?

¿Cómo ha de tener valor para presentarse ante sus padres la que en un solo momento de extravío echó por tierra el immaculado honor de toda una familia?

La situacion no puede ser más apurada.

Pero así como el pastor, celoso de lo suyo, sale al encuentro de la oveja descarriada, y la conduce al redil para que habite en union de sus compañeras, del mismo modo los padres, celosos tambien de lo suyo, buscan por todos lados á la hija á quien lloran perdida para

siempre, y en la mayor parte de los casos, encuentran lo que buscan.

Cuando es verdadero el amor que se anida en nuestros corazones, nada nos es tan grato como perdonar á nuestros enemigos; ni tan fácil como olvidar hasta las mayores ofensas.

La familia es el único recurso, el único consuelo de la mujer que tiene la desgracia de faltar á sus deberes.

Solo en medio de la familia puede encontrar, en parte, la tranquilidad perdida.

La familia es el escudo que cubre á la culpable, para que no lleguen hasta ella los tiros de la maledicencia.

Fuera del sagrado recinto del hogar doméstico, la pobre extraviada no encontrará otra cosa que sonrisas significativas y miradas severas, porque en el mundo, las personas menos generosas y menos caritativas para con el prójimo, son, por lo general, aquellas que no pueden ni deben tirar piedras al tejado ajeno, por tener el suyo de vidrio.

Una mañana, una tarde, una noche, cuando queráis, porque para el caso es de todo punto indiferente, figuraos ver, queridos lectores, un jóven de los más conocidos, admirados y celebrados en los círculos de nuestra buena socie-

dad, hondamente meditabundo y cabizbajo, sentado delante de una mesa, en el café de la Iberia, en el Suizo, ó en el que se os antoje, porque tambien es indiferente.

Aquel jóven dá á entender claramente, en el desórden de su traje y en el desaliño completo de toda su persona, que es victima de una calaverada mayúscula.

Esto está sucediendo á todas horas.

Es, pues, un jóven que, en uso de su autonomía, y llevado del deseo de sacudir el yugo de la voluntad agena, abandona la casa de sus padres, y se lanza, ávido de toda clase de emociones, en los dorados espacios que, en mal hora, le permitió adivinar su acalorada fantasía.

Como el individuo de que se trata disfruta de una desahogada y excelente posición, escusado es decir que los primeros dias, siguientes al en que abandona el reposo del hogar doméstico para lanzarse en el torbellino del mundo, nuestro jóven no tiene otro pensamiento que el de gozar, ni otro deseo que el de realizar hasta el menor de sus caprichos.

Pero los que caminan sin una luz que les guíe, ni un objeto que dirija sus acciones, son ciegos con vista, que tropiezan á cada momento.

La alegría de que se vió poseido nuestro

jóven al disfrutar de una completa libertad, vá desapareciendo poco á poco, hasta que se extingue del todo.

Tal vez una carta, una sola carta, le arrebata la última esperanza y la última moneda.

Y aquel hombre, que quizás hasta entonces, es decir, hasta el momento en que le contemplamos envuelto en la más horrible desesperación, no ha tenido tiempo de pensar ni aun en sí mismo, se acuerda de las lágrimas de su pobre madre, y del amor apacible y tranquilo de la familia.

En el mundo solo ha encontrado falsos placeres y amargas decepciones, y el único consuelo que podría llevar á su lacerado corazón, no sabe cómo proporcionárselo.

Pero como el que sufre no repara en sacrificios, nuestro arrepentido jóven lucha y se esfuerza para alcanzar el bien que necesita, y llega un día en que, sin saber cómo, se encuentra en los amorosos brazos de su madre.

Las madres, que no son otra cosa que un hermoso conjunto de amor y de dulzura, no tienen otro placer que el de abrir los brazos á todas horas para recibir en ellos á sus hijos.

No necesitan recordar la historia del *Hijo pródigo*.

Les basta dejarse guiar por los impulsos de

su corazón, y á esto se debe el que las madres sean la vida y el encanto de la familia.

VI.

—«¡Cuidado qué cosa tan hermosa es la libertad!... ¡El que se esclaviza por su gusto merecía que le fusilaran!... Decididamente yo no he nacido para casado, y esta idea, que me ha ocurrido un poco tarde, es la única que me martiriza. ¡Cuánto daría por verme soltero! Yo quisiera vivir enteramente á mis anchas, sin tener que dar cuenta á nadie de mis acciones; quisiera ser dentro de mi casa una especie de rey absoluto, que pudiese entrar y salir y hacer todo lo que me diere la gana, sin hallar constantemente á mi lado quien se atreviera á dirigirme ni una sola pregunta; quisiera, en fin, no verme abligado á escuchar á todas horas los lloros y amargas súplicas de mi mujer, que, solo porque es mi mujer, cree tener derecho para exigir que la dedique todos los momentos de mi vida. ¡Esto es para aburrir á cualquiera!...

Hé aquí, lectores míos, el extraño monólogo de un hombre arrepentido y pesaroso de verse elevado á la categoría de marido.

Creo innecesario decir que la situación anómala del aquel matrimonio, se conserva por mucho tiempo de la misma manera: es decir,

la mujer cuidando de sus hijos y llorando la ausencia de su marido, y el marido disfrutando á todo su placer de una libertad mal entendida.

Pero como en este mundo, ó en el otro, tiene por necesidad que cumplirse cuanto en caracteres indelebles aparece trazado en el libro de la sabiduría divina, sucede muchas veces que una voz celestial se encarga de templar en parte el dolor de la desconsolada esposa, murmurando dulcemente á su oído:—«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»

Esto, por lo general, se verifica cuando el marido está próximo á convencerse de que en el mundo existen muchas mujeres que todo lo manchan y que todo lo venden.

¡Pero cuántos y cuántos llegan á abrigo demasiado tarde tan importante convencimiento!...

¡Qué dichoso se considera el marido el día en que acierta á comprender todo el valor de las lágrimas derramadas por su mujer, lágrimas que quisiera recoger una á una, como si se tratara de preciosísimas perlas.

Entonces es cuando advierte la notable diferencia que existe entre la paciente criatura que guarda en su casa y esas mujeres mercenarias que todo lo invaden y todo lo corrom-

pen. Esas mujeres que son incapaces de amar, porque carecen de lágrimas en los ojos y de ternura en el corazón.

Entonces es cuando el extraviado esposo se refugia en el hogar doméstico para olvidar los sinsabores que ha recogido en el mundo.

Entonces es, en fin, cuando avergonzado de sí mismo, se acoge al amparo de la familia, temeroso siempre de no ser digno del cariño de su mujer, ni del respeto de sus hijos.

El arrepentimiento, ayudado por el amor de la familia, purifica y salva.

VII.

La familia es el gran consuelo de la vida.

Preguntádselo si no, amados lectores, al marino que pasa meses y meses en medio de las olas del mar, ó al desterrado que gime lejos de su patria; preguntádselo al huérfano desvalido, que va de puerta en puerta solicitando una limosna, ó al anciano enfermo que, rodeado de gente extraña, yace en el duro lecho de un hospital; preguntádselo á cuantos sufren, á cuantos se ven solos en el mundo, y ya vereis lo que os contestan.

Pero si antes de concluir he de daros á conocer todo lo que me ocurre: todo lo que siento, diré que, para mí es menos triste la suerte de la persona que no tiene familia que la de

aquella que se aleja sin pesar de los suyos, por no encontrar dentro de su casa lo que busca, lo que desea, le que necesita.

¡Ay de aquellos para quienes la familia no es otra cosa que un martirio más!...

¡Ay!... pero ya basta: no quiero profanar con amargas reflexiones, siquiera sean verdaderas, la santidad de la familia.

Tranquilemonos, considerando que en el mundo todo está sujeto á excepciones, y que estas componen siempre el menor número, lo cual no deja de ser un consuelo.

LAS ILUSIONES.

Yo me pasaría horas enteras sin ocuparme de otra cosa que en meditar en el orden admirable de la naturaleza.

¡Cómo se vé la mano de Dios en lo bien dispuestas que están todas las cosas!...

Dios ha colocado el remedio al lado de cada uno de los infinitos males que afligen á la pobre humanidad.

Preciso es inclinarse respetuosamente ante la sabiduría y prevision de la Providencia.

No existe nada que pueda destruir la creencia general de que este mundo es un inmenso valle de lágrimas.

Dios lo sabia antes de que el mundo fuera mundo; la humanidad lo ha aprendido despues á costa de una dolorosa experiencia.

Pero aquí de la sadiduría y prevision de la

Providencia, que al lado del mal colocó el remedio.

Dios, para que los hombres no se consumieran de fastidio y de tristeza en este valle de lágrimas, les dió las ilusiones.

Las ilusiones son un antídoto contra los dolores de la vida.

Si todos fuéramos amantes de la verdad, si todos rindiéramos culto á esta purísima hñja del cielo, yo no tendria materia para el presente artículo, ni ocasion, por lo tanto, de pasearme por el vasto campo de las ilusiones.

Más adelante encontraremos la explicacion de estas últimas líneas.

¡Qué cosa tan magnífica son las ilusiones!

Un hombre sin ilusiones, me hace el mismo efecto que un cielo sin estrellas, que una flor sin aroma.

Las ilusiones son al hombre, lo que el riego á las plantas.

Sin ilusiones, el mundo seria un verdadero cementerio.

Las ilusiones sirven á todos, y para todo.

El velo que echamos sobre las miserias de los demás, para que no nos recuerden las nuestras, es siempre un velo de ilusion.

Las ilusiones son como el aire, que en todas partes entra, y en ninguna se le vé.

Las ilusiones se pierden con la misma facilidad con que se recobran.

Una ilusion puede recogerse á la vuelta de una esquina, en un paseo, en un teatro, en un café, en una sociedad, en cualquiera parte.

Para que brote una ilusion, basta una mirada, una sonrisa, un suspiro, un rayo de sol, una idea feliz, una sola palabra.

Por fuerza la tierra debe estar sembrada de ilusiones.

Pero conviene observar, que aquello que más nos halaga, que más nos seduce, es precisamente lo que mayores perjuicios nos causa.

Sin intencion acabo de demostrar que las ilusiones son el tormento de la humanidad.

Vamos á cuentas.

No existirá una sola persona que no haya oído decir repetidas veces que hay muchos hombres que solo viven de ilusiones.

Pero seria un error gravisimo el suponer que para acabar con la existencia de ciertos hombres, no se necesita otra cosa que destruir las ilusiones de su corazon, convirtiéndolas en un horrible desengaño.

Nada de eso.

Nunca está más comprometida la existencia del hombre que cuando camina en alas de sus ilusiones y con grave riesgo de dar con su cuerpo en un abismo, por el solo placer de ir

en pos de un fantasma, de un imposible, que tiene el cruel capricho de alejarse, á medida que el hombre se acerca.

Las ilusiones son una venda que colocamos delante de nuestros ojos para no ser heridos por la luz de la verdad.

Las ilusiones no influyen en el cuerpo, sino en el alma.

Arrebatémosle á un hombre todas las ilusiones de su corazón, y no por eso le privaremos de la existencia; pero de un hombre feliz haremos un desgraciado.

Equivaldria á decir á una persona que no tuviera ni una remota idea de lo que es infortunio, estas ó parecidas palabras:—«Cuanto te rodea es una farsa ridícula, las miserias de la vida están llamando á tu puerta.»

Pero en cambio de esa gran verdad, es preciso convenir que las ilusiones no solo son codiciadas, sino también indispensables.

Las ilusiones nos sacan de infinitos apuros.

Todas las cosas, miradas por el prisma de las ilusiones, nos atraen, nos fascinan, nos seducen.

Yo atribuyo esta misteriosa atracción ó simpatía, al color de las ilusiones.

Todas las ilusiones son de color de rosa.

Lo mismo las de la jóven de quince años,

que las del hombre caduco; lo mismo las del poeta, que las del materialista.

Todas son de color de rosa.

No es posible desconocer que las ilusiones son un mal gravísimo; pero fuerza es convenir al mismo tiempo en que hay males que son absolutamente necesarios.

Por otra parte, nada de cuanto existe nos ofrece tantos ni tan variados recursos como las ilusiones.

Un mal ministro, por ejemplo, puede hacerse la ilusión de que gobierna admirablemente, así como un diputado, á quienes sus compañeros hubieran compadecido más de una vez por suponerle mudo, está en su derecho haciéndose la ilusión de que, si llega á pronunciar un discurso, será aplaudido con verdadero entusiasmo.

Unos ojos caritativos y una sonrisa á tiempo, pueden hacer que brote una bellísima ilusión en el alma de una mujer fea.

Figuraos por un momento una mujer, cuya fealdad os produzca hasta repugnancia.

Tomaos el trabajo de conceder á aquella mujer una tierna mirada y de regalarla una estudiada sonrisa cuando pase á vuestro lado, y de fijo un rayo de verdadera felicidad iluminará las facciones de la pobre fea.

Bien puede asegurarse que lo primero que

hará aquella mujer en cuanto llegue á su casa, será mirarse al espejo.

¡Cuántas veces la luna de un espejo habrá sido el verdugo de las ilusiones de una mujer!

Ahí vá una verdad que no tiene réplica:

Si todas las mujeres fueran feas, nada en el mundo escasearia tanto como los espejos.

Efectivamente que irrita y subleva la fria impassibilidad con que los espejos retratan todas nuestras imperfecciones.

Pero volvamos á las ilusiones.

No tengo porqué ocultar que yo mismo, hasta hace algun tiempo, he sido tan amante de todas las ilusiones de mi corazon, que siempre que veia disiparse una, me desconsolaba como el niño á quien arrebatan el mejor de sus juguetes.

¿Quién no habrá visto alguna vez esa franja inmensa y de mil colores que se extiende por el horizonte en la hora del ocaso?

Contemplándola yo un dia, lleno de ese asombro que infunde siempre todo lo maravilloso, todo lo grande, aprendí á conocer la facilidad con que se pierden las ilusiones.

Aquel foco de luz y de colores fué estrechándose gradualmente á favor de las primeras sombras de la noche, quedando reducido á una estrechísima cinta que, cuando quise recordar, tambien habia desaparecido.

Entonces dirigí una triste mirada en torno mio, y exclamé:

—«Así concluyen las ilusiones de la vida.

»Nos acarician un momento, y luego nos abandonan.

»Nos enseñan la luz, y despues nos sumen en las tinieblas.»

La verdad, la terrible verdad, me habia impresionado de una manera dolorosa, porque es indudable que la verdad asusta, lo mismo á los hombres que á los niños.

Creo que no hay nada que me haga pensar tanto en lo fugaz y efimero de cuanto nos hace agradable la existencia, como ver correr á un niño en pos de una mariposa.

En un niño corriendo tras de una mariposa, me parece ver al hombre que trata de aprisionar las ilusiones que se le escapan; al moribundo que se esfuerza por retener la vida que se le vá.

Ved al niño con la animacion retratada en el rostro, seguir anhelante los giros y revueltas del pintado insecto, con los que logra burlar la ligereza de su perseguidor.

Momentos hay en los que no puede menos de lanzar un grito de alegria al ver posada sobre una flor la mariposa que codicia.

¡Pobre niño!...

Al grito de alegría sucede casi siempre una

exclamacion de dolor: el niño se acerca, y la mariposa huye.

El caprichoso revoloteo de una mariposa en derredor de un niño, solo puede tomarse por una burla cruel.

La mariposa desaparece.

Las lágrimas asoman á los ojos del niño, y una expresion de verdadera tristeza se retrata en su inocente rostro.—Acaba de perder una ilusion que habia tomado la forma de una mariposa.

Ahora bien: ¿necesitaré esforzarme más despues de lo dicho, para que todo el mundo comprenda que yo no hubiera tenido materia para el presente artículo, si todos estuviéramos familiarizados con la verdad, si todos rindiéramos culto á esa purísima hija del cielo?

Es una creencia muy admitida la de que los poetas son seres verdaderamente felices por las muchas ilusiones que atesoran; pero en mi concepto, las ilusiones, lejos de dar la felicidad, la quitan.

El pobre desvalido, por ejemplo, que durante la noche sueña con su pobreza y con sus desgracias, es, á no dudarlo, menos desdichado que si sueña con palacios y riquezas, para encontrarse al abrir los ojos entre los harapos de una miserable bohardilla.

Las ilusiones son un sueño y nada más.

Una pesadilla que nos acaricia.
Una quimera de nuestro deseo.
La vida no es otra cosa que una ilusión que
nos acompaña desde la cuna.
Esa misma ilusión, convertida en polvo, es
la muerte.
Y La única verdad eterna, es Dios.

EL CORAZON EN LA MANO.

Muchas y muy variadas son las desdichas que desde el principio de los siglos vienen pesando sobre la pobre humanidad; pero entre todos los seres que sufren las consecuencias de vivir en este valle de lágrimas, no hay ninguno tan infeliz ni tan verdaderamente desgraciado, como aquel que por las condiciones de su carácter, ó por efecto de la nobleza de su alma, tiene la debilidad de ir por el mundo con el corazón en la mano.

Los que llevan el corazón en la mano, son las principales víctimas ocasionadas por los rigores de la suerte; son los primeros que prueban la hiel de los sinsabores de la vida; son los destinados á sembrar beneficios, para recoger ingraticudes y decepciones.

Todos, ó la mayor parte, conocen el origen

de su desgracia, pero ninguno se enmienda, convencidos, sin duda, de que han nacido para ser el juguete de aquellos cuyo corazon es impenetrable, ó que tienen el raro privilegio de vivir sin corazon.

¡Desgraciado de aquel que vaya por el mundo con el corazon en la mano!...

* * *

Llevan el corazon en la mano, los que con sana intencion, y sin preveer las consecuencias, sirven de escabel á políticos ineptos y ambiciosos, que despues se convierten en verdugos de los mismos que los encumbraron.

A esos políticos que, con un cinismo escandaloso, defienden hoy lo que censuraban ayer, y para los cuales todos los medios son buenos, con tal de que conduzcan al fin que se proponen.

Y los que llevan el corazon en la mano se ven desatendidos, humillados tal vez, por los que, colocados en la cumbre de la fortuna, hacen gala de un egoismo feroz y de una ingratitude sin ejemplo.

Bien es verdad que la gratitud figura en primera linea entre las cosas que desde hace algun tiempo han caido en completo desuso.

Llevan tambien el corazon en la mano los que creen de buena fé que les basta exponer

sus méritos y servicios para alcanzar la recompensa á que los mismos les hagan acreedores.

¡Crasísimo error á que viven sujetos cuantos llevan el corazon en la mano!...

Triste es decirlo; pero los verdaderos méritos, los verdaderos servicios, no logran, por lo regular, otro galardón que el aplauso de unos pocos y la glacial indiferencia de los que están en el deber de enaltecerlos y premiarlos.

Triste es decirlo, lectores míos, pero en el mundo hay innumerables ejemplos de esta desconsoladora verdad.

La virtud, el saber, las acciones heroicas, nada significan desde que la política, la malhadada y desastrosa política, es patrimonio casi exclusivo de miserables egoistas, que la explotan en provecho propio sin acordarse para nada de los demás.

Ha llegado el caso de que á los hechos más dignos, más levantados y meritorios no se les concede importancia de ninguna clase, si directa ó indirectamente no están relacionados con la política.

La política lo absorbe todo, y por eso estamos tan lucidos.

Solo la intriga y la osadía consiguen abrirse paso entre los aplausos de la canalla y la indignacion y el asombro de las personas decentes.

Solo la desvergüenza puede servir de base para improvisar ciertas posiciones en menoscabo del verdadero mérito, y no pocas veces de naturales y legítimos derechos.

No lo olvideis, vosotros los que llevais el corazon en la mano, y vivid muy alerta para no dejaros sorprender por los cínicos fariseos modernos, que todo lo posponen á su interés personal y á sus torpes é injustificadas ambiciones.

♦♦

Los que llevan el corazon en la mano, es decir, los que creen que por su propio corazon pueden juzgar el ajeno, no consiguen otra cosa que caminar de sorpresa en sorpresa y de desengaño en desengaño.

Llevar el corazon en la mano los que se figuran todavía, á pesar de hallarse en pleno siglo XIX, que la ley es igual para todos y que la justicia se aplica sin distincion de clases ni de personas.

Llevar el corazon en la mano los que conceden humanidad á un prestamista y corazon á una coqueta; los que detestan lo mismo la hipocresía del vicio que la hipocresía de la virtud, y los que por nada de este mundo faltarian á sus palabras y juramentos.

Llevar el corazon en la mano los que, equi-

vocadamente, por desgracia, presumen encontrar por todas partes probidad, abnegacion y consecuencia, y los que creen en el *amor*, en las *promesas* y en las *lágrimas* de ciertas mujeres.

En una palabra, los que llevan el corazon en la mano son aquellos que, guiados por la bondad de su alma, no atribuyen nunca á los demás lo que ellos son incapaces de hacer, porque, como he dicho antes, están en la creencia de que solo por su propio corazon deben juzgar del ajeno.

Para concluir dejemos consignada la siguiente verdad:

Todos los que llevan el corazon en la mano son unos infelices, indignos de vivir en el siglo del *can-can*, de la ilustracion y del progreso.

LA INGRATITUD.

Parece imposible que la ingratitud pueda albergarse en el corazón del hombre.

Yo comprendo y disculpo todas las flaquezas de la humanidad; pero no puedo comprender ni disculpar la ingratitud.

Indudablemente el Código penal necesita una reforma.

Convengamos en que la ingratitud merece, cuando menos, cadena perpétua.

La ingratitud es el germen de todas las malas pasiones.

La ingratitud es un crimen.

¿Serán muchos los que en el trascurso de su vida no hayan recibido ningún favor, ningún servicio de su prójimo?

Casi puede asegurarse que ninguno.

Pero con la ingratitud sucede una cosa ver-

daderamente extraña, verdaderamente original.

Cuando un ingrato recibe un beneficio, procura, por cuantos medios están á su alcance, desvirtuar, empequeñecer á los ojos de sus semejantes la noble accion de que ha sido objeto.

Y esto, en mi concepto, consiste en que los ingratos no solo no agradecen los favores que se les dispensan, sino que son incapaces de comprender el mérito y la sublimidad de las buenas obras.

Preciso es confesar que la misericordia de Dios es infinita; pero yo dudo mucho que alcance á los ingratos.

El perro lame la mano del hombre que le dá pan.

El débil pajarillo pía y gorjea cuando las rosadas tintas de la aurora le anuncian un nuevo dia.

Las flores, despues de recibir el fresco rocío de la noche y los primeros rayos del sol de la mañana, abren sus hojas y llenan de fragancia el espacio.

¡Solo el hombre es ingrato!...

¡Ingrato para con su Dios! ¡Ingrato para con sus semejantes!...

¿Para qué tendrá Dios en el mundo á los ingratos?

Esta es una pregunta que no tiene contes-

tacion, y que nos obliga á humillar la frente ante la Omnipotencia divina.

El *por qué* de todas aquellas cosas que nuestra limitada inteligencia no nos permite comprender, no es otra cosa que el escollo donde tropieza á cada paso la soberbia humana,

Si fuera posible llegar á conseguir que el dinero no sirviera absolutamente para nada, la mayor parte de los ingratos dejarían de serlo.

Y esto se explica perfectísimamente.

Acercaos... al mejor de vuestros amigos, si quereis, pero que os deba algunos beneficios: anunciadle que vais á pedirle un favor, é inmediatamente se pondrá en guardia, porque lo primero que le ocurrirá es que vais á pedirle dinero.

En vano le sacareis de su error: nada adelantareis con limitaros á exigir de su amistad el más sencillo de los favores.

A vuestro amigo le ha ocurrido una idea que no le habia ocurrido hasta entonces, y aquella idea le domina.

Vuestro amigo se dirá á sí mismo una y muchas veces:—«Si hoy no me ha pedido dinero, me lo pedirá otro dia.»

Tened por seguro que aquel hombre, porque esto es, por desgracia lo que sucede generalmente, empezará por no visitaros con la frecuencia con que solia hacerlo: no se mostrará

tan expresivo y afectuoso como ántes, y concluirá, quizás, por no saludaros cuando os encuentre en la calle.

Ecce-Homo.—Hé aquí, con muy ligeras excepciones, al hombre del siglo XIX.

Resultado:

Un *amigo* menos.

Un desengaño más.

Yo creo que á los ingratos se les podría decir:

«Cerrad la bolsa y abrid el corazón.»

«No queremos dinero, queremos gratitud.»

«No queremos oro, queremos un átomo siquiera del sentimiento de vuestra alma.»

Pero bien es verdad que los ingratos podrían contestarnos:—«¿Cómo hemos de dar lo segundo, si no tenemos más que lo primero?»

Y no olvidemos que hay muchos, muchísimos, que no podrían dar ni lo uno ni lo otro.

¡Qué desgarradoras y qué terribles son ciertas verdades!...

Pero convengamos en que nada tiene de extraño que existan en el mundo tantos odios, tantas venganzas, tantas falsedades, tanto egoísmo.

La reforma del Código penal se hace cada día más necesaria.

¡Cuánto ganaríamos todos si el mundo se viera libre de ingratos!

Yo no lo sé, pero me figuro que el secreto de esas fortunas imprevistas de los tiempos modernos está en la ingratitud.

El que quiera medrar en el mundo, empiece por ser ingrato.

La mayor parte de los mortales tendríamos coche si no tuviéramos conciencia.

Esto, por supuesto, no quiere decir que la conciencia sea un fruto vedado para todos aquellos que gasten coche.

La conciencia y la ingratitud son dos enemigos irreconciliables.

Donde está la una, no puede estar la otra, porque la conciencia es el dique de nuestros deseos, y la voz misteriosa que guía nuestros pasos.

Para unos, la conciencia es un juez severo, dispuesto siempre á pedirnos cuenta hasta de nuestras más pequeñas acciones.

Para otros, es un estorbo como otro cualquiera.

Para la generalidad, es una mentira, una farsa.

De modo que, sometiendo el asunto á una votación en que tomara parte toda la humanidad, vendríamos á sacar en limpio que la conciencia, ó no existe, ó si existe, no sirve para nada.

Hace algun tiempo que oí decir á uno de mis amigos, á propósito de los ingratos:

«¡Cuántos habrá en el mundo pidiendo limosna, despues de haber sido víctimas de una ingratitud!»

Mi amigo tenia razon.

¡Cuántos estarán mendigando un pedazo de pan sin obtener siquiera una mirada de compasion de aquellos á quienes encumbraron!...

¡Así es el mundo!...

Pero yo, sin embargo, no puedo menos de preguntar:—Esos hombres, llenos de vanidad y de opulencia, ¿no se acordarán alguna vez de que labraron la infelicidad de su prójimo? Esos séres, tan miserables como ingratos, ¿vivirán tranquilos sin pesadillas y sin remordimientos?

Esas personas, ¿no tienen conciencia?

—¡Ah! ¡qué torpe soy!...

Habia olvidado que la conciencia, ó no existe, ó si existe, no sirve para nada.

De todos modos, es indudable que el Código penal necesita... pero no, el Código penal no necesita nada.

El Código no debe ocuparse de los ingratos.

Para la ingratitud, yo no conozco nada tan admirable ni tan magnifico como el desprecio.

LA MUJER PROPIA.

preguntar:—Eso es el hombre, lleno de vanidad y de orgullo, que se acordará alguna vez de que habrán la infelicidad de su próximo? Eso es, tan miserables como nosotros, ¿vivirán tranquilos sin pesadillas y sin remordimientos?

El hombre deja sin pena el dichoso estado de la niñez, y pasa á la florida edad de la juventud lleno de vida y de ilusiones, de esperanzas y de deseos.

El joven tiende sus alas por el mundo, y todo le maravilla y le sorprende, como al débil pajarillo cuando abandona por primera vez el nido en que nació, para ir á mecerse en el espacio.

¡Qué misteriosa es la felicidad que se oculta detrás de la inexperiencia!... ¡Qué dichosos somos mientras no conocemos el terreno que pisamos!...

La juventud es la edad de los placeres y de los sueños de amor y de ventura, sueños que

da mayor parte de las veces no llegan á realizarse.

Edad á propósito para acoger y dar forma á los proyectos más aventurados, y para dejarse llevar de las encantadoras quimeras de la fantasía.

Edad, en fin, en que el hombre esparce sobre la tierra la semilla de los recuerdos, cuyo fruto recoge algunos años después.

Con qué mezcla de placer y de angustia recordamos siempre el tiempo pasado!

Pero en medio de tan brillante perspectiva, en medio de que por el horizonte de la juventud no asoma ni la más pequeña nube, llega un dia en que el hombre se cansa de tanta felicidad, en que le parece insípida la conversacion de sus amigos, y en que no encuentra atractivo de ninguna clase ni en las reuniones que frecuenta, ni en las mujeres que trata.

Llega un dia en que el hombre comprende todo lo que tiene de ficticia la felicidad de que disfruta, y empieza á sentir la necesidad de renovar sus ilusiones, y sus esperanzas, y sus deseos.

Llega un dia en que el jóven, no pudiendo ver ya todos los acontecimientos de la vida por un prisma de color de rosa, suspira por una dicha apacible y tranquila que le haga olvidar

la febril agitacion en que hasta entonces ha vivido.

Aquella lucha termina en el momento en que el hombre, que no puede darse cuenta á sí mismo de lo que siente, ni acierta á explicar lo que pasa dentro de su corazon, tiene la suerte de empezar á soñar con la mujer propia.

II.

Pero en realidad la lucha no ha concluido. Se trata nada menos que de elegir una mujer que por sus prendas, merezca el nombre de esposa.

Solemne momento, en que el hombre recuerda con pena, casi con horror, á una gran parte de las mujeres que, con mayor ó menor intimidad, ha tratado durante la época de sus devaneos y de sus locuras de jóven.

Ya no le entusiasman esas mujeres, cuyo cariño se conquista con solo convidarlas á cenar; esas mujeres que no están sujetas á una exquisita vigilancia; esas mujeres, en fin, que hacen alarde de lo que debería avergonzarlas, y que no se ruborizan al escuchar un equívoco, ni dejan de sonreir de una manera maliciosa en el trascurso de una conversacion imprudente.

La decoracion cambia por completo; ¿Quién, al pensar en el matrimonio, no se acuerda de la virtud?

¿Quién, al contemplar allá en el fondo de su pensamiento á la mujer propia, no quisiera adorarla á su gusto?

Hay mujeres que atraen y seducen con el imán de sus gracias, con el atractivo de sus encantos; pero sucede no pocas veces que las más hermosas, las que cuentan con mayor número de adoradores, son precisamente las que menos valen, porque carecen de la belleza principal, que es la belleza del alma.

La fragancia es la virtud de las flores.

La virtud en las mujeres es el aliento de Dios.

El hombre que se vea unido á una mujer hermosa, en cuyo corazón no arda el fuego sacrosanto de la virtud, con cuánta razón podrá exclamar, siempre que repare en la bonita cara de su esposa:

«¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!!»

III.

«*Compañera te doy y no esclava...*» Estas palabras dirige Dios al hombre por boca de sus Ministros en la tierra y al pié mismo de los altares.

Pero la verdad es que la mujer empieza por ser la esclava de su marido, llega á ser la es-

clava de su casa y concluye por ser la esclava de sus hijos.

Más no hay que desconsolarse: se trata de una esclavitud voluntaria, que hace la felicidad de la mujer: es una esclavitud que la mujer propia se impone á sí misma.

Fijémonos en uno de esos matrimonios en que ambos cónyuges cumplen con sus respectivos deberes, y podremos formarnos una idea exacta de esa paz inalterable y tranquila que constituye la dicha del hogar doméstico.

Fijémonos en un hombre y una mujer que, unidos por el santo lazo del matrimonio, se comprendan y se amen.

Solo así lograremos contemplar en todo su esplendor á la mujer propia: solo así nos será dado apreciar en todo lo que vale el gran papel de que está encargada en el mundo la compañera del hombre.

Veamos, pues, á la mujer propia, que cuenta con el cariño y con la consideracion de su esposo, dispuesta á todas horas á arrostrar con santa resignacion las contrariedades y los sinsabores de la vida.

La mujer propia se olvida con frecuencia de sí misma, para consagrarse por completo al cuidado de aquel que la ha dado su nombre.

La mujer propia es el alma de la casa y el ángel consolador de toda una familia: es la que

todo lo prevé, la que á todas partes acude y la que á todo se acomoda, siempre que de ello resulte la tranquilidad de su marido, á quien oculta cuidadosamente cuanto pueda entristecerle ó causarle el más pequeño disgusto.

La mujer propia economiza cuando tiene necesidad de economizar, y si disfruta de una cuantiosa fortuna, no derrocha.

Entiéndase bien que yo no me ocupo de las excepciones: yo hablo únicamente de la mujer tal y como el hombre la desea y la busca, y como, gracias á Dios, existen muchísimas en el mundo.

Pero lo verdaderamente admirable es el valor de que se reviste la mujer en las graves ocasiones. No busqueis en el hombre la fortaleza ni la presencia de ánimo ante las grandes desgracias: buscad ambas cosas en la mujer, en ese ser tan sensible como débil.

¡Qué milagros hace el amor y qué feliz debe ser el hombre que tenga por esposa una mujer como la de que nos vamos ocupando!...

La mujer propia es la que endulza los sinsabores del estado conyugal; y en esos momentos, muy frecuentes en la vida, en que el hombre por disgustos inherentes á su profesion, ó por el éxito desgraciado de sus negocios, vuelve á su casa con la palidez en el semblante y la tristeza en el alma, nadie, absolutamente nadie

más que la mujer propia, es capaz de llevar la paz y el consuelo al atribulado corazón de su marido. La mujer sale al encuentro de su esposo y le recibe con una cariñosa sonrisa; pero en los primeros momentos el hombre no habla, sufre; la mujer no pregunta, observa; y cuando el hombre siente la necesidad de explicarse y deja escapar una palabra, la mujer se permite una nueva sonrisa, pero una sonrisa que equivale á una pregunta.

Entonces es cuando el hombre desahoga su corazón haciendo el relato de sus penas, y entonces también es cuando la mujer propia, esforzándose por aparecer tranquila, lleva sin gran trabajo, al ánimo de su esposo ese consuelo y esa dulce resignación, que solo puede inspirar la mujer que ama.

La mujer propia se entristece cuando ve apesadumbrado á su marido, y bate palmas de alegría cuando le contempla gozoso y satisfecho: puede decirse que son dos cuerpos y una sola alma.

Preguntad á esos hombres á quienes la dicha del estado conyugal ha obligado á bendecir más de una vez al sétimo Sacramento, preguntadles si los negocios ó las diversiones de que hayan podido verse rodeados han sido nunca causa bastante para que se olviden de sus mujeres.

Pero seguid leyendo, porque acaso os ahorre la molestia de hacer semejante pregunta.

»... Desde que me separé de tí he estado siempre triste; mi dicha se encuentra á tu lado; sin cesar recuerdo tus besos, tus lágrimas, tus amables celos, y los atractivos de la incomparable Josefina reaniman á cada instante la llama viva y abrasadora que arde en mi corazón y en mis sentidos. ¿Cuándo podré, libre de toda inquietud y de todo cuidado, pasar todos mis instantes cerca de tí; no tener que hacer sino amarte y no pensar más que en la dicha de decírtelo y de probártelo?...

»... Creia amarte hace algunos dias, pero desde que no te veo, conozco que te amo mil veces más todavía. Cree firmemente que no me es posible tener un pensamiento que no sea para tí, ni una idea que no se refiera á tí...»

Esto escribia á su mujer Napoleon Bonaparte en 17 de Julio de 1796, y durante la campaña de Italia. Tal vez la carta de Josefina fué trazada con la misma pluma de que se valió Napoleon, pocos dias despues, para enviar al «Directorio ejecutivo» el parte detallado de la batalla de Castiglione, en cuya campaña el ejército austriaco, mandado por Wurmser, habia sido derrotado.

¡Qué encontradas ideas, qué pensamientos tan diferentes se agitarian en la cabeza del pri-

mer capitán del siglo en aquellos momentos en que estaban pendientes de su espada los destinos de la Francia!...

Y, sin embargo, aquel hombre, que consiguió llenar el mundo con su nombre, y que tal vez en aquella época había empezado ya á soñar con un imperio, no podía olvidarse de su mujer.

Quando se ama de veras no se olvida nunca. ¡Es tan difícil, por otra parte, hallar un tesoro en el mundo!...

Por eso, sin duda, un célebre escritor francés ha dicho que un matrimonio dichoso puede y debe ser considerado como la mayor ventura de la tierra.

IV.

Al lado del espectáculo interesante y bellísimo que nos ofrece un excelente matrimonio, aparece otro espectáculo, no menos interesante, bajo distinto punto de vista, y que forma con el primero un verdadero contraste.

La experiencia nos ha enseñado que detrás de la felicidad está la desgracia, como las tinieblas están detrás de la luz, y como detrás de los dolores de la vida, están y se destacan de una manera admirable y sublime, la bondad y la misericordia divinas.

Desgraciadamente no todas las mujeres han

servido siempre para esposas, y, triste es decirlo, pero en el siglo actual sirven muchos menos.

Esta es una verdad que no puede verse destruida, porque está en la mente de todos los que, con ojos desapasionados é imparciales, contemplan la desmoralización de la época presente.

Prescindamos, por lo tanto, de esas mujeres que al venir al mundo traen dentro de su seno el germen de una inclinación aviesa y repugnante, que, unida á una falsa educación y á una tolerancia mal entendida por parte de los que las dieron el sér, las constituye en el triste caso de que ni los hombres las busquen para esposas, ni ellas mismas aspiren á ser buscadas.

Hablemos, pues, de esas mujeres que, después de haber brillado en el mundo como modelo de hijas y de haber sido, por consiguiente, el más legítimo orgullo de sus padres, cambian de estado y no consiguen llegar á merecer la calificación de buenas esposas. La responsabilidad, por supuesto, de la falta, de la terrible falta en que incurren ciertas mujeres, no es á ellas á quienes, en la mayoría de los casos, debe exigirse, por más que estén muy lejos de ser dignas de una absolución completa.

¿Quereis saber por qué razón existen en el

mundos tantos matrimonios que viven en una guerra continua y en una intranquilidad espantosa?

Pues, aparte de muy ligeras excepciones, consiste en que hay hombres que no deberian casarse nunca, porque no sirven para maridos: hombres que son incapaces de hacer la felicidad de una mujer.

Hay hombres que despues de casados se creen con derecho para seguir haciendo la vida de solteros, y continuar, por consecuencia, con las mismas costumbres, y los mismos vicios, y las mismas amistades.

Algunos hombres se casan únicamente por compromiso: no pocos lo verifican llevados de una idea interesada y egoista, y muchísimos, la mayor parte, se casan, por... casarse.

¿Cómo es posible que el hombre que cree tener un privilegio para disfrutar en todos los estados de la vida de una libertad omnimoda, y para no renunciar á sus antiguos hábitos ni á sus primitivas inclinaciones, como es posible, repito, que ese hombre llegue á saborear nunca la felicidad del hogar doméstico?

¿Cómo es posible que el hombre que pone un especial cuidado en alejarse de su mujer, de su pobre mujer, á quien solo por casualidad dirige una palabra cariñosa, tenga habilidad bastante para hacer agradable la existencia á su desgraciada compañera?

—¿Cómo es posible que el hombre que forma el ridículo empeño de ir á buscar la felicidad fuera de su casa, despreciando la que le ofrece su propia mujer, logre saber nunca todo lo que valen la paz del hogar y los goces de la familia?

Los que de tal manera se conducen, olvidan, sin duda, que el que *siembra, recoge.*

—¿Y qué hace entretanto la mujer?—La mujer, atenta siempre á la extraña conducta de su esposo, observa en silencio y en silencio sufre; y solo cuando el tiempo empieza á disipar una á una las ilusiones de su corazón y el desaliento se apodera de su alma, comprende la mujer propia todo lo triste de la situación á que se vé reducida.

La infeliz esposa, llevada del afán de atraer á su marido, tan pronto le prodiga tiernas caricias, como le dirige las más dulces reconvencciones; pero á veces todo es inútil, y el hombre llega á ser huésped en su casa, sin advertir que la soledad que reina en el hogar doméstico está llena de *peligros.*

La mujer se recoje dentro de sí misma y las lágrimas asoman á sus ojos, porque se cree humillada y ofendida.

¡Ay del hombre que con su conducta es causa de que se subleve el amor propio de la mujer, porque la lucha del deber con el

amor propio suele tener un término funes-
tísimo!

Una planta que no tiene cultivo, se seca; una luz que carece del necesario líquido, se apaga; pero también el inofensivo y manso corderillo puede trasformarse en una fiera, porque para ello no se necesita otra cosa que habilidad y paciencia.

El marido es el guía, el consejero y el apoyo de la mujer; pero cuando por culpa del hombre, la mujer se ve abandonada á sus propias fuerzas, sin una luz que la ilumine, ni un brazo que la sostenga al cruzar el áspero camino de la vida, ¿cuál de los dos cónyuges será el responsable, el verdadero responsable ante Dios de la falta ó extravío de la mujer?

Para mí es menos criminal el que roba que el que enseña á robar.

El desprecio por parte del hombre, puede llevar el odio al corazón de la mujer; porque las mujeres, por lo regular, prefieren el mayor de los castigos á esa glacial indiferencia que todo lo seca y todo lo destruye.

Yo ya sé que los extravíos del hombre no pueden disculpar nunca los de la mujer, porque la mujer adúltera echa sobre su esposo y sobre sí misma una mancha que no se lava con nada de este mundo, ni aun con sangre, que es

con lo que pretenden lavarla más de cuatro insensatos.

No hay, pues, razón ninguna para que la mujer, olvidándose de Dios y despreciándose á sí propia, cometa la más terrible de las infidelidades, pretendiendo escudar su conducta con la inconveniente y desordenada de su marido. — Los imitadores del vicio suelen ser los enemigos más encarnizados de la virtud.

V.

¡Cuántos cónyuges que arrastran por el mundo una existencia llena de amargura y de zozobra se las prometerían muy felices en los primeros días de su matrimonio!... Y en verdad que todo saldría á las mil maravillas, si el hombre y la mujer marcharan siempre unidos por el verdadero camino, por el camino real. Pero ¡ay!... el hombre deserta á lo mejor, y abandonando el camino real, se interna por una vereda impracticable y desconocida. La mujer propia se limita, por lo pronto, á seguir con la vista á su marido, pero no abandona el camino real.

¡Dichosa la mujer que se reviste de una heroica abnegación, y sobreponiéndose á lo débil de su sexo, se muestra verdaderamente fuerte!...

¡Dichosa la mujer que en aquellos terribles

momentos se acuerda de sus hijos y vuelve precipitada al hogar doméstico para regarle con las lágrimas de su desgracia!...

¡Dichosa una y mil veces la que, comprendiendo sus deberes, no se aparta del camino real!

Pero, por ventura, todas las mujeres que se ven desairadas ¿tienen la virtud y el talento necesarios para cerrar los ojos ante el mal ejemplo, permaneciendo siempre en el buen camino?

Es indudable que nó; y por lo mismo hay muchas que cierran los ojos, sí, pero es para seguir á sus esposos, es para lanzarse en aquella senda fatal.

¡Ay de la mujer que marche en seguimiento de su marido, porque un solo paso que dé por aquella senda llena de escollos y de precipicios, es lo bastante para que ya no la sea posible volver al camino real!

Como el terreno es tortuoso y accidentado, la mujer tropieza sin cesar, y á cada momento se ve expuesta á dar una *caída*; pero á veces no hay nada que detenga á tan desventurada criatura, que corre y corre, aunque ya no distinga á su esposo por ninguna parte, sin reparar que cuanto más avanza, más y más se *pierde* entre las sinuosidades del camino.—Un acento cariñoso detiene á veces á la mujer propia; y un hombre aparece en escena.

Mas no creais que acude á ofrecer á la mujer un apoyo noble y desinteresado; no imaginéis que vá á libertarla de los escollos que la rodean; no penséis ni remotamente que vá á decirla:—«Yo te salvaré, y si soy impotente para ello, sufriré contigo.»—No, todo menos eso. El hombre, por lo general, no lleva otro objeto que el de aprovechar la ocasion que se le presenta; solo aspira á conquistar el afecto de aquella mujer; solo tiende á precipitarla en su caída. Para ello emplea toda clase de halagos y de caricias; y la mujer, que tiene extraviada la razon y herido su amor propio, y que comprende toda la dificultad de volver al camino real, se rinde á los halagos y... ¡pobres mujeres!...

Pero lo triste, lo verdaderamente triste, es que al hombre no le satisface la victoria que alcanza sobre aquella desgraciada mujer, hasta que los aplausos de sus amigos no vienen á coronar su *triumfo*. Por eso el mejor dia, y no en secreto y en voz baja, sino á voces, y en medio de un teatro ó de un café, ó de un paseo, hace aquel hombre las delicias de sus amigos con el relato de sus *ingeniosas travesuras*.

Despues que el hombre abandona á su víctima, la recoge la sociedad y la juzga, puesto que el mundo es el que castiga á la mujer que falta á sus deberes durante su peregrina-

ción en la tierra, así como Dios se reserva el derecho de castigar al hombre que no cumple con los suyos.

Existe, sin embargo, una notable diferencia, porque el mundo es un juez que no siempre administra recta justicia, y que no tiene nada de indulgente, mientras que Dios es un juez severo, sí, severísimo, pero lleno á todas horas de misericordia.

Yo no comprendo nada tan angustioso ni tan terrible como la expiación, ya forzosa, ya voluntaria, á que casi siempre tiene que someterse la mujer adúltera.

La mujer adúltera no puede presentarse, particularmente en ciertos círculos, sin que se la señale con el dedo, y sin que se cruce una mirada de inteligencia entre las personas que la rodean: el desprecio es lo único que la aguarda en su camino.

El hombre, por el contrario, á todas partes concurre y en todas partes es bien recibido; y cuando hace la relación de su *desgracia*, logra, la mayor parte de las veces, despertar el interés y la compasión de los que le escuchan.

¡Qué injusto es el mundo en que vivimos!... Al hombre se lo permite todo, á la mujer no le permite absolutamente nada: y con esto queda suficientemente demostrado porqué la mujer

purga en esta vida lo que el hombre tiene necesariamente que purgar en la otra.

La mujer adúltera no se rehabilita nunca, ni á los ojos de su marido ni en el concepto de la sociedad en que vive, por grande y sincero que sea su arrepentimiento, por dolorosa que sea la expiacion á que se haya sometido. Todo es inútil. El marido huye de su mujer, y no quiere verla, ni que le hablen de ella; pero yo creo que de lo que realmente huye el marido, es de sí propio, aunque debe ser poco estrecha la conciencia del hombre que se dá aires de víctima despues de haber sido el verdugo de su mujer.

Conciencia, pero sana conciencia, es lo que há menester el hombre que de una excelente hija de familia consigue hacer una mala esposa.—¿Por qué la arrebatada de los brazos de sus padres? ¿Por qué la priva de una dicha que él no sabe ó no puede proporcionarla?

No lo olvideis, lectores míos, no lo olvideis.—El hombre que es capaz de engañar á una mujer, no puede hacer la felicidad de ninguna. Así como no merece el nombre de mujer, sino el de mónstruo, la que se atreve á violar la fé conyugal, sin tener ni aún el pretexto de la conducta de su marido, pretexto que, por otra parte, no puede admitirse nunca. Semejantes mujeres son tan despreciables como dignas de

lástima, por haberlas negado Dios lo que constituye la herencia de la mujer, que es el sentimiento del alma.

VII.

He hablado ya de dos preciosísimas cualidades que necesita reunir la mujer propia, si ha de mantenerse fuerte en medio de las borrascas de la vida.

Esas dos cualidades son, como ya sabemos, la virtud y el talento.—La primera fortalece nuestro atribulado espíritu y nos llena de consuelo y de resignación en el momento de la desgracia, y la segunda encamina nuestros pasos y nos ilumina para que conozcamos á fondo hasta dónde debe llegar el cumplimiento de nuestros deberes.

Pero así como la mujer de escasas luces y que no tenga desarrollado por completo en su corazón el sentimiento religioso, está muy expuesta á caer, si se ve despreciada por su marido, del mismo modo, y sin que posea tan recomendables prendas, puede llegar á contarse en el número de las buenas esposas, siempre que se encuentre bien *dirigida*, y no carezca del cariño y de la consideración de su esposo.

Una mujer de cortos alcances consigue muchas veces formarse un criterio especial, ayudada únicamente de su constante deseo de agrada-

dar y servir en todo, á aquel que la ha dado su nombre. Y en cuanto á la falta de virtud... ¿qué mujer, si llega á ser madre, puede re-crearse en sus hijos sin acordarse de Dios, sin bendecir á Dios, que es la bondad infinita y la fuente de todas las virtudes?

Si el hombre comprendiera perfectamente toda la importancia de la misión confiada por Dios á la mujer; si llegara á penetrarse de lo difícil é interesante del papel que la mujer viene desempeñando en el mundo; si se detuviera á considerar que la mujer, sin ese purísimo sentimiento del alma que se llama amor, se agosta y muere como la flor que no recibe ni un rayo de sol, ni una gota de rocío, las mujeres en general se verían más apreciadas, y las rencillas y las enemistades no serían tan frecuentes en los matrimonios.

Pero el mal ha echado ya profundas raíces, efecto, sin duda, de que el hombre más fuerte es á veces más débil que la más débil mujer.

Hay muchos que, con una estupidez que casi inspira lástima, se atreven á preguntar, y por cierto en son de mofa:—«¿Qué sería de la mujer sin el hombre?...»

Hé aquí una pregunta que solo puede contestarse con esta otra:—¿Y qué sería del hombre sin la mujer?

EL DIA DE DIFUNTOS.

El libro del destino debe ser un libro muy curioso.

¡Cuánto daríamos los hombres por poder leer en las páginas de ese misterioso libro!...

¡Y cuántas cosas sabríamos entonces que hoy no sabemos!...

Si el libro del destino no se ocultara tan cuidadosamente á las miradas de los hombres; si una vez siquiera se dejara ver por el mundo para satisfacer la curiosidad general, todos trataríamos de conocer nuestro porvenir, sin ocuparnos apenas de lo presente, ni acordarnos para nada de lo pasado.

El porvenir es una cosa que nos obliga á cerrar los ojos para que no veamos lo que tenemos delante.

Es el día de mañana que nunca llega.

Es un negro fantasma que incesantemente nos amenaza; rara vez el porvenir nos acaricia.

Si fuera posible suprimir la muerte, no nos cuidaríamos tanto del porvenir.

Lo que nos aterra, lo que nos hiela y llena de espanto, es ese momento terrible, esa hora suprema en que damos un adiós á la vida para ir á habitar un mundo desconocido.

Y es verdaderamente extraño que nos preocupe á todas horas el porvenir, cuando nuestro pensamiento está fijo en el presente.

Esta es una cosa que yo no comprendo.

El día de difuntos es un día en que las campanas impulsadas todas por una antigua costumbre, no cesan de tocar á muerto.

El lúgubre tañido de una campana que dobla, me ha parecido siempre la voz misteriosa del porvenir.

Cualquiera diría que las campanas gozan en atormentarnos.

Esas campanas que en el día de difuntos, se agitan en señal de duelo, vienen á demandarnos un recuerdo y una oración para los que nos precedieron en el mundo.

Vienen á pedirnos una lágrima siquiera para las prendas queridas de nuestro corazón, para todos los que ya no existen.

Vienen á sorprendernos en medio de nues-

tras locas alegrías para anunciarnos que ha llegado el día de los difuntos.

En este día los cementerios se visten de gala para recibir á los vivos.

Es el día en que la gente, como si obedeciera á una consigna, se precipita por todas las calles de Madrid para ir á poblar los cementerios.

La humanidad es esclava de la costumbre.

Los cementerios, temerosos de asustarnos, se adornan y se engalanan.

Por eso á la mansion de los muertos no vamos con las lágrimas en los ojos y el luto en el corazón; vamos, por el contrario, con la sonrisa en los labios y la tranquilidad en el alma.

La explicacion de todo esto no puede ser más sencilla.

Héla aquí.

El espanto que nos produce la idea del porvenir, solo por el miedo que tenemos á la muerte, nos ha obligado á hacer un esfuerzo sobre nosotros mismos, y ha dado por resultado el que todos los años dejemos de pensar un solo día en ese sombrío fantasma que nos aterra.

Una vez conseguida la vitoria, hemos escogido el día de difuntos.

Nada más natural ni más en el orden que elegir esas veinticuatro horas en que la muerte se atavía para que podamos mirarla cara á cara.

Ningun dia más á propósito que aquel en que las locuras y necesidades de la vida se trasladan á los cementerios.

En el dia de difuntos, las coronas de siemprevivas, las caprichosas guirnaldas y los lujosos blandones, apenas nos permiten ver las losas con que se cubren los sepulcros.

¡Qué magnífico dia para no pensar en la muerte!...

Por eso en los semblantes de la gente que discurre por los cementerios no se nota la menor señal de tristeza. Aquella multitud indiferente, y á veces alegre y bulliciosa, no lleva otro objeto que el de satisfacer una curiosidad, ó el de realizar un capricho.

Empiezo á creer que hay algo que reanima y consuela en la sombría tristeza de los cementerios.

Todo el mundo sabe con cuánta facilidad lloran las mujeres, y sin embargo, ¡qué pocas serán las que tengan que enjugarse las lágrimas al recorrer los cementerios en el dia de difuntos!

Bien es verdad que cuando la muerte se viste de gala, no debe haber lágrimas ni aun en los ojos de las mujeres.

Tratándose de los hombres, ya es otra cosa; la mayoría de los hombres no llora nunca.

No hay nada más ridículo que un hombre llorando.

Tal vez por eso es tan escaso el número de los hombres que lloran.

El mundo pasa por alto todas nuestras flaquezas; pero tiene por una debilidad imperdonable el que el hombre derrame una sola lágrima.

Nada importa que las penas laceren nuestro corazón, que nuestras ilusiones se marchiten, que nuestras esperanzas se malogren: el hombre no debe llorar nunca.

Esto se dice por todas partes y á todas horas.

El hombre que tiene la debilidad de llorar en público, oculta precipitadamente las lágrimas como si se tratara de un delito.

Si un hombre en el teatro, por ejemplo, y durante la representación de una obra impregnada de verdadero sentimiento, tiene la desgracia de que se le suelten las lágrimas, haced el favor de no mirarle, porque le haríais pasar un mal rato.

Tened por seguro que aquel hombre, que quizá no posee otra cosa que un bellissimo corazón, se enjugará precipitadamente los ojos, y tratará de dar á su rostro cierta expresión de tranquilidad, temeroso de que los que le rodean observen que está llorando.

Esta es la segunda debilidad del hombre que llora.

Desde que el mundo lo ridiculiza todo, las lágrimas avergüenzan.

¡Y luego dirán que no progresamos!

¡Y luego dirán que el hombre no tiene dominio sobre sí mismo!

¡Y luego dirán que no marchamos con el siglo!

Las lágrimas son patrimonio exclusivo de las mujeres.

¡Qué arma tan terrible es el llanto en los ojos de una mujer!...

¡Y qué villano, qué miserable y qué canalla será el hombre que se complazca en hacer deramar lágrimas!

Por lo demás, yo creo que los hombres que se avergüenzan de verter lágrimas, deberían avergonzarse antes de otras muchísimas cosas.

Pero dejemos las lágrimas y sigamos hablando del día de difuntos.

En este día, como siempre, la muerte bate sus negras alas por encima de nuestras cabezas, pero tenemos la suerte de no verlo.

¡La muerte!...

¡Qué de consoladoras reflexiones se desprenden de esta sencillísima exclamación!...

El hombre no hace nada en este mundo con tanta facilidad como morir.

El hombre necesita tiempo para todo; tiempo para perder ó ganar un pleito, para alcanzar un destino, para educar é instruir á sus hijos.

Para morirle le basta un solo momento.

Esto siempre es una ventaja.

Yo no sé de dónde nace el gran temor que todos tenemos á la muerte.

La muerte no es otra cosa que la separacion del alma y el cuerpo; nada más sencillo.

La muerte se verifica en el instante mismo en que el espíritu se vá y la materia se queda.

Lo que sucede despues, nadie ha podido averiguarlo todavía.

Siempre que pienso en la muerte, no puedo menos de acordarme de aquellos que dicen: —«Yo deseo morirme;» ó de aquellos otros que, no teniendo valor para aventurarse á tanto, no hallan, sin embargo, inconveniente en decir: —«Si viene la muerte, la recibiré con indiferencia.»

Ni los unos ni los otros dicen la verdad.

Los que aparentan mirar la vida con desprecio, son precisamente los que más desean vivir.

Solo la desesperacion puede engendrar el deseo de la muerte.

La razon entonces no funciona.

Pero cuando la desesperacion pasa y el hombre se halla en estado de reflexionar y de dis-

currir, despierta de nuevo é instantáneamente el amor á la vida.

La muerte es un viaje para el que nunca nos hallamos preparados, sin duda por lo mucho que nos disgusta tener que emprenderle.

Y, sin embargo, no hay medio de evitarlo; y unos antes, y otros despues, todos tenemos que hacer ese terrible viaje.

Cada uno de los mortales no hace otra cosa en este mundo que esperar á que le *llegue su hora*.

Esta es una verdad que solo puede recordarse en el dia de difuntos, en el dia en que la gente no se impresiona ni se pone triste al recorrer los cementerios.

Reflexionemos un poco antes de concluir.

Es indudable que el porvenir nos abruma; pero tambien lo es que suspiramos incesantemente por el dia de mañana.

La muerte nos aterrera y siempre la vamos buscando.

¿En qué consiste todo esto?

Consiste en que el hombre no se comprende á sí mismo.

Para la humanidad, la mayor parte de los dias del año, por no decir todos, son dias de difuntos.

Las ciudades no son otra cosa que los cementerios de los vivos; cementerios llenos de

supulcros y de losas funerarias donde yacen nuestros deseos, nuestras ilusiones, nuestras esperanzas, nuestras miserias.

Si sentimos amargamente dejar la vida, es solo por abandonar un mundo que tanto nos halaga, que tanto nos gusta.

Pero en realidad, la muerte únicamente nos asusta cuando la vemos de cerca, cuando tememos ser una de sus víctimas.

Por eso la humanidad solo visita los cementerios en el día de difuntos, porque en ese día la muerte está tan compuesta y ataviada que no causa miedo.

Nuestro temor á la muerte puede ser también un pretexto, un medio, como otro cualquiera, de disculpar nuestra criminal indiferencia.

Las generaciones pasan, las costumbres varían, los acontecimientos se suceden; la humanidad es siempre la misma, no cambia nunca.

Si la humanidad no fuera corta de vista, podría leer sobre la puerta de entrada de todos los cementerios:—«Aquí yacen las farsas del mundo; aquí empieza una nueva vida.»

Pero bien considerado, todo eso no son más que tonterías.

Los vivos nada tienen que ver con los muertos.

EL EGOISMO.

No hay nada tan despreciable como la persona que tiene la desgracia de verse dominada por el egoismo.

Un hombre egoísta solo puede compararse con una planta que no dá fruto.

Es un cuerpo sin alma.

Una luz que no alumbra.

Una verdad amarga.

Un cero á la izquierda.

Para mí los egoístas son los más desgraciados de todos los seres.

Los naturalistas dicen y sostienen que no hay cuerpo más duro que el diamante.

¡Qué equivocados viven los naturalistas!

La dureza del diamante no puede compararse de ninguna manera con la dureza del corazón de un egoísta.

A los egoístas no les es dado comprender

toda la grandeza y toda la sublimidad que se encierra en un Catecismo.

Para ellos no significa nada el saludable y consolador precepto en que se resumen los mandamientos de la ley de Dios.

—«Amarás á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á tí mismo.»

Esto no reza con los egoistas.

Los egoistas no amarán nunca ni á Dios ni al prójimo, por la sencilla razon de que nadie puede dar lo que no tiene.

¡Y cosa extraña!... esos mismos egoistas, cuyo corazon está seco, poseen la rara habilidad de amarse á sí mismos.

Bien es verdad que los egoistas no se parecen á nada ni á nadie.

Ahí va una reflexion que me ocurre en este momento:

Si Dios hubiera podido ser egoista, el mundo no existiria.

Más claro.

Si estuviera en nuestra mano hacer egoista á la naturaleza entera, el mundo quedaria suprimido.

Esto no tiene vuelta de hoja.

El sol, por ejemplo, avaro de lo suyo, no nos enviaria ni el más débil de sus rayos.

Las flores consumirian su delicioso perfume antes de lanzarle en el espacio.

Los pajarillos huirían de la vista del hombre para no deleitarle con sus trinos.

El aire... pero basta ya; sin aire, cuanto respira, cuanto brota, cuanto resplandece, otro tanto moriria, otro tanto volveria á la nada, que fué de donde salió.

La naturaleza no puede ser egoista, porque la naturaleza es Dios.

Dios está en todos y en cada uno de los accidentes que, reunidos, forman ese admirable conjunto que se llama universo.

A un egoista podeis decirle, sin temor ninguno, que ha muerto su padre ó su madre, su mujer ó sus hijos.

No hay cuidado.

El egoista os dirigirá una mirada estúpida, y repetirá interiormente:—«Primero yo, despues yo, y siempre yo.»

Decidle que su vecino ha quedado arruinado, ó que una inundacion ha destruido todo un pueblo.

Nada temais.

El egoista permanecerá impassible, sin dejar de repetir para sí:—«Primero yo, despues yo, y siempre yo.»

Pero decidle, por el contrario, no una cosa tan grave ni de tanta importancia; decidle únicamente que le encontrais pálido y ojeroso, ó que os consta que de su gaveta le ha sido sus-

traida una pequñísima, una insignificante cantidad, y quizás tendreis que arrepentiros de haberle dado semejante noticia, porque hay casos en los que el furor del egoista no reconoce límites.

Dos cosas se le pueden hacer creer fácilmente á un egoista.—La una que se halla enfermo, aunque disfrute de una completa salud; y la otra, que su fortuna está amenazada de un golpe de mano.

El verdadero egoista vive siempre en la idea de que todo el mundo le roba.

El egoista, sin embargo, es más digno de lástima, de desprecio, si quereis, que de censura.

Desgraciadamente el egoismo ha cundido por todas las clases de la sociedad, y de ello es una buena prueba el estado de nuestra pobre pátria.

¡Algo más valdria esta nacion, si no estuviera condenada á verse manejada siempre por egoistas!

El egoismo es una enfermedad que no tiene cura.

LA FELICIDAD.

La humanidad se asemeja mucho al héroe manchego que immortalizó nuestro egregio y celeberrimo Cervantes.

Don Quijote, en su afan de deshacer entuertos y de acometer las empresas más arriesgadas y difíciles, solia emprenderla con los rebaños ó con los molinos de viento, creyendo hallarse en descomunal batalla con ejércitos formidables.

La humanidad, víctima de una ambicion constante, y por consecuencia, en lucha siempre con nuevas aspiraciones y nuevos deseos, pretende á lo mejor dar forma á una idea, ó realizar las quiméricas ilusiones de un sueño.

Nada, pues, tenemos que envidiar al amante de Dulcinea.

Las pesadillas de la inteligencia nos colocan, por lo general, y sin que tengamos la suerte de apercibirnos de ello, al borde del ridículo.

¿Qué diríamos del hombre que durante la noche fuera buscando un rayo de sol?

Diríamos que estaba loco, y tendríamos muchísima razón para decirlo, siempre que no incurriéramos nosotros en análogas excentricidades.

Porque conviene tener muy presente que no podemos ni debemos reprochar á los demás, lo que con frecuencia podemos y debemos reprocharnos á nosotros mismos.

¿Quién no ha tomado parte alguna vez, durante la época encantadora de los primeros años, en el conocido juego de la *gallina ciega*?

¿Quién no recuerda ese juego, propio de la infancia, cuyo principal mérito consiste en que el que hace de *gallina ciega* vaya tropezando con todos los objetos que encuentra al paso menos con aquello con que desea tropezar?

La humanidad entera se ha dedicado á buscar un rayo de sol en medio de las tinieblas de la noche.

La humanidad, aficionada á los inocentes entretenimientos de los niños, sigue jugando á la *gallina ciega*, y sigue tropezando y cayendo sin conseguir dar con lo que busca.

Lo que busca es la felicidad.

La felicidad es el objeto, el fin, mejor dicho, adonde se encaminan todos nuestros pasos, todas nuestras acciones, todos nuestros pensamientos.

La felicidad es un oculto resorte que tiene á la humanidad en continuo movimiento.

No hay nada que nos preocupe tanto como el deseo de ser felices.

Si en este mundo, donde hay tantas sociedades de crédito y sociedades de tantas clases, géneros y condiciones, se estableciera una que tuviera por base proporcionar la felicidad á todos los que carecieran de ella, seria divertido ver que hombres y mujeres, viejos y jóvenes, pobres y ricos, todos trataríamos de tener alguna participacion en una sociedad que iba á facilitarnos lo que en balde habíamos procurado atraernos hasta entonces por medio del oro, de los honores, ó de los placeres.

Pero semejante sociedad reservaria á sus socios la más cruel de las decepciones, que es lo que, por lo general, acostumbran á repartir á los suyos la mayor parte de nuestras sociedades de crédito.

Es verdad que hay quimeras muy bonitas y sueños muy dorados; pero por desgracia no son nunca otra cosa que sueños y quimeras.

Abrir desmesuradamente los ojos para no

perder ninguno de los giros y revueltas del fantasma que muchas veces nos empeñamos en perseguir, es una temeridad cuando menos.

La felicidad que todos apetecemos, y por la que tan ardientemente suspiramos, no es otra cosa que un delirio de nuestra fantasía.

Sobre la tierra, sin embargo, debe existir algo de felicidad, puesto que hay muchos que pasan por felices.

Pero entonces, ¿dónde se oculta, que su paradero es ignorado de la mayor parte?

La importancia del asunto, bien merece que nos detengamos un momento á reflexionar.

Un hombre tiene la suerte de poder decir:— «Yo estoy siempre alegre, porque soy completamente feliz. En toda mi vida me he impuesto ni el más pequeño trabajo para alcanzar el bienestar de que disfruto: no tengo penas de ninguna clase, y no me falta un duro en el bolsillo.»

Esto ya es algo.

Por lo menos contamos con un semejante que ha encontrado la felicidad.

El no sabe cómo ni dónde la ha encontrado: solo sabe que es feliz, y todo lo demás le importa muy poco.

Vamos á ver si conseguimos entendernos. Un segundo mortal, menos afortunado que

el primero, nos sale un día al encuentro, y nos dice:

—«Estoy aburrido, desesperado... Todo cuanto emprendo me sale al revés; todos mis planes se frustran, y de tal manera se ha empeñado la suerte en huir de mí, que por mucho que corro no consigo alcanzarla.»

Esto ya es otra cosa.

La cuestión va perdiendo, por fin, el misterio impenetrable en que se envolvía.

Recojamos todos los cabos.

El primer mortal que nos dirigió la palabra nos dijo que no había puesto nada de su parte para alcanzar la felicidad de que disfrutaba.

El segundo, por el contrario, no tiene otro deseo, ni otro pensamiento, ni otro afán, que el de marchar en pos de la suerte que se le escapa.

La luz más brillante ha iluminado por completo el asunto.

Las dificultades han quedado vencidas.

Hé aquí la solución:

El que quiera encontrar la felicidad, debe empezar por no buscarla.

Indudablemente acabamos de dar un gran paso por la senda de los descubrimientos.

Pero sigamos reflexionando.

Ya sabemos que la felicidad existe también en el mundo, y que por uno de sus infinitos caprichos, prefiere buscar á que la busquen.

Averigüemos ahora, hasta donde nos sea posible, si semejante felicidad es verdadera.

El hombre, desde que entra en el uso de la razón, empieza á sentirse aguijoneado por un imperioso deseo de felicidad.

El deseo de felicidad engendra las ilusiones de la juventud, y es el sueño constante de nuestra vida.

Preguntad á todos los que trabajan, á todos los que discurren, á todos los que se mueven, qué es lo que buscan y os contestarán:—«La felicidad.»

La humanidad se agita en todas direcciones, acariciando siempre la grata esperanza de tropezar con el bello ideal de sus sueños y con el premio de sus afanes.

Hay momentos en la vida en que no queremos hacer partícipes á los demás de nuestros secretos ó de nuestras impresiones, temerosos de que nos roben un solo átomo de la dicha que poseemos ó tratamos de proporcionarnos.

Sucede muchas veces que la felicidad se atraviesa en nuestro camino, y como no la conocemos, no nos tomamos ni aun el trabajo de mirarla.

Otras veces, cuando creemos apoderarnos de la felicidad, nos encontramos con un horrible desengaño.

Esto acontece muy á menudo.

Pero me olvido de mi objeto principal que no es otro que el de averiguar si es falsa ó verdadera la felicidad que existe en el mundo.

Para conseguirlo continuemos reflexionando.

La esperanza de una buena cosecha constituye la felicidad del labrador.

El avaro cifra su felicidad en el dinero.

El niño en sus juguetes.

El ladron en apoderarse de lo ajeno.

Las coquetas en el espejo.

El empleado en la nómina.

El jugador en una carta.

El cesante en un destino.

El poeta en la gloria.

El usurero en el tanto por ciento.

La madre en sus hijos.

El petardista en engañar al prójimo.

El mendigo en la caridad ajena.

El pintor en sus pinceles.

Los pajarillos y las flores en los primeros rayos del astro de la mañana.

Todos, en fin, tenemos nuestro modo particular de ver la felicidad, y esto es la prueba mayor de que la felicidad no existe.

Es indudable que todos nos proponemos una misma cosa; pero no todos empleamos los mismos medios, ni marchamos por el mismo camino, ni nos dirijimos al mismo punto.

Esta diversidad en los pareceres dice muy poco en favor de la felicidad.

El labrador, por ejemplo, no puede menos de soltar un grito de alegría cuando repara en las innumerables y granadas espigas de sus campos.

Pero ¡ay!... una sola tormenta desbarata en algunos minutos toda la felicidad del pobre labrador, como las tempestades y borrascas de la vida se encargan de destruir la felicidad del avaro y la del niño, y la del jugador, y la de la coqueta; como destruyen en un solo momento la de cuántos tienen la debilidad de considerarse en posesión de una suerte verdadera y constante.

Convengamos, pues, en que la felicidad que existe en el mundo no tiene nada de verdadera.

No es otra cosa que un placer, un deleite, una dicha que dura más ó menos tiempo, y que al fin y al cabo se convierte en humo.

Y quizá desaparece cuando más la necesitamos, cuando mayor interés tenemos en poseerla.

La felicidad tiene bastante de caprichosa.

La felicidad de los amantes tendría mucho de verdadera, si la felicidad no se permitiera ciertos caprichos.

El deseo de felicidad hace conocer á muchas personas el feo vicio de la envidia.

Una posición brillante deslumbra siempre.

Y sin embargo, ¡cuántos de los que pasan por muy felices cambiarían su suerte por la del pobre mendigo, que vá de puerta en puerta para recoger una miserable limosna!

¡Cuántos de los mismos que vemos con frecuencia en los cafés, y en los teatros, y en los paseos, ocultarán la gangrena de la desdicha bajo un exterior apacible y tranquilo!

¡Cuántos de los que padecen en silencio, sin que se les conozca en la cara lo mucho que sufren, excitarán la envidia de otros mucho más felices que ellos!

Así es como la felicidad se divierte con los que la tributan culto: es decir, con los que la buscan.

La felicidad no existe.

Es una palabra vacía de sentido, que debería desaparecer del Diccionario de la lengua.

Es un sangriento sarcasmo arrojado en medio de la humanidad.

Es una mentira que nos mueve, y nos subyuga, y nos arrastra.

La felicidad verdadera solo puede encontrarse en la mansión del Eterno.

La felicidad es Dios.

¡Dichosos los que á Dios se aproximen, porque ellos serán los felices!

en un reduplicado estrofo, donde contaba con

LA VANIDAD.

Todo el mundo sabe que Lázaro, á la voz del Señor, salió de su tumba, dejando burlada á la muerte.

Pero no todos saben que á la voz de los hombres, y cediendo á las exigencias del mundo, la vanidad se levantó orgullosa y triunfante, pasando por encima de la modestia.

La vanidad se extendió por todas partes, sin escuchar los clamores de la modestia, que decía:

—«No lo invadas todo; déjame un rinconcillo siquiera donde pueda albergarme.»

—«Conquista el terreno que puedas, que no será mucho.»—contestaba la vanidad.

Y la modestia tuvo que resignarse á girar en un reducidísimo círculo, donde contaba con

el afecto y la consideracion de algunos leales amigos.

La vanidad está á la órden del dia.

El siglo necesitaba de la luz de la vanidad para penetrar en el complicado laberinto de las ideas.

Las condiciones especiales de la época presente, crearon la necesidad de discurrir.

Hoy no hay una sola persona que se crea dispensada de tener pensamientos propios y ocurrencias más ó menos felices y peregrinas.

Hoy todos nos dirigimos al sagrado recinto de las ideas.

Hubo un tiempo, no obstante, en que la humanidad, al penetrar en la senda de los adelantos y del verdadero progreso, tuvo necesidad de detenerse, porque las tinieblas la rodeaban por todas partes y no se atrevia á caminar sin luz.

Poco despues, el espíritu moderno, viniendo á colocarse en medio de los hombres, encendió la antorcha de la vanidad.

La humanidad tenia ya todo lo que necesitaba, y siguió impertérrita su camino.

Ahora bien: ¿dónde se oculta el placer de la vanidad?—En el corazon del hombre.

¿Y qué es el placer de la vanidad?—Una especie de pavesa que se disipa con una ráfaga de viento.

Convengamos en que si todos los actos del

género humano estuvieran revestidos con las humildes formas de la modestia, pasarían casi desapercibidos muchos de los grandes descubrimientos, la mayor parte de los hechos notables, y casi todas las acciones heroicas.

Pero pretender esto sería pretender un imposible.

Para los que tienen la desgracia de confundir lo verdadero con lo falso, lo sublime con lo mezquino, la luz con las tinieblas, la vanidad es un magnífico espejo en donde se retratan, hasta con sus menores detalles, todos los atractivos del orgullo.

El que no haya sido feliz en toda su vida, no conseguirá, de fijo, explicarse la felicidad de los demás, así como el vanidoso no logrará comprender nunca los encantos de la modestia.

La modestia es siempre la misma: no cambia ni por casualidad.

La vanidad, por el contrario, se transforma con una facilidad admirable.

Toma diferentes disfraces y distintas formas.

Hay momentos que aparece llena de gravedad, y momentos en que sonríe.

Tan pronto se presenta cubierta con la máscara de la hipocresía, como se deja ver alta y despótica.

La verdad es el tormento y el verdugo de

muchísimas personas, que viven y mueren muy agusto, acariciadas por la estúpida inmodestia.

Por lo regular se truecan en vanidosos la mayor parte de los que, despues de haber probado durante sus primeros años el duelo mortifero de la miseria, llegan á verse favorecidos por la fortuna.

Yo creo que los vanidosos son los seres más insoportables que se pasean por el mundo.

El exagerado amor que algunas personas se profesan á si mismas, las perjudica hasta el punto de hacerlas odiosas.

Un hombre de talento, lleno de vanidad, es una perla arrojada en medio de un lodazal in-mundo.

La vanidad, por fortuna, se aproxima poco á los hombres de verdadero talento.

Bien puede asegurarse que un gran número de las limosnas que ván á parar á manos del mendigo, son entregadas en nombre de la vanidad.

La extraña luz de la vanidad alumbrá casi siempre los triunfos obtenidos por las artes ó por las ciencias.

La vanidad está en todas partes.

Cuando vino al mundo no tenia oficio conocido, y se dedicó á ofrecer sus servicios á todo el género humano.

Hay tanta solicitud en la manera con que la vanidad acude á dispensar sus atenciones á todos los que la buscan, que solo puede compararse, hasta donde es posible la comparacion, con el cariñoso afan de una madre que trata de llenar todas las necesidades de sus hijos.

La vanidad procura colocarse al lado del ministro, del orador y del diplomático, sin olvidar tampoco al poeta, al banquero, al artista y á otros muchos que seria prolijo enumerar.

En algunas ocasiones recibe más de cuatro desengaños; pero no se desanima por eso, porque donde hay desaires, hay tambien aplausos, y tratándose de la vanidad, los segundos siempre figuran en mayor número que los primeros.

Si un hombre extremadamente vanidoso tuviera la suerte de saborear las dulzuras de la modestia, exclamaria, avergonzándose de sí mismo:—«¿Por qué no habia de volver á nacer para ser completamente distinto de como he sido toda mi vida?»

Esto diria el vanidoso, si los vanidosos pudieran comprender el valor que tiene la modestia.

Un hombre modesto es tenido generalmente por un hombre tonto.

La modestia no puede presentarse en ciertos círculos.

La osadía y la farsa van invadiéndolo todo.

Hoy solo viven los charlatanes.

Una persona llena de atrevimiento y de inmodestia, llega, si se empeña, á encaramarse en la cumbre de la fortuna.

Un hombre modesto, verdaderamente modesto, por mucho talento que tenga, no logrará nunca medrar en el mundo.

Son muy pocos los que se consideran en el deber de hacer justicia al mérito, por relevante que sea, del hombre que no conoce la vanidad.

Esta es una verdad que no admite réplica.

Es tan difícil que un hombre dado á las vanidades del mundo, consiga acomodarse á los goces tranquilos de la modestia, como el que un hombre modesto llegue á penetrar voluntariamente en el campo de la vanidad.

—¿Os habeis detenido alguna vez, lectores míos, á considerar todo lo que tiene de ridículo y de repugnante una mujer vanidosa?

¿Podeis explicaros la vanidad de la mujer coqueta, que consiste en rodearse de adoradores, sin sentir por ninguno de ellos el más pequeño interés ni la más ligera simpatía?

—¿Comprendeis el placer y la vanidad de la

mujer que *estrena* un amante cada quince días, y se exhibe con él en público, sin reparar en lo triste del papel que desempeña?

¿No os da lástima de la mujer que encuentra la vanidad en el espejo, ó en el vacío de su insensible corazón, y concluye por hacer ella misma su retrato después de ponerse en completo ridículo?

— Dios creó á la mujer modesta y sencilla, y la que por su culpa se despoja de tan preciosas cualidades, renuncia á la mejor parte de sus atractivos.

— La vanidad solo puede albergarse en las almas pequeñas.

— Hablad de toda clase de vanidades á los que se explican y tienen como cosa corriente las miserias en que se agita la humanidad, pero no pronunciéis una sola palabra delante de los que comprenden la belleza del sentimiento y se dejan guiar por las manifestaciones del espíritu.

— La vanidad y la modestia no llegarán nunca á ponerse de acuerdo, porque la primera se mofa de la segunda, y la segunda compadece á la primera.

— Cuando una rosa está ya pasada, y próxima por lo tanto al término de su existencia, nos basta cogerla en la mano para que se desprenda y ruedé por el suelo hasta la última de sus

hojas. ¿Quién no ha visto esto, que acontece con harta frecuencia?

Pues lo mismo sucede con la vanidad. Toda su altanería, todo su orgullo, todas sus necias pretensiones, caen por tierra ante una sola sonrisa de desprecio.

hojas. ¿Quién no ha visto esto, que acontece con harta frecuencia?
Pues lo mismo sucede con la vanidad. Toda su austeridad, todo su orgullo, todas sus necias pretensiones, caen por tierra ante una sola sonrisa de desprecio.

LA DESVERGÜENZA.

El descubrimiento de la desvergüenza es uno de los más útiles y más provechosos, entre todos los descubrimientos conocidos.

La desvergüenza obsequia á cuantos solicitan sus favores con cierto maravilloso barniz, el cual sirve para que se froten el rostro las personas que se echan en brazos de la desvergüenza, hasta conseguir que la fisonomía adquiera la expresion conveniente y adecuada al fin que cada uno se propone.

La desvergüenza salva todas las dificultades por grandes y complicadas que sean.

Es el gran elemento de nuestros dias.

Es la encargada de satisfacer las necesidades creadas por el lujo.

Es, en fin, una especie de talisman que po-

see la virtud de acercarnos á los poderosos y de alejarnos de la miseria.

¡Oh poder de la desvergüenza!

Escudado, lectores míos, con vuestra benevolencia, voy á permitirme ofreceros el retrato fotográfico de algunas de las personas que tratan con verdadera intimidad á la desvergüenza.

No olvidemos que los que consiguen llegar á familiarizarse con la audacia, tienen muchísimo adelantado para contraer íntimas relaciones con la desvergüenza, porque la desvergüenza y la audacia son primas hermanas.

Ahora bien: tened mucho cuidado y no os espongaís á ser atropellados por los briosos caballos de aquel magnífico coche, en donde vá cómodamente repantigado un elevadísimo personaje.

Es una verdadera curiosidad la historia de aquel hombre.

Sin otro norte que su ambición, ni otro apoyo que el que se desprende del conocido adagio *de audaces es la fortuna*, tuvo habilidad bastante para elevarse desde el humilde puesto de dependiente en una peluquería de provincia, á los blandos almohadones de una aristocrática carroza.

Es lo que se llama un hombre de verdadero talento.

Bien es verdad que mientras fué dependiente de un peluquero, desempeñó su cometido tan á conciencia y tan á gusto de cuantos se pusieron en sus manos, que nada dejó que desear.

Con dificultad se hubiese encontrado por entonces otro más á propósito que nuestro hombre para ganarse las simpatías de cuantos le trataban, á lo cual debió contribuir indudablemente la manera especial que tenia de lavar la cara á los parroquianos.

Era un mozo de muchísimo provecho, y aunque en el día gira en una esfera completamente distinta, no por eso ha perdido nada de su mérito primitivo.

Hay hombres que sirven para todo.

Por eso precisamente, cuando el intrépido aprendiz de peluquero se cansó de manejar las navajas y las tijeras, se dedicó,—completamente de acuerdo con la desvergüenza,—á toda clase de negocios y á todo género de especulaciones, llegando á colocarse, á fuerza de tiempo y de paciencia, en una bonita posición.

Desde el humilde puesto de escribiente de fajas en la redacción de un periódico, hasta el honorífico y codiciado de padre de la patria, no ha habido cargo ni plaza que no haya desempeñado, proyecto que no haya acogido, ni empresa en que no se haya mezclado.

En el día no tiene otra aspiracion que la de ser ministro.

Es uno de los infinitos candidatos que hacen su presentacion en cuanto oyen hablar de una cartera vacante.

Y en mi concepto, semejante aspiracion tiene mucho de legitima, porque la verdad es que el hombre de que se trata, reúne cuantas circunstancias se exigen para desempeñar el cargo que ambiciona.

Y creo asimismo, que tarde ó temprano, se saldrá con la suya, pues no hay que olvidar que el que forma el firme propósito de conseguir una cosa, rara vez se queda sin ella.

Por otra parte, eso de llegar á ser ministro no es una cosa tan difícil como parece.

Lo primero que la desvergüenza encarga á sus adoradores, es que no reparen nunca en los medios con tal de conseguir los fines.

Hé aquí un encargo que no lleva malicia.

La desvergüenza, y solo la desvergüenza, trasformó en capitalista al dependiente de un modesto peluquero.

Esto se llama hacer las cosas en regla!

Escuso deciros, lectores míos, que la trasformacion no hubiese tenido lugar sin el famoso barniz de que os he hablado antes.

— Ahora tomaos el trabajo de levantar un po-

co la vista si quereis distinguir sobre el balcon de aquel piso segundo una muestra más negra que el alma de Caifás, y en la cual aparecen, escritas con grandes letras, las siguientes consoladoras palabras: *Se presta dinero sobre alhajas y ropas en buen uso.*

Las bien combinadas letras de aquel magnífico letrero, llevan variadas y encantadoras esperanzas á todos los bolsillos vacíos.

Aquellas letras,—para decirlo con más claridad,—son una esperanza perpétua á disposicion de todo el que pasa por la calle.

Son las encargadas de advertir al público el sitio en donde se oculta el remedio de las necesidades de cada individuo.

Son el alivio del pobre y una mina de oro para todo prestamista.

Son... pero ¿quién es capaz de saber todo lo que representan ó significan aquellas letras, cuyo mudo lenguaje está resonando siempre en los oídos del que tiene necesidad de quedarse sin camisa?

El piso segundo de que vamos hablando, es uno de los grandes centros elegidos por la desvergüenza, para ejercer sus más importantes funciones; y el rey de aquella habitacion, que reconoceremos ahora, aunque muy á la ligera, es... un prestamista.

Venid conmigo, amados lectores, y exami-

naremos, sin pasar de la puerta; la morada del que, llevado de un vehementísimo amor al prójimo, tiene todo cuanto posee á disposición del primero que llega.

¡Vedle allí!...

¡Mirad qué aspecto tan digno de estudioso! ¡Mirad qué fisonomía... qué fisonomía de prestamista!...

Es un hombre de tanto carácter y de tanto dominio sobre sí mismo, que no consintió jamás que asomara una sonrisa á sus labios, ni una lágrima á sus ojos.

Allí le teneis... Ved como, á favor de unas inmensas gafas verdes, hojea un mugriento libro de caja, en donde aparece la cifra de sus *miserables* ahorros.

Por cualquiera parte que tendais la vista, encontrareis los restos de pasadas fortunas, amontonados en un completo desorden.

Sobre las sillas, sobre las mesas, y hasta rodando por el suelo, se descubren innumerables objetos de todas clases, que están diciendo á gritos: «En este cuarto habita un prestamista.»

Pero el prestamista permanece impassible.

Las matemáticas le han cautivado siempre, y los números le tienen absorto.

Abrid calle, lectores míos, para que pase esa pobre mujer, que, con un pequeño lio de ropa debajo del brazo, quiere penetrar en la ha-

bitacion del que sirve de pasto á nuestra curiosidad en este momento.

A juzgar por el aspecto miserable de la infeliz que acaba de presentarse á nuestros ojos, sus relaciones con el prestamista no deben ser modernas.

Es una pobre mujer que solo posee dos vestidos; el que lleva puesto y otro que por temor, sin duda, á que se le roben, vá á ponerlo bajo la custodia del prestamista.

Pero... ¿por qué llora? ¿No veis las lágrimas que se desprenden de sus ojos? ¿No advertís la angustia que se retrata en su demacrado semblante?

¡Ah! lo comprendo todo!... Llora de gozo, llora de gratitud, porque la pobre mujer sabe ya por experiencia, que ese hombre tan sério y tan insensible, al parecer,—que se llama prestamista,—no solo se constituye en fiel guardador de lo que se le entrega, sino que además socorre con dinero á cuantos necesitan de tan poderoso auxilio.

Los caritativos sentimientos de nuestro hombre, le obligan á velar constantemente por los desgraciados.

Puede decirse que es la Providencia de los pobres.

Sin otro fin que el de ser útil á sus semejantes, se hizo prestamista.

¡Qué conciencia la suya!...

¡Solo presta al 200 por 100!...

La desvergüenza, lo mismo penetra en los palacios que en el humilde aposento del prestamista; tan pronto se presenta en los templos, como se deja ver en medio de la calle ó en una casa de juego.

Doña Tecla y sus dos hijas, Mercedes y Sofía, concurren diariamente, y hasta las altas horas de la noche, á una casa de *tono*, que no por ser de *tono* y haber escapado hasta ahora á las escudriñadoras miradas de la policia, deja de ser una casa de juego.

Sobre el tapete verde de aquella frecuentísima morada, se eleva un magnífico trono, levantado por el dueño de la casa, con destino á su inseparable amiga la desvergüenza.

Es una cosa digna de verse.

Doña Tecla cree que las jóvenes necesitan tener cierta experiencia del mundo, para no verse expuestas á ser engañadas por los hombres, lo cual es una creencia como otra cualquiera.

Quién sabe si en el sistema original de doña Tecla, podrá ir envuelta la segunda idea de que las mujeres engañen á los hombres, en vez de ser engañadas por ellos!

Mercedes y Sofía, aleccionadas y dirigidas por su *cariñosísima* madre,—que hay madres que *sirven para todo*,—abrigan el convencimiento profundo de que todo aquello que no aparece á la vista, no sirve para maldita la cosa.

Y hé aquí la razon de que para las hijas de Doña Tecla no existan otras *prendas* que las prendas de vestir, ni otros sentimientos que los que inspira la sociedad en que viven.

Quitad á Mercedes y á Sofía de ejercer su *raro talento* en los círculos que ordinariamente frecuentan, y las pobres muchachas no servirán para nada, absolutamente para nada.

En cambio, y váyase lo uno por lo otro, se pintan solas para jugar una *vaca*, y no hay nadie que las aventaje en habilidad cuando se trata de *levantar muertos*.

Doña Tecla, fiel á su sistema de que las jóvenes adquieran cierta experiencia que las coloque en *camino seguro*, como ella dice, se guarda muy bien de ejercer sobre sus hijas ninguna clase de vigilancia, dejándolas, por el contrario, en una completa libertad.

Por eso Mercedes y Sofía, dejándose llevar de sus naturales inclinaciones, se ocupan durante la noche en seguir con anhelante mirada los movimientos todos del que dirige el tinglado de la casa de juego, rindiendo así, por su

parte, un tributo de admiracion y de respeto á la desvergüenza.

Otras veces se entretienen en amorosa plática con algun *caballero de industria* ó con algun *viejo verde*, de los infinitos que en este siglo positivista se dedican á *verlas venir*.

Lo que las niñas desean es no *perder el tiempo*.

Doña Tecla es la primera que celebra las inocentes travesuras de sus hijas, y la que las prepara el terreno para que puedan despues hacer, con mayor facilidad, alguna provechosa *conquista*.

Si en semejante proceder hubiera algo digno de censura,—que no lo hay ciertamente,—lo disculparia de seguro la aficion al oro, y doña Tecla es insaciable cuando se trata de cojer dinero.

Por fortuna, las minas de la desvergüenza son inagotables, y debajo del tapete verde de cada casa de juego se oculta un filon abundantísimo.

Lo que hace falta es *saberlo explotar*; y las apreciabilísimas señoras de que vamos hablando, lo ejecutan á las mil maravillas, gracias al famoso barniz de la desvergüenza.

Doña Tecla y sus *industriosas* hijas, ¿concluirán por colocarse en medio de la opulencia, ó irán á parar al duro lecho de un hospital?

Acaso llegue á tener lugar lo primero; pero hallo mucho más fácil que se realice lo segundo.

Como la desvergüenza se ha extendido por todas partes, el que quiera encontrarse con ella, el que desee contemplarla de cerca, no tiene más que echarse á la calle.

Fijad vuestra atención en esa masa de carne y hueso que se agita en todas direcciones y que se llama público, y os bastarán muy breves instantes para convenceros de la verdad de lo expuesto.

Desde luego hallareis por las calles mujeres de muy dudosa conducta, que al hacer gala de un lujo deslumbrador, insultan y escandalizan á la pobreza honrada.

Hallareis asimismo algunas otras dedicadas á la entretenida ocupacion de guiar niñas inespertas por el camino del vicio.

Tropezareis con hombres que, á juzgar por su traje, pertenecen al número de las personas decentes, y que, sin embargo, carecen de toda decencia.

Hombres, para los que no hay más Dios que el *negocio*, por estar en la idea de que el dinero es la sabiduría, y la hermosura, y la felicidad.

Por las calles encontrareis tambien muchas

pequeñas miserias que crecen y se desarrollan á la sombra de la desvergüenza.

Mucho lujo que no se sabe de dónde sale.

Mucha avaricia que nunca se ve satisfecha.

Muchas asquerosas pasiones.

Muchos vicios disfrazados de virtudes.

Muchas virtudes, próximas á desaparecer arrastradas por el vicio. —

Con frecuencia oireis hablar de moralidad al hombre de más depravada conducta.

De respeto á la propiedad, al que crea como Proudhon, que *la propiedad es un robo*.

Al avaro de desinterés.

Al egoísta de abnegación.

Al usurero de amor al prójimo.

Al petardista de probidad y de buena fe.

Pero como la desvergüenza todo lo autoriza y todo lo disculpa, no os causará de seguro ni la más pequeña sorpresa el que ciertas palabras salgan de ciertos labios.

La desvergüenza se cubre muchas veces con el manto de la hipocresía para mejor conseguir sus fines.

La desvergüenza es una gran cosa!

LA SEMANA SANTA.

Una gota de hiel no falta nunca en el fondo de la alegría, así como un destello de oculta felicidad se refleja casi siempre en la más sombría tristeza.

Esto mismo nos lo ha dicho ya Eulogio Florentino Sanz en aquellos dos versos de su magnífico drama *D. Francisco de Quevedo*:

«como su llanto el placer,
tiene su risa el dolor.»

Entre la alegría que acaba en llanto y la tristeza que concluye por dibujar en nuestros labios una apacible sonrisa, parece que la elección no debería ser dudosa; pero la generalidad, sin embargo, opta por lo primero.

Yo no lo extraño.

Hablad á un ciego de nacimiento de los be-

llisimos cambiantes que toman los rayos del sol cuando asoma por Oriente, ó de los pálidos resplandores del crepúsculo de la tarde, y no logrará entenderos.

ob Ponderad al hombre que no haya visto nunca el mar, el espectáculo imponente y magnífico que presenta el Océano, y se encogerá de hombros.

ob Decid al que tenga la desgracia de no haber conocido á la mujer que le dió el sér, qué inmensos tesoros de abnegacion y de ternura se encierran en el corazon de una madre, y creará que exagerais.

ob Hé aquí tres ejemplos que demuestran de una manera clara lo que sucede con la alegría y con la tristeza.

ob No es posible apreciar debidamente lo que no se posee, lo que no se vé, lo que no se admira.

ob La persona que haya pasado toda su vida riendo, será capaz hasta de negar la existencia de las lágrimas.

¿Qué podrá decirnos acerca del sentimiento el que no haya nacido para sentir?

Es necesario convencerse de que hay muchas cosas que no se compran, que no se heredan, que no se conquistan.

ob Y bien considerado, la cuestion es sencillísima: es una cuestion puramente de naturaleza.

No todas las organizaciones sienten de la misma manera, ni todos los corazones laten bajo las mismas impresiones, ni bajo dos mismos afectos.

Aquellos de mis lectores que estimen en lo que vale esa tristeza del alma que todo lo embellece y que permite ver por un prisma menos mezquino las flaquezas humanas; aquellos que, en vez de aburrirse, sueñan y se estremecen de placer escuchando la *Sonámbula* de Bellini, ó la *Luccia* de Donizetti, dígame por favor, si reunida toda la alegría de los días más alegres del año, podrá nunca llegar á compararse con la tristeza contemplativa y conmovedora que encierra la Semana Santa.

¡Qué magníficos son esos siete días, que hacen que nuestra memoria se ilumine con la inextinguible luz de los recuerdos!...

Parece que por todas partes vemos levantarse la gran figura del que se ofreció como víctima para salvar al género humano.

El sublime misterio de la Redención viene á pedirnos una lágrima y un recuerdo.

¿Seremos tan ingratos que nos atrevamos á negar ambas cosas?

II.

Hay ciertos días en el año que convidan á la meditación.

La naturaleza entera parece que se recoge dentro de sí misma, temerosa de turbar con su constante y universal movimiento el solemne y característico silencio de la Semana Santa.

¿Pero de dónde nace esa dulce melancolía que se retrata en todos los semblantes, ese religioso recogimiento con que discurren las gentes por las calles de Madrid?

Hay una luz que solo vemos con los ojos del alma, y que, cual luminoso faro, nos conduce á puerto de salvación.

Luz cuyo resplandor consideramos necesario para el buen éxito de todos nuestros negocios, de todas nuestras empresas.

Luz que se amortigua con facilidad, pero que no muere nunca.

Luz, en fin, que nos permite distinguir y admirar al que, lleno de misericordia y poseído de una caridad sin límites, se hizo hombre y sufrió con una resignación que no es posible describir, la muerte más cruel y más afrentosa.

Esa luz, queridos lectores, es la fé.

La fé que, durante la Semana Santa, llama á todas las puertas, porque quiere anidarse en todos los corazones.

La fé, que es una parte de la herencia que nos dejó al espirar el que por la humanidad dió hasta la última gota de su sangre.

La fé... pero ¿á qué me canso cuando la veis resplandecer por todas partes?

El tiempo es santo, y la fé descende del trono de Dios, y flóta en el aire que respiramos; y se refleja en todas las miradas.

¿Pero es verdad todo lo que vemos?

¿No hay nada de aliño ni de compostura en tantos rostros oscurecidos por la tristeza?

¿Obedecemos únicamente á un sentimiento de compasion y de acendrada y pura gratitud, ó tenemos el dominio suficiente sobre nosotros mismos para descomponer nuestros semblantes al constituirnos en esclavos de una costumbre?

Ah queridos lectores!... Dios se sacrificó por la humanidad, y la humanidad será siempre ingrata para con su Dios.

Tal vez la ingratitud de los hombres fué la espina más punzante que atravesó el corazón del Redentor del mundo.

Pero estaba escrito, y lo escrito por Dios tenía necesariamente que cumplirse.

La humanidad acostumbra, por efecto de su pequeñez, á negar todo aquello que no comprende, ó por lo menos, á ponerlo en duda.

Por eso la fé, principalmente en las grandes ciudades, no consigue albergarse en todos los corazones.

Las capitales populosas, y Madrid sobre todo, merecen un detenido estudio.

En Madrid no falta absolutamente nada: todo se encuentra de sobra.

En Madrid hay muchos hombres que pretenden pasar por *grandes*, siendo muy pequeños.

Hay muchos dedicados exclusivamente á hacer política, cuyo inocente entretenimiento es hoy una industria como otra cualquiera. Y;

Muchas medianías, y hasta nulidades, ocupando elevados puestos, que no merecen, y á los que nunca debieron haber llegado.

Muchos hombres honrados que se mueren de hambre.

Muchas sonrisas en rostros que jamás se vieron teñidos por el carmin de la vergüenza.

Mucha adulación, mucha avaricia, mucho descaro, mucha ignorancia.

Muchos maridos que hacen desgraciadas á sus mujeres, y muchas mujeres que engañan á sus maridos.

No faltan tampoco usureros que viven de la sangre del prójimo.

Hipócritas que creen engañar á los demás, y solo consiguen engañarse á sí mismos.

Hombres que hacen traición á la amistad.

Mujeres que dicen lo que no sienten.

En Madrid hay también mucha miseria oculta bajo un exterior factuoso y deslumbrador.

Hay muchas fortunas improvisadas y mucha gente que pide limosna.

Muchas honras de venta y muchas conciencias de adorno.

Todo esto, y más que no menciono, se encuentra de sobra en Madrid, y... por todo el mundo,

¿Y de qué se carece?.. Eso yo no me atreví á decirlo.

Adivínenlo aquellos de mis lectores que recuerden con verdadero dolor la historia del Crucificado.

III.

La humanidad en el siglo XIX, es una copia fiel y exacta de lo que ha sido en todos los siglos.

El oro y el oropel aparecen confundidos, como confundidos vemos por todas partes los vicios y las virtudes.

El Rey de reyes, la víctima inocente, el cordero sin mancilla, está pendiente todavía del sagrado madero llorando la ingratitud del género humano.

Por eso la Iglesia, que deplora nuestras debilidades más que nosotros mismos, nos recuerda todos los años, desde hace diez y nueve siglos, lo que muchas veces no queremos oír, ó nos complacemos en olvidar.

La Iglesia, esa madre tierna y cariñosísima, que lee en nuestros corazones, se estremece de dolor al observar que en la tristeza de nuestros semblantes hay mucho de hipocresía.

Para la generalidad de los hombres políticos, para la mayor parte de los hombres de negocios, la Semana Santa es una semana perdida.

Y es indudable, por desgracia, que el lúgubre silencio que por todos lados nos rodea, tiene mucha semejanza con el *¡Hosanna! ¡Hosanna!* con que recibieron los judíos á Jesucristo cuando se presentó á las puertas de Jerusalén.

En muchas ocasiones, el silencio es más elocuente que las más elocuentes palabras.

Los judíos, para celebrar la entrada de Jesús en Jerusalem, poblaban el aire con gritos de alegría, y alfombrando con flores, palmas y ramos de oliva el camino por donde el Redentor habia de pasar, decían:

—«¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!... ¡Él es hijo de David, rey de Israel!»

Poco despues de aquella misma turba entusiasmada, de aquella gozosa multitud, salieron los verdugos que osaron poner sus impías manos en el Autor de la luz y de la vida.

Nosotros no repetimos, es verdad, aquellas palabras de los judíos, que son el más negro y el más abominable de los sarcasmos; pero se-

guimos las huellas de los que las pronunciaron.
 La infame raza de aquellos verdugos durará tanto como el mundo.

Jesús continúa padeciendo despues de haber derramado inútilmente hasta la última gota de su sangre.

El cruento drama está representándose todavía.

Aún hay en la tierra Judas que venden y Pedros que niegan.

Pérfidos criados dispuestos á todas horas á estampar sacrílegas bofetadas en la sagrada mejilla del Salvador.

Almas empedernidas y corazones metalizados para los que nada significan aquellas sublimes palabras que pronunció el divino Maestro, al verse cruelmente maltratado por uno de los satélites del infame Caifás:

—«Si he obrado mal, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?»
 No es posible imaginar una ternura más admirable, ni una bondad más infinita.

Qué terrible contraste forma la humildad de Jesús con nuestra estúpida soberbia!

Entre la humanidad hay todavía muchos que, habiendo nacido para el bien, concluyen por ser esclavos del mal.

Hombres de carácter débil y miserable, que pasan su vida en criminales vacilaciones, sien-

do, por lo tanto, impotentes para impedir que el error triunfe de la verdad y que la virtud se vea vencida por el vicio.

Hombres, en fin, que, acosados por los gritos de la conciencia, pretenden regenerarse con un poco de agua, y se lavan las manos como Pilatos.

Los pecados de la humanidad hicieron necesario un sacrificio; pero faltaba la víctima, y entonces el mismo Dios bajó á colocarse en medio de los hombres.

Es decir: El crimen quedó á salvo, y la inocencia sufrió el castigo.

Hay acciones tan heroicas, tan elevadas, tan sublimes, que no las comprendemos.

¿Y qué exigió nuestro dulce Redentor en pago del espantoso sacrificio á que iba á someterse? Ahora lo veremos.

Jesús sufrió resignado y tranquilo toda clase de dolores, todo género de humillaciones y de afrentas.

Nada era bastante para hacerle desistir de su caritativo propósito, porque estaba escrito también que Jesús apuraria hasta la última gota del cáliz de la amargura.

Y solo cuando el fatál momento se aproxi-

maba, y el penoso sacrificio iba á quedar consumado, fué cuando el Señor, dirigiéndose á la asquerosa turba que le rodeaba, dijo con voz apagada por efecto de los dolores:

—«¡Tengo sed!»

Pero al decir —tengo sed,— no pedia agua, pedia la recompensa por su abnegacion al hacerse cargo de los pecados de los hombres.

—«¡Tengo sed!...» decia el Salvador, ó lo que es lo mismo: «Ved cuánto sufro sin que un jay! se escape de mis lábios, ni un movimiento de impaciencia os anuncie lo mucho que padezco.

»Tengo sed; pero todo lo doy por bien empleado, porque vuestra salvacion depende de mi muerte.

»Tengo sed de que, comprendiendo vuestros deberes y la importancia del servicio que os presto, desterreis la ingratitud de vuestros corazones.

»Tengo sed de que luzca para vosotros el sol de la verdad y de la justicia.

Y »Tengo sed de que la ternura se retrate en todos los semblantes, y de que brillen en todos los ojos las lágrimas del arrepentimiento.

»Tengo sed de amor, porque mi amor á la humanidad es lo único que me tiene en este sitio afrentoso.

»Yo he dado ya todo el amor que poseia;

pagadme vosotros en la misma moneda: dadme amor.»

Hé aquí lo único que nos exigia, lo único que pedia tan encarecidamente el Justo por excelencia: amor.

Necesitaba amar y ser amado.

Pero ¡ay! aquella chusma miserable inventó un nuevo ultraje, una nueva ofensa.

¿Habeis visto alguna vez que el amor esté representado por una esponja empapada en hiel y vinagre?

Pues ese fué el amor que los hombres aplicaron á los divinos labios del Señor de los señores.

La crueldad habia llegado á su colmo.

Aquella esponja estaba destinada á seguir á la humanidad, para presenciarse todos sus desaciertos, todas sus miserias, todas sus iniquidades.

Aquella esponja *está sirviendo todavía.*—

Pero lo verdaderamente admirable fué la humildad y la paciencia de que se revistió el Redentor al recibir el último ultraje.

¡Qué inmensa y qué incomprensible es la misericordia de Dios!

Porque ¿quién sino Dios, por efecto de su amor á la humanidad, hubiera tenido fuerza bastante para decir, en medio de los tormentos de su pasión dolorosísima:—«Padre mio, perdónalos, pues no saben lo que se hacen?»—

¡Ved qué manera tenía de vengarse el que, con solo una palabra, hubiera podido convertir en polvo á todos sus enemigos.

—Pero al amorosísimo Jesús no le parecía, sin duda, suficiente la súplica dirigida al Eterno Padre: necesitaba dar una prueba pública de que perdonaba á todos los que le habian ofendido, á los mismos que le crucificaron.

Un rayo de la gracia divina penetra de repente en el corazon de Dimas.

¡Dichoso momento aquel en que los augustos labios del Dios de Israel se abrieron para pronunciar palabras de caridad y de perdón!

—El buen ladrón contempla un momento el hermoso rostro del Señor, y con voz balbuciente, por el temor de no ser oido, exclama:

—«Acuérdate de mí cuando estés en tu reino.»

—«Hoy serás conmigo en el Paraiso,»—fué la contestacion de Jesús Nazareno.

¡Ay lectores!—Ante el recuerdo de tan grandioso espectáculo, la razon se ofusca y el corazon se oprime.

La inteligencia humana no llegará nunca á apreciar, en su justo valor, ninguno de los preciosos detalles en que abunda el gran misterio de la Redencion.

Yo, por mi parte, me apresuro á dar por terminadas estas líneas, temeroso de empañar con mi tosca pluma la sublimidad y la grandeza de tan elevado misterio.

LA JUVENTUD Y LA PRIMAVERA

Es indudable que la reina de las estaciones del año y la época encantadora de la juventud, conocida también como la más deliciosa de las estaciones de la vida, son dos hermosísimas primaveras, que aparecen unidas por una serie de perfectas relaciones. ¿Qué es lo que nos ofrece la primavera—brisa y flores, amor y dulces recuerdos? ¿Y la segunda—ilusiones y esperanzas, amores y años? La primavera nos embriaga con el perfume de sus brisas para que no nos acordemos de los tristes días del invierno. La juventud cuida mucho de robarnos de encantadoras ilusiones que á su capricho nos empujan y nos arrastran, sin dejar nunca de fascinarlos.

Yo por mi parte, me apresuro á dar por terminadas estas líneas, temeroso de encontrar con mi tosca pluma la simplicidad y la grandeza de tan elevado misterio.

LA JUVENTUD Y LA PRIMAVERA.

Es indudable que la reina de las estaciones del año y la época encantadora de la juventud, conocida también como la más deliciosa de las estaciones de la vida, son dos hermosísimas primaveras, que aparecen unidas por una semejanza perfecta.

¿Qué es lo que nos ofrece la primera?—Brisas y flores, amor y dulces recuerdos.

¿Y la segunda?—Ilusiones y esperanzas, amores y sueños.

La primavera nos embriaga con el perfume de sus brisas para que no nos acordemos de los tristes días del invierno.

La juventud cuida mucho de rodearnos de encantadoras ilusiones que á su capricho nos empujan y nos arrastran, sin dejar nunca de fascinarnos.

La primavera nos presenta bellísimas y variadas flores para que olvidemos más fácilmente la estación de los hielos y de las nieblas.

La juventud nos ofrece á todas horas la inapreciable flor de la esperanza, que es una preciosísima flor que nunca muere.

La primavera nos habla de amor, valiéndose de las tórtolas y de los ruiseñores.

La juventud cifra en el amor todo su encanto, y toda su delicia: la juventud es esclava del amor, y el amor, esencia purísima de todo lo bello, engrandece y purifica y salva.

La primavera se atavía con las mejores galas de la naturaleza, para merecer todos nuestros elogios y todas nuestras atenciones.

La juventud nos adormece con fantásticas quimeras que nos permiten ver allá, en lontananza, el bello ideal de nuestras ilusiones y el reflejo de la felicidad soñada.

¡Benditas sean la estación de la primavera y la primavera de la vida!

Pero ¡oh fatalidad!... toda una serie de tristes reflexiones empieza á cruzar por mi imaginación.

No sé por qué me ocurre pensar en este momento que el sol de la juventud tiene también su ocaso como el sol de la primavera.

Nubes del cielo y nubes del alma, ¡qué parecidas sois!

La primavera es una pobre muchacha que, confiada en la bondad de sí misma, vá cruzando el mundo sin reparar en los escollos que la rodean.

Inocente y sencilla, no comprende las asechanzas que por todas partes la tienden.

Ella alfombra de flores el camino que recorre para que otra estación venga despues, y con mano despiadada las convierta en polvo.

¡Pobre primavera!... Tú embelleces el mundo con tus brisas y con tus flores, y tu existencia, no obstante, es sumamente breve.

¿Por qué tu reinado no habia de ser eterno?

Tu atraviesas por esta vida derramando beneficios y recogiendo bendiciones.

Estación de la primavera y primavera de la vida, ¿por qué pasais tan pronto?

¿Por qué cuando habeis desaparecido se llenan de lágrimas nuestros ojos y de recuerdos nuestros corazones?

¿Por qué despues de habernos abandonado, ofreceis á nuestras tristes miradas el fantástico panorama de mejores dias?

¡Dichosos, sin embargo, los que al llegar al otoño de la vida, pueden llevar á la memoria los alegres recuerdos del tiempo pasado!

¡Dichoso el que puede decir.—«Yo gusté de las delicias de la juventud; yo fui feliz cuando la vida me sonreia por todas partes!

Pero ¡ay de los que no hayan conseguido jamás ver realizados sus más ardientes deseos!...

¡Ay de los que hayan tenido que ahogar dentro de su corazón hasta las más puras é íntimas afecciones!

¡Ay de los que no hayan disfrutado nunca de la primavera de la vida!...

EL AMOR AL PRÓJIMO.

Reflexionando sobre el amor al prójimo se observa una cosa sumamente original.

Las dos terceras partes, cuando menos, del género humano, comprenden el amor al prójimo de distinta manera.

En este punto no hay medio de saber á qué atenerse.

No es posible ponerse de acuerdo cuando se trata de amor al prójimo.

¡Parece mentira!...

Las cosas más sencillas, son precisamente las que practicamos con mayor dificultad.

Renunciamos muchas veces á los dulcísimos goces del alma, por dejar satisfechas las mezquinas exigencias del cuerpo.

Cerramos los ojos por no ver la felicidad que

tenemos al alcance de nuestra mano, y pasamos la vida corriendo en pos de dorados fantasmas, para recoger, por último, amarguras y decepciones.

¡Parece mentira!

Convengamos en que la humanidad será siempre la misma.

Si los que no saben ó no quieren amar al prójimo se persuadieran de que el que no ama á sus semejantes no se ama verdaderamente á sí propio, de otro modo marcharian todas las cosas.

Y con esto se prueba hasta la evidencia que el egoísmo acompaña á la humanidad por todas partes.

Hay muchas personas que no pueden permitirse amar al prójimo, porque les falta tiempo para amarse á sí mismas.

Si me propusiera, queridos lectores, daros á conocer los infinitos ejemplos de falso amor al prójimo que nos ofrece el mundo á todas horas, no concluiria nunca.

No hay ninguno que, al parecer, ame tanto al prójimo como el hipócrita.

El amor del hipócrita tiene mucha semejanza con las lágrimas del cocodrilo.

Una forzada sonrisa empleada á tiempo, y una fingida expresion de dolor, consiguen engañar al más experto.

Los hipócritas aman al prójimo vendiendo á sus mayores amigos.

Como en el mundo hay gente para todo, existen muchos pareceres, y son muchas las maneras conocidas de amar al prójimo.

En el mundo no falta, desgraciadamente, quien, valiéndose de una calumnia grosera, lleva la intranquilidad y la muerte al seno de honradas familias.

Hay muchos que explotan el sudor del pobre y comercian con la miseria de sus semejantes.

No falta tampoco quien, con una palabra intencionada, ó con un chiste de mal género, echa por tierra la reputacion de una mujer.

Hay asimismo quien se enriquece en muy poco tiempo, estafando á sus deudos ó á sus amigos.

Existen muchos que se complacen en presentar como objetos de irrision y de burla á respetabilísimas personas, por el solo placer de realizar estúpidas venganzas.

Hay tambien quien cierra los oidos á las justas demandas de la indigencia, ó contesta con una cinica carcajada á los clamores de los que sufren.

En el mundo, como he dicho antes, hay gente para todo.

Ahora bien: á los que así obran, á los que

tan villanamente se conducen, preguntadles si aman al prójimo, y os contestarán que le aman como á sí mismos.

¡Cuidado qué modos tan extravagantes hay de amar al prójimo!...

Y lo particular no es eso: lo particular es que los indiferentes, los egoistas de profesión, se rien de los que se atreven á amar al prójimo de otra manera que como ellos le aman.

Se mofan de los que sienten algo dentro de su corazón, de los que no son dueños de contener las lágrimas ante las desgracias ajenas.

El secreto de las anteriores líneas está en la vergüenza de cada uno.

Pero afortunadamente, existen todavía personas que practican la ley de Dios con una escrupulosidad admirable.

Hay todavía quien prefiere el gozo que resulta de una buena acción, á todos los tesoros de Creso.

Tenemos entre nosotros muchos que, para amar al prójimo, se ocultan en los hospitales, en los hospicios ó en miserables bohardillas, sin otro afán ni otro deseo que el de proporcionar algún consuelo al huérfano desamparado, á la viuda desvalida, al anciano enfermo.

Hay quien desoye la calumnia y desprecia á los calumniadores, y quien sabe guardar un secreto y respetar las flaquezas de sus semejan-

tes, flaquezas que, por grandes que sean, siempre le parecen pequeñas en comparación de las suyas.

En una palabra: en el mundo no falta quien cumple la ley de Dios, como Dios quiere que se cumpla.

Y para ello no es necesario ningún sacrificio, puesto que no hay nada tan dulce como el interés que despierta en las almas nobles el relato de un infortunio, de una desgracia cualquiera, que urge por momentos remediar.

Es el interés que nos hace desafiar el peligro, y abandonar nuestras comodidades y olvidarnos de nuestras penas.

Es el interés que concluye por inspirarnos una buena acción para recoger en cambio una lágrima ó una sonrisa de gratitud. ¡Ah! ¡El amor al prójimo lleva en sí mismo la recompensa!

¡Para qué más premio que la satisfacción que experimentamos, remediando verdaderas desgracias, ó guardando á los demás las consideraciones y el respeto que deseamos nos guarden á nosotros mismos!

En el mundo, sin embargo, se suele llamar hipócritas á los que así se conducen.

Más nó hay que apurarse.

Es un desahogo como otro cualquiera.

Bastante trabajo tienen los que nacen para

ocuparse exclusivamente de sí mismos, y pasan la vida sin llegar á comprender la sublimidad y la grandeza que se encierran en la palabra de Dios.

Pero antes de concluir, séame permitido reflexionar un poco sobre el asunto, porque empiezo á sospechar que los que aman al prójimo á su manera son merecedores de alguna disculpa.

Reflexionemos.

Dios, con ser Dios, no tuvo, por lo visto, presente, al marcar á los mortales sus deberes acá en la tierra, que habia de llegar un día en que debiéramos á los ingleses un magnífico descubrimiento.

Andando el tiempo, la civilización empezó á hacer de las suyas, y los ingleses dijeron:— «El tiempo es dinero.»

—«¡Santa palabra!...» exclamaron los hombres, mirándose con verdadera estupefacción los unos á los otros, como si salieran de un largo letargo.

Desde entonces el dinero empezó á llamar á todas las puertas.

La importancia de semejante descubrimiento, solo puede compararse con el filon de una mina.

El oro, si se empeña, consigue convencer-nos hasta de los mayores absurdos.

¡El tiempo es dinero!.. ¡Pues ahí es nada!..

Así como el viajero, después de emplear toda una noche en salvar riscos y cruzar valles, advierte con profundísimo dolor al despuntar los primeros albores de la mañana, que se ha extraviado y que tiene necesidad de deshacer el camino recorrido durante la noche, de la propia manera una gran parte de la humanidad, al saber que el tiempo y el dinero eran una misma cosa, comprendió que había marchado por mala senda, y se dispuso á recuperar en lo posible el tiempo perdido.

Preciso es confesar, que si hemos triunfado de nuestro error, lo debemos solo á la sabiduría de los ingleses.

Los ingleses han venido á demostrarnos que el tiempo invertido en amar al prójimo es un tiempo completamente perdido.

—«Amad á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á vosotros mismos,»—dijo el Salvador del género humano.

Pero en aquel tiempo, el mundo estaba tan atrasado, que aún le faltaba mucho para soltar los andadores.

En el día ya es otra cosa. Las densas tinieblas en que vivieron sumidas las generaciones pasadas, han desaparecido ante las luces del siglo actual.

Hoy aquellas divinas palabras han sido sustituidas con las siguientes:

—Amese el hombre á sí mismo de la mejor manera que pueda, sin cuidarse para nada, ni de Dios, ni del prójimo.

¿Habrá todavía quien se atreva á negar que progresamos?

LA MODA Y LAS MUJERES.

La moda y la mujer están tan perfectamente unidas que jamás se separa la una de la otra. La moda se agita en derredor de la mujer, como la mariposa en derredor de la flama. Todas las atenciones de la moda son para la mujer, así como la mejor sonrisa de todas las mujeres es siempre para la moda.

La moda se presenta en todas partes, porque necesita dar á conocer hasta el menor de sus caprichos, y hasta la más pedregosa de sus innovaciones.

La moda no se recata nunca; y tal vez, por eso algunas de las personas que la siguen más de cerca y que se creen en el deber de imitarla, no se recatan tampoco.

Hubo un día en que la moda, temiendo que

LA MODA Y LAS MUJERES.

La moda y la mujer están tan perfectamente unidas que jamás se separa la una de la otra.

La moda se agita en derredor de la mujer, como la mariposa en derredor de la llama.

Todas las atenciones de la moda son para la mujer, así como la mejor sonrisa de todas las mujeres es siempre para la moda.

La moda se presenta en todas partes, porque necesita dar á conocer hasta el menor de sus caprichos, y hasta la más pequeña de sus innovaciones.

La moda no se recata nunca: y tal vez, por eso algunas de las personas que la siguen más de cerca y que se creen en el deber de imitarla, no se recatan tampoco.

Hubo un día en que la moda, temiendo que

la falta de dinero fuera un estorbo que la embarazara en su camino, dispuso que las mujeres suprimieran en sus trajes todo aquello que no fuera absolutamente necesario.

Tan sabia y previsora determinacion, dió por resultado que los comerciantes perdieron tanto como ganaron los bolsillos de los consumidores.

Y las mujeres se presentaron en todas partes llevando los brazos completamente desnudos, y los hombros tan desnudos como los brazos, y las espaldas, y... ¡Qué socorridos son los puntos suspensivos!

Las mujeres elegantes creyeron desde luego que estaban en el deber ineludible de seguir las prescripciones de la moda, y entraron en el terreno de las economías.

Las que solo contaban con una modesta fortuna, empezaron á ver resuelto un importantísimo problema.

Todas se felicitaron desde los primeros momentos; persuadidas de que no tenia nada de particular ni de peligrosa la nueva exigencia de la moda, supuesto que estaba reducida á dejar al descubierto lo que nuestra misma madre Eva, aun despues del pecado original, no se cuidó de cubrir ni con una segunda hoja de parra.

Eva dió el ejemplo, y las mujeres no pudie-

ron excusarse de seguirle, después que la moda, aunque de una manera indirecta, se tomó el trabajo de recordárselo.

Por otra parte, ¿qué inconveniente hay en que se conceda al bello sexo tan inocente desahogo?

Las mujeres, según dice un escritor anónimo, tienen el pudor en los ojos.

Y después añade: «Lo primero que hace toda mujer bien educada, cuando una cosa la disgusta ó la ofende, es cerrar los ojos».

Por manera, que si tomamos como cierta y exacta la opinión del escritor anónimo, tendremos que las mujeres solo necesitan abrir y cerrar los ojos convenientemente, es decir, en tiempo oportuno, para no llegar á ruborizarse. Hé aquí una opinión que tiene mucho de original y no poco de peregrina.

Yo creo, sin embargo, que si las mujeres no todas—llevan hoy al descubierto todo aquello que en otro tiempo conservaron perfectamente oculto, no es tanto por no desairar á la moda, como por no privarse del placer de cerrar los ojos con estudiada coquetería ante las atrevidas miradas de los hombres.

Las mujeres lo aprovechan todo.

Los hombres recrean sus provocativas miradas en el espectáculo siempre nuevo y siem-

pre curioso que presenta una mujer con el traje excesivamente escotado.

Y las niñas, entretanto, sonrien con verdadera satisfaccion, porque no ven ningun peligro en el espectáculo que proporcionan, y porque saben además que sus papás suelen ser los primeros que aplauden y celebran el que vayan siempre vestidas con arreglo al último figurin.

No es posible calcular con verdadera exactitud lo mucho que el bello sexo tiene que agradecer á la veleidosa moda.

La falta de dinero pondria á las mujeres en más de cuatro compromisos, si la moda no tuviera habilidad bastante para zanjar todas las dificultades.

A esto se debe indudablemente el que las mujeres se hayan constituido en esclavas de la moda, acomodándose fácilmente á todos los caprichos, muchas veces ridiculos, de la deidad que reverencian y adoran.

La moda manda, y la mujer obedece. —

Ahora bien: la primera, que sin ponerse en abierta contradiccion consigo misma, no podia consentir que lo que se ahorraba por un lado se derrochara por otro, hace algun tiempo que tuvo á bien decretar lo siguiente:

«Quedan autorizadas las mujeres para suprimir la larga cola de sus vestidos, cuyo adi-

tamento solo tendrán obligacion de usar en ciertas y determinadas ocasiones.»

Semejante autorizacion abrió nuevos y dilatados horizontes á la vanidad femenina.

Las *jamonas* vieron realizado su más ardiente deseo, porque gracias á la moda, iban á poder vestir como vistieron en sus primeros años, y las *pollitas* acogieron complacidas tan juiciosa determinacion, que las colocaba á la altura de sus aspiraciones.

El decreto de la moda hizo iguales á las mujeres, confundiendo todas las edades.

En el dia son muchas las hijas de Eva que han adoptado el gracioso traje de la niñez, y no sé si por razon de economías ó por pura comodidad, han tenido la felicísima ocurrencia de suprimir los pantalones, quedándose solo con el tonelete.

La cosa marcha.

Las mujeres debieron dirigirse á sí mismas esta pregunta:

—¿Es natural el que nos permitamos nuevos gastos cuando se trata de hacer economías?

La preguntilla, lectores míos, no tenia vuelta de hoja.

Así como así, los pantalones no pertenecen al número de los artículos de primera necesidad, y sin pantalones se puede vivir muy agusto.

Para enseñar los piés y hasta las piernas al menor descuido, no se necesitan pantalones.

Por mi parte no encuentro nada de particular en que las mujeres vayan enseñando los piés, cuando los hombres, casi desde que nacen los llevan al descubierto.

En esta cuestion conviene proclamar la igualdad ante todo, haciendo resaltar la odiosidad de los privilegios.

Es una cuestion que no admite diferencia alguna entre hombres y mujeres.

La moda se ha limitado á cumplir con un deber de justicia.

¡Y cosa rara!... desde que las mujeres han empezado á enseñar los piés, los hombres, cuando ván por la calle, apenas se atreven á levantar la vista del suelo.

Convengamos en que todo esto es altamente significativo, y deduzcamos tambien de todo ello que acaso ciertas mujeres no tendrian inconveniente en engañar á un amante faltando á sus más solemnes juramentos, pero de seguro no serán nunca capaces de desairar á la moda.

El mejor de los hombres no vale lo que el lazo ó la flor de un sombrero de *alta novedad*.

Voy á concluir, queridos lectores, dirigiéndoos una pregunta:

Si la moda, en su afan de no dejarse vencer por el dinero, continúa marchando por la senda

de las economías, ¿quereis decirme hasta dónde llegaremos?

— Andando el tiempo, ¿qué cosas tan curiosas tenemos que ver!

— ¡Desgraciados los ciegos, que no podrán disfrutar de tan magníficos *espectáculos*!

— En esta cuestión conviene proclamar la igualdad ante todo, haciendo cesar la distinción de los privilegios.

— Es una cuestión que no admite diferencias alguna entre hombres y mujeres.

— La moda se ha limitado á cumplir con un deber de justicia.

— ¡Y cosas raras!... desde que las mujeres han empezado á enseñar los pies, los hombres, cuando van por la calle, apenas se atreven á levantar la vista del suelo.

— Convergamos en que todo esto es altamente significativo. Y deduzcamos también de todo ello que acaso ciertas mujeres no tendrían inconveniente en engañar á un amante saltando á sus más solenns juramentos, pero de seguro no serían nunca capaces de desairar á la moda.

— El mejor de los hombres no vale lo que el lazo de la flor de un sombrero de alta novedad.

— Voy á concluir, queridos lectores, dirigiendo á vosotros una pregunta:

— ¿Está la moda, en su afán de no dejarse vencer por el dinero, continúa marchando por la senda

UN AÑO MÁS.

El año de 1872 ha empezado ha dirigirnos un cariñoso saludo de despedida.

Nosotros, en cambio, contestamos desdeñosamente al saludo del año que nos abandona, y seguimos impávidos nuestro camino.

La humanidad, ante semejante acontecimiento, ni se alegra, ni se entristece.

Se trata de un caso que por estar completamente previsto no puede impresionarnos ni sorprendernos.

Con la imperturbable serenidad con que vemos caer las marchitas hojas de los árboles, durante el otoño, contemplamos también la sucesión, nunca interrumpida, de los años, que por lo regular solo nos dejan en herencia una serie de recuerdos que el tiempo se encarga de disipar.

Un año no es otra cosa que el conjunto de 365 días que los mortales empleamos en caminar hácia la tumba.

Y ¡cosa extraña! Cuanto más nos aproximamos, más deseamos avanzar.

El anterior absurdo aparece envuelto en una verdad innegable, que puede explicarse de esta manera.

El presente nos cansa, el porvenir nos seduce, la idea de lo desconocido nos deslumbra.

Por eso corremos, por eso avanzamos sin tregua ni reposo, arrastrados por una fuerza misteriosa é irresistible que no nos abandona hasta que nos vuelve á nuestro primitivo estado.

La peregrinación que hacemos en esta vida, es un viaje cómodo y que tiene mucho de agradable y de divertido para los que, completamente satisfechos, recorren el camino en el ferrocarril de sus ilusiones, de sus esperanzas, de sus deseos; pero tiene también bastante de penoso y de insoportable para los que, careciendo hasta de lo más indispensable, se ven en la dura necesidad de viajar á pié.

Ninguno de estos, sin embargo, se regocija al llegar al término de la jornada: todos preferirían seguir viajando.

Y esto me recuerda que hay ocasiones en la vida en que hallamos consuelo hasta en la pena que nos consume y en el dolor que nos mar-

tiriza, lo cual no he podido explicarme hasta ahora, ni comprender tampoco la razon en que se apoya semejante verdad, aunque no por eso deja de serlo.

Pero volvamos por un momento á la humanidad y á sus viajes.

Sucede muy á menudo que los viajeros de que vamos hablando tienen que cambiar de coches á la mitad del camino. Es decir, los que van en coches de primera clase, suelen pasar á ocupar los de segunda, ó tercera, y viceversa.

Sucede tambien, y no es lo menos frecuente, que los que empezaron caminando á pié concluyen el viaje con toda comodidad; llegando algunos hasta el punto de permitirse viajar por su cuenta.

El secreto de las anteriores lineas puede encontrarse en las veleidades y caprichos de la fortuna.

No faltan tampoco algunos que viajan con una rapidez tan extraordinaria, que cuando lo echan de ver ya no pueden detenerse, porque como marchan á gran velocidad, la máquina del tren que los conduce no suele pararse, aunque se exponga á un descarrilamiento.

El resultado, de todos modos, es siempre el mismo; un viaje más ó ménos largo, y que siempre nos parece corto.

El año de 1872, que tambien los años viajan, ha llegado al fin de su peregrinacion.

El 1873 es el encargado de reemplazarle.

¿Qué nos traerá el año 1873?

Confieso ingénuamente que detesto la política.

Desde que he llegado á convencerme de que en la mayoría de los casos la política no es el arte de gobernar (digan lo que quieran sus entusiastas y casi siempre interesados admiradores), siempre que oigo hablar de política me sucede una de estas dos cosas: ó me duermo ó me rio.

Quede, pues, sentado que no quiero hablar de política.

Pero si renuncio á servirme de la política, tengo que renunciar tambien á mi propósito de decir algo respecto del año 1872, porque la verdad es que en el año último no ha habido otra cosa que política.

Política por arriba, política por abajo, política por todas partes.

Desde el ministro, al humilde cochero de plaza, ninguno ha dejado de hablar de política.

Los chicos en las escuelas, las modistas en los talleres, los mozos de cordel en las esquinas, las criadas de servicio en la plaza; todo el

mundo, en fin, ha echado su cuarto á espaldas. ¡Qué furor por iniciarse en el arte de gobernar y por arreglar la cosa pública!

Prefiero, sin embargo, acomodarme á ser una excepcion de la regla, y me separo de la política, no sin echar antes un velo sobre los inanimados restos del año 1872, y sin guardar cuidadosamente el almanaque de dicho año, que, como todos los almanaques, tiene para mí una verdadera importancia.

Y hé aquí que sin saber cómo ni cuándo acabo de hallar materia de que ocuparme.

Ignoro si mis lectores estarán de acuerdo conmigo respecto á la importancia de los almanaques; pero desde luego puedo asegurar que para mí la tienen grandísima.

Estoy en la idea de que el almanaque es uno de los libros más curiosos que se conocen.

Es un guia tan exacto como útil.

Es el amigo inseparable del abogado, del comerciante, del hombre de negocios.

Es una especie de registro en donde aparecen perfectamente consignadas fechas que vienen á recordarnos las impresiones que hemos recibido en el mundo, las felicidades que hemos saboreado, las quimeras que hemos perseguido.

El almanaque, en mi concepto, es lo que se llama un artículo de primera necesidad.

Fijad la vista en los doce meses que le componen, y de seguro hallareis en alguno de ellos el dulce recuerdo de una historia de amor ó el tristísimo de antiguas decepciones.

Seguid registrando, y el almanaque, sin que pongais nada de vuestra parte, os llevará á pensar en la mujer que os juró un amor eterno, y que quizá se olvidó despues de lo que habia jurado.

Buscad y hallareis en los almanaques el recuerdo de acciones heróicas ó el de mezquinas venganzas.

Algunos encontrarán la fecha terrible en que impusieron su dinero en una sociedad de crédito, y la no menos terrible en que perdieron sus muchos ó pequeños ahorros, despues de haber perdido el tiempo y la paciencia.

Otros compararán fechas con fechas, y poseidos de un profundo desaliento, darán un triste adios á sus sueños de gloria, de amor, de felicidad.

Y todos, por último, sentirán avivarse sus recuerdos á la vista de un almanaque, porque las fechas en él consignadas se parecen á las inscripciones de los cementerios, cuyo mudo lenguaje habla á nuestro corazon de una manera elocuentísima.

Aquellos para quienes los almanaques son

una cosa insignificante y baladí, no han debido hacerse nunca las reflexiones anteriores.

Hay un medio, sin embargo, de que los almanaques llenen por completo los deseos de todos.

Este medio se obtiene de una manera sencillísima: regalando el almanaque.

¿Queréis que una publicación cualquiera circule por todas partes y que todo el mundo la lea? Pues repartidla gratis.

Es probado.

Recuerdo haber hecho antes la siguiente pregunta, que por cierto ha quedado sin contestación:

¿Qué nos traerá el año 1873?

Desde luego se puede asegurar, sin temor de equivocarse, que lo primero que traerá será frío, mucho frío.

Después: ¡Ah! después: ¡Vaya usted á saber lo que nos traerá! ¡Puede traernos tanto!

El año 1873 nos traerá también muchas necesidades y escasos recursos con que remediarlas, en lo cual se parecerá á los anteriores, que en esto todos los años vienen á ser lo mismo.

No faltarán vientos que agosten, como de costumbre, las flores de la primavera de la vida, que son las ilusiones y las esperanzas.

El *Can-can* continuará insultando á la moral y á las buenas costumbres.

Continuará en aumento el número de los personajes improvisados y el de los amigos de pega.

Algunos escritores, á imitación del grájo de la fábula, se adornarán con plumas ajenas.

De dinero y de cosa que lo valgan no será muy pródigo el año 1873, porque el dinero anda siempre por las nubes.

La mitad de los españoles seguirá hablando de política, y la otra mitad aburriéndose.

Los sastres no perderán la pícara costumbre de exigir el dinero á los parroquianos.

Los peces grandes continuarán comiéndose á los pequeños, y la filantropía ocupando el puesto de la caridad.

Como siempre, la ingratitud y el egoísmo estarán á la orden del día, y los petardistas se entretendrán en hacer de las suyas sin encontrar quien los escarmiente.

Habrá también diversiones acomodadas á todos los gustos y á todas las fortunas.

Entre ellas figurarán en primera línea las funciones de los cafés cantantes, los bailes de Capellanes y las casas de juego.

En una palabra, lectores míos; el año 1873 será una copia, más ó menos exacta, de los años anteriores, que á males antiguos no hay fácil remedio.

Abriguemos, sin embargo, la esperanza de ser felices, aunque no sea más que porque la esperanza es lo último que se pierde, y exclamemos despues: ¡Dios sobre todo!

INDICE.

Prólogo.	Vii
El adolecent.	3
El tiempo.	11
La impetuos.	17
La duda.	31
Consejos en el amor.	52
La Ocasión.	46
Los recuerdos.	47
Los versos.	53
Moneda falsa.	55
El interés.	70
La oposición.	78
Las mujeres.	88
El dinero.	97
La envidia.	100
Historia de un hombre borracho.	111
El Carnaval.	126
La suerte.	130

Abrigamos, sin embargo, la esperanza de ser felices, aunque no sea más que porque la esperanza es lo último que se pierde, y excitemos después: Dios sobre todo.

Algunos de los que se han distinguido en la vida, han sido los que han sabido vivir en la esperanza, y no en la desesperación.

La vida es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino.

La vida es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino.

La vida es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino.

La vida es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino.

La vida es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino.

La vida es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino.

La vida es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino.

La vida es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino.

La vida es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino.

La vida es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino. El camino es un camino, y el camino es un camino.

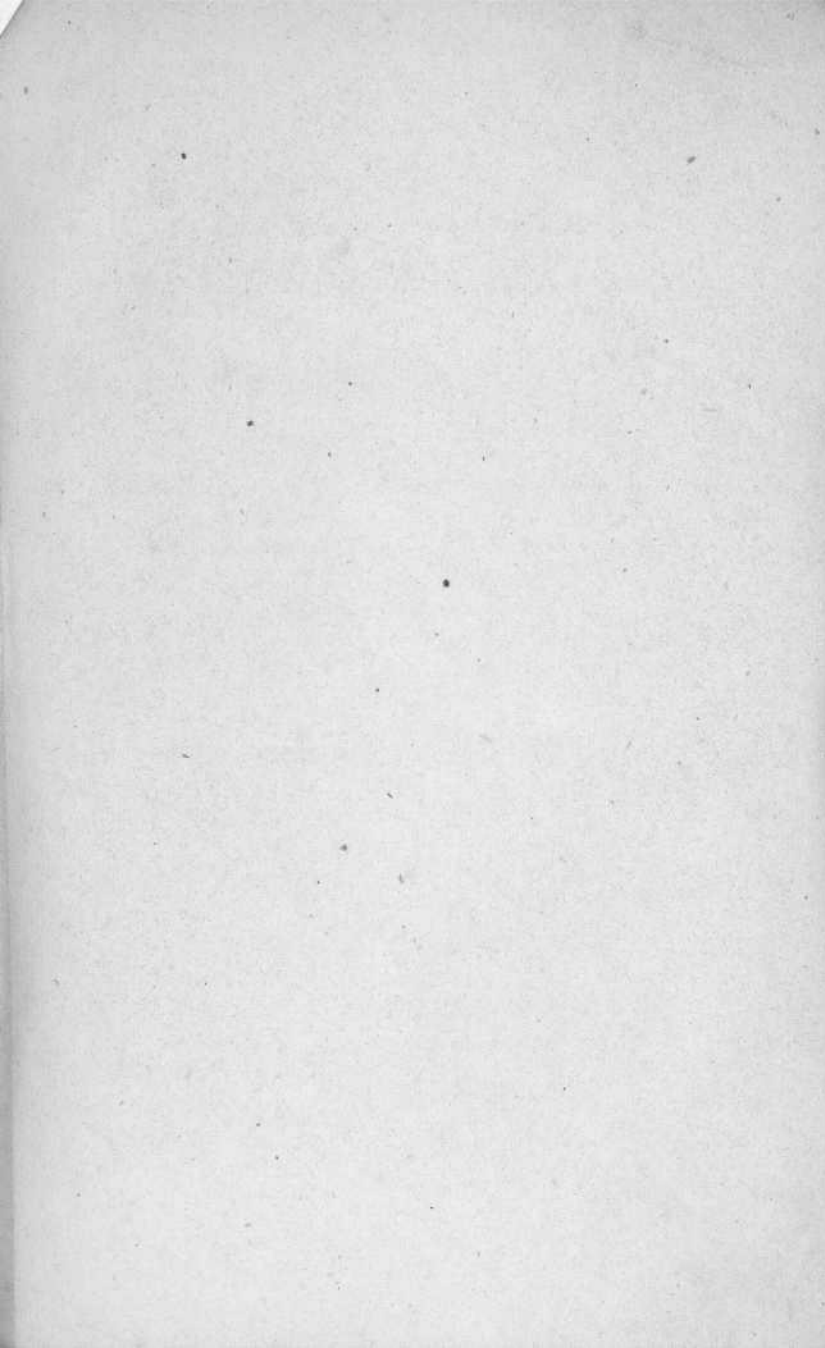
158	El desdado.
162	La familia.
176	Las ilusiones.
182	El corazón en la mano.
190	La ingratitud.
198	La mujer propia.
216	El día de difuntos.
222	El egoísmo.
230	La felicidad.
238	La vanidad.
256	Las desvergüenzas.
258	La Semana Santa.
272	La Juventud y la Primavera.
276	El amor al prójimo.
284	La moda y las mujeres.
292	Los años más.

ÍNDICE.

Prólogo.	VII
La adulacion.	2
El tiempo.	11
La hipocresía.	17
La duda.	24
Castillos en el aire.	33
La Caridad.	40
Los recuerdos.	47
Las madres.	53
Moneda falsa.	63
El interés.	70
La esperanza.	78
Las mujeres..	83
El dinero..	97
La envidia.	103
Historia de un hombre honrado.	111
El Carnaval..	135
La suerte..	145

El bostezo.	153
La familia.	162
Las ilusiones.	176
El corazon en la mano.	185
La ingratitud.	190
La mujer propia.	196
El dia de difuntos.. . . .	216
El egoismo.	225
La felicidad.	229
La vanidad.	238
La desvergüenza.	256
La Semana Santa.	258
La Juventud y la Primavera.	272
El amor al prójimo.	276
La moda y las mujeres.	284
Un año más.	292

141	El prodigio.
8	La adulacion.
11	El tiempo.
17	La hipocresia.
24	La duda.
32	Castillos en el aire.
40	La Caridad.
47	Los recuerdos.
52	Las madres.
63	Moneda falsa.
70	El interés.
78	La esperanza.
83	Las mujeres.
91	El dinero.
103	La envidia.
111	Historia de un hombre honrado.
121	El Carnaval.
145	La suerte.



El tiempo	100
La vida	101
Los recuerdos	102
El destino en la vida	103
La felicidad	104
La virtud	105
La dignidad	106
La Sombra	107
La Juventud y la Primavera	108
El amor al prójimo	109
La vida y los sueños	110
La gloria	111

OBRAS

QUE SE HALLAN DE VENTA EN LA LIBRERÍA

DE

D. WENCESLAO SAGREDO Y LECANDA.

CRONICON científico popular, revista para todos de novedades y progresos científicos é industriales notables que ofrecen universal interés é importancia permanente, por D. Emilio Huelin, 7 pesetas Madrid y 7 1/2 provincias.

LAS TIENDAS, por D. Cárlos Frontaura, 6 rs. Madrid y 8 provincias.

DICCIONARIO de Dominguez, última edicion. Dos tomos en pasta; 200 rs.

VIAJE electoral hecho con la bolsa acuestas y el cuerpo molido á palos por Barbic á los infiernos del sufragio universal, 6 rs. Madrid y 8 provincias.

LEY de Enjuiciamiento Civil, comentada y anotada por un abogado del ilustre Colegio de Madrid, 4 rs.

EL MONTERO de Espinosa, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez, 4 rs. Madrid y 5 provincias.

LOS ESPAÑOLES de Ogaño, coleccion de tipos dibujados á pluma por la mayor parte de nuestros primeros escritores. Dos tomos de más de 800 páginas, 20 rs. Madrid y 24 provincias.

HISTORIA del Derecho penal de España, version al castellano, por D. José Vicente y Carabantes, 20 rs. Madrid y 24 provincias.

EL ALGIBE de la Gitana, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez, 4 rs. Madrid y 5 provincias.

PROCESO Clemenceo, Historia de un acusado, por A. Dumas (hijo), traduccion de R. Isla, 8 rs.

FISIOLOGIA del matrimonio ó meditaciones de filosofía eclética sobre la felicidad y la desgracia conyugales, por M. H. Balzac, traduccion con ligeras notas de F. H. Iglesias, 12 rs. Madrid, 14 provincias y 16 Ultramar.

CÓDIGO penal (reformado).—Novísima edición (Octubre de 1872) hecho con arreglo á todas las correcciones y enmiendas y conforme al texto oficial.—Precio, 6 rs. en toda España.

BIBLIOTECA de bolsillo. Novísimo estilo de cartas. Manual completo del Secretario Español conforme á los adelantos modernos, por una sociedad literaria, bajo la direcion del doctor D. F. S. M.; se vendé á 6 rs en toda España.

LAS CUATRO barras de Sangre, por M. Fernandez y Gonzalez, 4 rs.

LA GOTA de Agua, por Emilio Souvestre, 4 rs.

EL GUAPO Francisco Estéban, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez, 6 rs. Madrid y 8 provincias.

LOS FARSANTES, memorias de un busca vidas, por D. M. Fernandez y Gonzalez, 4 rs. Madrid y 5 provincias.

EL LIBRO VERDE, sátiras de Quevedo, 8 reales Madrid y 10 provincias.

LA GENTE de Media-noche, novela de costumbres, por D. Ramon Ortega y Frias, 4 rs. Madrid y 5 provincias.

LA GENTE Cursi, novela de costumbres ridiculas, por el mismo, 4 rs. Madrid y 5 provincias.

LOS TENORIOS de Hoy, novela de costumbre, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez, 4 rs. Madrid y 5 provincias.

EL NAUFRAGIO de la Medusa novela histórica, por D. Ramon Ortega y Frias, 4 rs. Madrid y 5 provincias.

CORTINA

COZAS

DE

LA

VIDA

1873

92